

25

UAN

IDAD AUTÓNOMA DE NUEV

CCION GENERAL DE BIBLIOTEC

MEROUVEU

MATRIMONIOS
CONVENCIDOS

PQ2625

.B53

M381



1020027066



MATRIMONIOS CONVENCIDOS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. N
Núm. Autor M 5671 m
Núm. Adq. 30576
Procedencia 8
Precio _____
Fecha _____
Clasificó _____
Catalogó 29

BIBLIOTECA DE «EL COSMOS EDITORIAL»

MATRIMONIOS CONVENCIDOS

(DOS Á DOS)

NOVELA ORIGINAL DE

CHARLES MEROUVEL

VERSIÓN CASTELLANA

DE

«EL COSMOS EDITORIAL»



BIBLIOTECA DE EL COSMOS EDITORIAL
85584
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
MEXICO

MADRID

«EL COSMOS EDITORIAL»

MORÓN, PASTOR Y COMPAÑÍA.
63, Cardenal Cisneros, 65.

30576

843 PQ 2625
M. ES3
M381



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID.—Imprenta de LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA.

MATRIMONIOS CONVENCIDOS

I

Bélgica es un país que ofrece más de un atractivo, además del de sus ostras, que no son todas de Ostende, como generalmente se cree.

Y es, que allí se ven por todas partes chimeneas de fábricas y un número increíble de minas de carbón.

Los ingenieros son innumerables. Todos los belgas son ingenieros, á menos que no sean abogados.

Este es el complemento de los estudios en ese reino pequeño, pero importante.

Un belga que no fuera ingeniero—hablo de los que pertenecen á familias, regularmente acomodadas—pasaría por ser un imbécil,

Se le exhibiría en los espectáculos, en competencia con la mujer cañón, ó con la vaca de tres cabezas.

Josephin van Berg, es belga.

En su cualidad de belga es ingeniero.

Van Berg, llamado *Josephin* entre sus amigos, ha tenido muy buen cuidado de no faltar á los usos y costumbres de su país.

Por otra parte, todo le llevaba á obtener ese título, porque pertenece á una familia en la cual se cuentan tantos fabricantes de máquinas como individuos.

Todos los *van Berg* son industriales desde hace un siglo, cosa que es muy estimable.

Y tienen rentas, cosa más estimable aun.

Josephin van Berg tiene unos cuarenta mil francos de renta y ha sido agraciado con condecoraciones de un orden exótico; la cruz de Guatemala, ó de San Salvador, ó acaso la de Chile, si es que no posee también la del *Elefante blanco de Cambodge*.

El caso es que él adorna sus prendas con cintas de todos los colores del arco iris, confundiendo en una microscópica roseta, cosa que no molesta á nadie.

Está, pues, condecorado, es ingeniero, rico,

y, como por pasatiempo, se dedica á la pintura.

En fin, es hombre de *esprit*.

Después de haberle dado á conocer en todas sus cualidades, debemos por respeto á la verdad, reconocer que van en él acompañadas de un ligero defecto.

Es inflamable como la pólvora y el petróleo y arde como la paja, al menor contacto de una falda ó de una mano suave.

El roce de la cola de un vestido, en un salón, le electriza, y la vista de una linda cara le produce palpitaciones de corazón.

Josephin es abrasador como una lava, ó mejor dicho es un volcán en constante erupción.

Si quereis conocer su físico, figuraos un mozo de treinta años, rubio y de tez ligeramente bronceada, con bigotes de gato y barbilla de fauno, mirada abrasadora, rostro anguloso, estatura mediana y maneras decididas, como las de un oficial de cazadores... de la guardia cívica.

Se me olvidaba decir que es de Lieja.

Se casó hace siete años, en esa ciudad industrial, con la hija de un fabricante de fusiles (ingeniero como su yerno). Flamenca de abundantes carnes y de gran estatura, cabellos cas-

taños, casi rojos, inflamable como su marido y tan apetitosa que todos los belgas, walones ó flamencos, que pasan por debajo de sus balcones, sienten deseos de darla serenatas disfrazándose de trovadores.

Las rubens son muy tentadoras cuando son hermosas. La señora de Van Berg hubiera sido un magnífico modelo para el maestro.

Exuberancia de salud, cutis aterciopelado, dientes pequeñísimos, labios de rosa, hombros de diosa, brazos de estatua antigua, todo esto reunía la hija del fabricante de fusiles.

Pero es muy peligroso poseer semejantes tesoros.

¿Cómo defenderlos de los asaltos del enemigo?

¿Cómo sustraerlos á tantas admiraciones y á tantos admiradores?

Esto es lo que aún no se ha podido inventar.

Josephin es ingeniero; pero los más célebres de entre sus colegas están expuestos, como la vulgar plebe, á los accidentes del matrimonio. Su ciencia no les protege contra estos accidentes.

La encantadora liejosa fué sitiada con una obstinación que justifica su persona.

Todos los moscardones de la ciudad fueron á revolotear á su alrededor, como mariposas alrededor de un mechero de gas á las diez de la noche.

Trazaron ante su casa líneas de acordonamiento, abrieron zanjas y cavaron minas con infatigable perseverancia.

¿Qué había de hacer una mujer en tales trances más que rendirse?

Eso estaba escrito.

Una noche, al retirarse á casa, con un bosquejo debajo del brazo, Josephin retrocedió asustado.

Le había parecido entrever en el fondo de la alcoba, oculto tras un sillón, á un colega, que había ido, según todas las probabilidades, á levantar planos en terreno prohibido.

El delito era flagrante.

La sangre de *van Berg* hirvió súbitamente.

El marido se lanzó con impetuosidad sobre su rival: le cogió por el cuello, y sin darle tiempo para reponerse de tan repentina acometida, le lanzó á la calle por una ventana situada en el piso principal.

Afortunadamente para él, no sufrió más que ligeras contusiones; pero el escándalo fué gran-

de en el barrio, porque el colega expulsado por aquella vía aérea, no había tenido tiempo de vestirse por completo para realizar este viaje.

Al día siguiente ambos ingenieros se alineaban en el terreno.

Dios fué justo.

El enamorado recibió una estocada en un hombro, una estocada formidable, que le atravesó de parte á parte, como un túnel, y el Don Juan liejés, quedó imposibilitado, por espacio de cinco ó seis meses, para poder perturbar ningún otro matrimonio.

La conducta de la culpable estaba trazada.

Se retiró á casa de su madre con cierta dignidad, vertiendo lágrimas abundantes, por las cuales no se dejó engañar el ultrajado esposo.

¿Podría creerse que vió alejar sin sentimiento á la soberbia criatura á quien había amado y que durante siete años había sido para él causa de las mayores satisfacciones de la vanidad? Eso sería desconocer la naturaleza humana.

Pero su resentimiento pudo más que su vanidad y que su amor.

Fué á casa de un abogado, le expuso sus culpas y se convino en que pasaría á su mujer una

pensión, tanto más importante, cuanto que la fortuna de ambos esposos, ya considerable, debía acrecentarse con numerosas herencias.

Después, para distraerse de tamaña desgracia, y en espera de que se ultimara por los tribunales el asunto, se fué á la estación y tomó un billete para París, en el momento mismo en que el silbato anunciaba la salida del expreso.

Se acomodó en un rincón, se echó el sombrero sobre los ojos, sin ocuparse de lo que pasaba á su alrededor y se abandonó á sus reflexiones.

Estás eran sombrías.

Su vida sin objeto, sus lazos de familia rotos, los envidiosos—el marido de una mujer tan seductora tiene envidiosos á millones—triunfantes, sus amigos dispuestos á negarle la razón, porque él mismo se acusaba de haber descuidado el cultivo de la planta rara que poseía, planta más preciosa que todos los tulipanes de la Holanda con sus cebollas; sus negocios desarreglados por la separación de aquellos dos patrimonios casi iguales y por encima de todo, el encanto que se desprendía de aquella mujer, tanto más adorada, cuanto más se alejaba de ella; recordaba todo lo ocurrido, terminando por preguntarse:

¿Adónde iré á parar?

Hacia lo desconocido.

Pero lo desconocido aterra siempre á los que lo afrontan.

Y pensaba ya en su soledad, que quizás había hecho mal en mostrarse tan inflexible, en haber provocado el escándalo y hecho tomar cartas en el asunto á la justicia.

Un amigo había ido á proponerle un arreglo; este amigo le había descrito el desconsuelo de su mujer, sus lamentos, su deseo de reparar su falta y de hacérsela perdonar por la más grande de las sumisiones.

Todo había sido inútil.

Van Berg se había atrincherado en su dignidad, que, sin embargo, estaba ya á salvo por la estocada que había propinado á su feliz y ridículo rival.

¡Y había partido!

¿Por qué huir en lugar de ceder? ¿Por qué no dejar al menos al tiempo el cuidado de calmar un resentimiento tan agudo, sin reclamar una separación, un divorcio sin remedio?

Las concesiones de su hermosa mujer eran tentadoras, y no renunciaba á ellas sin sentimiento.

Pero el orgullo le impedía volver sobre sus determinaciones y sobre sus pasos.

Poco á poco, sin embargo, sus pensamientos tomaron otra dirección.

El tren se deslizaba con vertiginosa rapidez hacia Paris.

Las aldeas, las villas, las llanuras y los bosques se sucedían como en un sueño.

El compartimiento de *Van Berg* se había quedado casi vacío. No había en él más que dos ancianos, que al otro extremo del vagon trataban la cuestión palpitante de las máquinas agrícolas, cuando en Compiègne se abrió la portezuela, dando paso á una joven vestida á la *derniere*.

Se sentó frente á frente del marido engañado, cuyas ideas cambiaron de súbito.

Se decía que después de todo, un divorcio no se acuerda con lamentable ligereza; que tenía tiempo de por medio, y que en suma, le correspondía el papel más interesante.

Después se abandonó á un minucioso examen de su vecina.

La tarea era agradable.

Toilette clara, fresca como las rosas de primavera.

Ocurría esto á principios del mes de junio.

Escotados zapatitos que dejaban ver azuladas y finas medias; un sombrero á la Rembrandt, coquetamente colocado sobre un pelo negro, abundante, y rizado sobre la frente y la nuca; una tez mate, animada por grandes ojos de arrebatadora elocuencia; labios un poco gruesos, de admirable color; boca un tanto grande, pero ricamente adornada, y un hoyito en la barba, fué lo que observó *van Berg* en su vecina.

Pero lo que más excitó su admiración, fué la estatura de la viajera.

No era un Rubens lo que tenía ante sí, sino un Watteau; ¡pero qué Watteau! Un Watteau perfeccionado por el arte de las costureras modernas, de las gentes de genio.

En un instante, Lieja se perdió en el horizonte, con sus fábricas y sus habitantes; Bélgica entera se borró del recuerdo del ingeniero artista.

Y no buscó desde aquel momento más que un exordio para entablar la conversación.

II

Los dos ancianos dirigían miradas de codicia á aquella moderna Susana.

Josephin, temiendo peligrosas competencias, quiso afrontar la aventura; pero su estéril imaginación no le proporcionaba el medio.

Ella fué quien se encargó de sacarle del apuro.

—¿Podrías decirme, caballero, á qué hora llegaremos á París?—preguntó con voz que le pareció tan armoniosa como la de un violoncello.

Se lanzó sobre el indicador y lo recorrió con igual furia que había precipitado á su adversario á la calle.

—A las seis y diez, ¿señora ó señorita?—dijo inclinándose.

—¡Como gustéis! ¡Señora, si no os molesta la frase!

—¿Sois parisiense?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

Ocurría esto á principios del mes de junio.

Escotados zapatitos que dejaban ver azuladas y finas medias; un sombrero á la Rembrandt, coquetamente colocado sobre un pelo negro, abundante, y rizado sobre la frente y la nuca; una tez mate, animada por grandes ojos de arrebatadora elocuencia; labios un poco gruesos, de admirable color; boca un tanto grande, pero ricamente adornada, y un hoyito en la barba, fué lo que observó *van Berg* en su vecina.

Pero lo que más excitó su admiración, fué la estatura de la viajera.

No era un Rubens lo que tenía ante sí, sino un Watteau; ¡pero qué Watteau! Un Watteau perfeccionado por el arte de las costureras modernas, de las gentes de genio.

En un instante, Lieja se perdió en el horizonte, con sus fábricas y sus habitantes; Bélgica entera se borró del recuerdo del ingeniero artista.

Y no buscó desde aquel momento más que un exordio para entablar la conversación.

II

Los dos ancianos dirigían miradas de codicia á aquella moderna Susana.

Josephin, temiendo peligrosas competencias, quiso afrontar la aventura; pero su estéril imaginación no le proporcionaba el medio.

Ella fué quien se encargó de sacarle del apuro.

—¿Podrías decirme, caballero, á qué hora llegaremos á París?—preguntó con voz que le pareció tan armoniosa como la de un violoncello.

Se lanzó sobre el indicador y lo recorrió con igual furia que había precipitado á su adversario á la calle.

—A las seis y diez, ¿señora ó señorita?—dijo inclinándose.

—¡Como gustéis! ¡Señora, si no os molesta la frase!

—¿Sois parisiense?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

—Nacida en París, caballero.

Los dos ancianos dirigían sus binóculos, unos magníficos binóculos con armadura de oro, á la recién llegada, examinándola de pies á cabeza.

Sin duda el examen fué satisfactorio, porque cambiaron entre sí una mirada capaz de hacer estremecer á la joven, si hubiese sentido aún timideces de colegiala.

Aquella mirada excitó la envidia del irritable liejés. No conocía más á aquella joven que lo que pudieran conocerla los habitantes del Cabo de Hornos. No la había visto jamás, y sin embargo, no se hubiera atrevido á negar que le irritaba el atrevimiento de aquellos personajes, que de manera tan audaz contemplaban á su vecina, á quien él consideraba ya como cosa propia.

La desconocida, contenta por la respuesta de *van Berg*, se abismó en la lectura de una novela que había colocado cerca de sí al subir al vagón y que acababa de coger.

Van Berg se inclinó, y con sus ojos de lince examinó la cubierta del libro.

La cubierta era amarilla.

El título se destacaba vigorosamente en ne-

gro sobre el brillante y luminoso fondo del amarillo de la cubierta.

Frecuentemente el título de una obra ó el nombre de un autor, delatan el gusto y la condición de una viajera.

Porque ¿se hubiera mostrado satisfecho nuestro liejés si hubiera leído en la cubierta del libro: *Una vida*, *Germinal* (1) ó *Safo*?

Quizá su estado de viudo tan reciente, era para él un peso tan grande que no le hubiera disgustado quitárselo de encima.

¡Qué decepción!

La amarilla cubierta ostentaba este título: *Valcreuse*, por Julio Sandeau, de la Academia francesa.

¿Qué juzgar después de la lectura de este título, sino las costumbres más honradas y más burguesas?

El Belga sufrió rudo golpe.

Afortunadamente, la morena de sombrero á la Rembrandt, deslizó por encima del libro una mirada incendiaria que le pareció al belga dirigida á él.

Aquella mirada le reanimó.

(1) *Germinal* (Zola) Biblioteca de «El Cosmos Editorial» (2 tomos).

Por otra parte, la vista del piececito de su compañera de viaje, pie que, oprimido por azul media de seda, asomaba indiscretamente por debajo del vestido, le inflamó de nuevo, reanimando sus esperanzas.

—¿Queréis permitirme una pregunta?—la dijo.

La joven sonrió maliciosamente.

—¿Si no es indiscreta, como supongo!...

—¿Os gusta Sandeau?

—Mucho.

—Sus obras no son nuevas.

—Nuestra Señora de París tampoco lo es, y sin embargo todo el mundo entra en ella y la admira.

—Teneis razón.

—¿Qué hay que sea nuevo en el mundo?

—Nada; es verdad.

Van Berg pareció reflexionar.

—¡Ah!... Sí, sí hay algo nuevo: el divorcio en Francia.

—¿Os interesa el divorcio?...

—Sí. ¿Y á vos?

—A mí también.

—¿Cómo! ¿No sois dichosa en vuestro matrimonio?

—¡Dichosa!...

—¡Es extraordinario esto! ¿Acaso tenéis en tablada demanda de divorcio?...

—¡Por desgracia! —dijo la señora.—¿Y vos?

—Yo también.

—¡Calla! ¡Tenéis razón; es muy extraño esto!

Ambos guardaron silencio.

La semejanza de la situación de ambos, les chocaba con razón.

No es cosa de todos los días el encontrarse en un viaje con una mujer, pendiente de la resolución de una demanda de divorcio, cuando uno se halla en igual situación.

Lo más ordinario es que se sufran los disgustos en familia, sin dar á los tribunales tanto trabajo.

—¡Luego entonces, aquella joven encantadora, porque lo era en toda la extensión de la palabra, no era de vida galante, como él se había apresurado á sospechar!

¡Leía á Sandeau y era casada!

Van Berg pensó que era muy malicioso en juzgar á las gentes.

La distancia de Compiègne á París, es bastante larga, pero en *expreso* se recorre muy

pronto. No tenía, pues, tiempo que perder si quería trabar más ámplio conocimiento con la desconocida.

Así, pues, nuestro belga—replicó con animación.

—Dispensadme señora, si os parezco indiscreto...

—¡Nada de eso, caballero!

—¡Estaba tan lejos de imaginarme que iba á viajar en compañía de una persona que estuviese, exactamente, en la misma situación que yo!...

—En efecto, uno y otro tenemos el mismo asunto en los tribunales. Sin embargo puede haber en esto una diferencia.

—¿Cuál?

—¿Soy vos, caballero, quién pide el divorcio?

—¡Por desgracia, si señora!

—¿Por qué lo considerais una desgracia?

—Porque, á fé de *van Berg*, mi señora...

La joven se estremeció.

—¡Van Berg!—dijo.

—Sí, señora, me llamo *van Berg*.

—¡Bonito nombre!

—Josephin *van Berg*.

—¿Josephin?

—Sí, señora.

—No sé por qué el nombre no me agrada tanto como el apellido.

—Cuestión de gusto. Yo no lo he elegido.

—¿Y sois?

—Liejés, señora.

La desconocida resprimió un nuevo gesto de sorpresa.

—Picais mi curiosidad, puesto que, después de todo, sois libre y sois vos quien pretende divorciarse.

—He sido obligado á ello.

—¿Puede saberse por qué?

—Porque á ello me obligaba mi honor.

—¿Acaso habéis sido engañado?—dijo vivamente la joven con burlona conmiseración.

—Vergüenza me causa confesarlo; pero es así.

—¿Habéis sorprendido á vuestro rival?

—Sorprendido, esa es la frase.

—¡Ah!

—Y lo arrojé por la ventana, creedme.

—¿Y se hizo mucho daño?

—Algunas contusiones leves; pero se cubrió de ridículo.

—¡Entonces se trocaron los papeles!

—¿Qué decís?

—Nada. Continúad. Me interesáis vivamente.

—Para terminar, os diré que el día siguiente al amanecer, le hice besar el polvo, de una estocada que le atravesó de parte á parte.

—¿El corazón?

—No, un hombro.

—Respiro. ¿Sabéis que sois verdaderamente feroz?

—A mí me gustan un tanto las aventuras galantes, lo confieso; pero no llevo hasta consentir tales afrentas sin castigarlas inmediatamente.

—¿Y qué ha sido de la señora?

—Se fué á casa de su madre. Y en verdad que considero que es lo mejor que podía hacer.

—Perdonad una pregunta.

—Decid.

—No me respondáis si creéis que es una impertinencia. ¿Cómo es vuestra señora?

—Rubia, un poco gruesa.

—Sí, las flamencas en general...

—Tiene un cutis admirable,—prosiguió van Berg con calor—unos ojos soberbios y un ta-

lle de diosa. ¡Y la boca! ¡la boca es una maravilla de frescura, como la vuestra; sus dientes son perlas! ¡Es una rosa en todo su esplendor!

—¡Hablais de ella con mucho entusiasmo!

—¿Qué queréis?... ¡Es realmente de una belleza notable!...

—¡Y notada!

—¡Qué maliciosa sois!

—No mucho, os lo juro. ¡Si me conociéseis!...

—¡No deseo otra cosa!

—Sabríaís que, lejos de ser maliciosa, soy muy indulgente.

La joven lanzó un suspiro que, más que suspiro, le pareció á van Berg un vendaval.

—¿Acaso no necesita uno la indulgencia de los demás? —añadió, como completando su pensamiento.—Pero ¿sabéis lo que adivino?

—No.

—Que adorais á vuestra mujer.

—La he amado, en efecto, siete años; pero...

—Seguís amándola. Y lo que os domina no es el honor, como decís; es la colera y el despecho.

—Permitid..., permitid—exclamó van Berg.

—Hay en esto materia para,...

—Sin duda... Es posible... No lo contradigo, pero....

—Pero ¿qué?

—¿No puede amarse al marido, amarle apasionadamente, y engañarle... por distracción, por casualidad, por fastidio quizás?...

Vang Berg contestó con dureza:

—Esas son *distracciones* que un marido no perdona jamás, querida señora.

—¡Bah! Y, sin embargo, si ese marido pensase en su propia conducta, en sus *distracciones*, si descendiese al fondo de las cosas, se persuadiría amenudo de que su mujer, después de una experiencia—que hubiera hecho bien en evitar, os lo concedo,—puede volver á él más cariñosa y más sumisa que nunca, curada sobre todo de aspiraciones que no siempre se pueden rechazar, y contra las cuales gran número de mujeres, de las mejores, se ven sin defensa; la curiosidad, por ejemplo, ¿quién puede librarnos de la curiosidad?

—La curiosidad en ciertas cosas es peligrosa y verdaderamente intolerable, y por mi parte...

—La rechazáis con todas vuestras energías, ¿verdad?

—¡Ciertamente!

—¿Y seguiréis tratando con tanto rigor á vuestra mujer, á esa seductora rubia, cuyas perfecciones detalláis con tanto entusiasmo, por ese desdichado pecadillo?...

—¿Llamáis pecadillo á eso?...

—Dejemos á un lado ese calificativo, si no os agrada; pero, en fin, seguiréis tratándola con rigor?

—Seguramente.

—He ahí en lo que os encuentro cruel... injusto y,—perdonad la frase, que no por ser dura es menos cierta—torpe. En fin, puesto que hemos llegado al terreno de las confidencias, os diré que, yo que así hablo, estoy casada con un hombre á quien adoraba...

—¿Formalmente?

—Muy formalmente.

—¡Dichoso él! Sin embargo os ha engañado, no ha sabido apreciaros...

Las mejillas de la joven se tiñeron de vivo rubor.

Van Berg comprendió.

—¿Cómo? — dijo, —¿habrá ocurrido lo contrario?

Ella inclinó la cabeza.

—¿De modo que habeis sido vos, quien?...

La joven estiró las manos y los brazos, enguantados hasta el codo, alzó ligeramente los hombros y se mordió los labios, haciendo una mueca estremadamente espiritual.

Esto era una confesión.

—¿Cómo ocurrió eso?—preguntó el ingeniero en cuya alma hizo renacer algunas esperanzas aquella confesión muda.

—¡Dios mío! Caballero, debería ser más reservada y callarme; pero los enfermos sienten prurito por hablar de sus enfermedades y los que pleitean lo sienten por hablar de sus pleitos. Puesto que la casualidad nos ha reunido por un instante; puesto que por otra parte el matrimonio no tiene secretos para vos, consentí en referiros lo sucedido, sobre todo con la esperanza de ser útil á la señora... ¡cómo habeis dicho que os llamais?

—Van Berg.

—Perfectamente. Ya veis que soy mejor de lo que me dispensáis el honor de suponerme. Os he dicho que amo á mi marido. Mi marido es ingeniero...

—Otra analogía. Yo lo soy también, señora.

—Debí figurármelo... Tenéis tantos puntos de semejanza...

—¡Decididamente sois muy maliciosa!

—Mi marido es ingeniero y agregado á una gran compañía de ferrocarriles, y por lo tanto viaja mucho.

—¿Y vos permanecéis mucho tiempo sola?...

—Muy á menudo. No me faltaban entretenimientos. No hacia otra cosa que recibir visitas. Los amigos de mi marido se esforzaban en distraerme, y algunas veces deslizaban en la conversación alusiones transparentes á los motivos de sus ausencias.

—¡Oh! ¡Cuánto es preciso desconfiar de los amigos!

—Tenéis razón. Las ausencias de mi marido, segun sus compañeros y amigos, no eran siempre por necesidades del servicio. ¡Secreta desesperación! ¡Deseos de venganza, y por último, curiosidad! Os soy franca: la curiosidad, que perdió á Eva, perderá á muchas mujeres. ¡Me hicieron llegar adonde no pensaba! Para abreviar, os diré, que entre los que me asediaban y fatigaban con sus atenciones, distinguí al más tonto, al más feo y al menos elegante; pero era el más tenaz. ¡Un pavo con frac, amigo mío! Y no podría explicar por qué casualidad se presentó en mi casa un día lluvioso, en uno

de esos momentos en que, por desechar el fastidio que se apodera de uno, se echaría mano de las más extravagantes y ridículas distracciones.

—¿Y vuestro marido?

—¡Mi marido! Yo no esperaba á mi marido, pero llegó; ¡y llegó tan á destiempo! Disputaron, y esto ocasionó un encuentro, un duelo, y...

—Dió una lección al majadero afortunado de que hablais ¿verdad?

—Nada de eso.

—¿Fué al contrario?

—En efecto.

—¿Entonces, fué él quien?...

—Quien la recibió.

—¿Muy grave?

—No... una herida insignificante en un brazo... Estará bueno en quince días; pero su amor propio ha sido cruelmente herido, y...

—¿Y ha pedido el divorcio?...

—Os imita. ¡Reclama el divorcio, ese terrible divorcio! ¡Pero os aseguro que hace mal, que no entiende lo que le conviene! ¡Si lo entendiera y me perdonara, cuanto más le valdría! ¡De qué cuidados sería objeto! ¡Como probaría yo á

la sociedad, á sus amigos, al mundo entero que él, solo él, tiene todas mis preferencias y mi cariño! ¡Como me desviviría en curar esa herida de su orgullo, que lamentaré toda mi vida el haber producido! ¡Con qué atenciones tan delicadas trataría de hacerle olvidar mi falta, de expiar ese crimen de infidelidad, de que me acuso constantemente á mi misma, y de que me arrepiento, tanto más cuanto que estoy convencida, convencidísima, de que el amante es mil veces inferior al marido. Y aquí para entre nosotros, creo que la mayor parte de las mujeres que han hecho ese desleal ensayo, piensan lo mismo que yo.

—¿Y ahora?—preguntó van Berg, que veía con terror llegar el momento de la separación.

El tren pasaba en aquel momento por Saint-Denis.

—He hecho lo que todas: me he refugiado en casa de mi madre, en la *rue Royale*. Hoy regreso de Compiègne. Paseomis remordimientos, que son muy pesados, lo confieso, á pesar de que pueda creerse que es una excusa. Si mi marido sigue mostrándose inexorable, cosa que me temo, será preciso que tome una determi-

nación sería. ¡No me he de enterrar viva en un sepulcro á los veinticuatro años!

—¡Magnífica edad!—suspiró el ingeniero.

—La mejor de la vida, amigo mío! Y si se acuerda ese horrible divorcio, será preciso que piense en mi porvenir. Mi madre tiene ya mucha edad. Yo no tengo hijos. ¡Vivir sola, medio siglo quizás, es una perspectiva cruel!

—¡Terrible, espantosa! Pero se me ocurre una idea.

—¡Ah! ¿Se os ocurren ideas?

—Sí, una.

—¡Sois muy dichoso en tener ideas. ¡Decidla, decidla en seguida!

—Ambos nos encontramos en igual caso.

—Exactamente.

—Vos os divorciáis.

—¿Bien y qué? ¡A la fuerza y contra toda mi voluntad!

—Yo me divorcio.

—Por vuestro gusto, amigo mío. Esa es una mala nota. Os prevengo que no me gustan las gentes de corazón implacable. Y el vuestro es una roca.

Van Berg se acercó más á la joven.

—¿Quién sabe—dijo con tono acariciador,—

si mi obstinación no será causa de una gran dicha?

—¿Cómo?

—¿Y si este encuentro no será en algún modo providencial?

—¡Explicaos!

—Tengo treinta años, cuarenta mil libras de renta y pertenezco—no temo ser contradicho—á una de las familias más respetables de Bélgica. Permitidme que os visite. Vos sois encantadora y merecéis la más respetuosa simpatía. Vos me aconsejaréis, y, si perdemos, vos á vuestro marido y yo...

—Comprendo. ¡Pero eso que deseáis es muy peligroso!

El tren entraba en la estación con un ruido infernal.

Los empleados abrían las portezuelas.

Era preciso decidirse.

La morena viajera dijo rápidamente:

—Después de todo, lo extraño de las circunstancias de nuestro encuentro, nos autorizan para ello; escribidme á casa de mi madre. Os lo permito, con tanto más motivo cuanto que existe casi un lazo entre ambos.

—¿Qué decis?

—Nada. Yo me entiendo.

—¿Señora?

—Isabel Robert, 47, rue Royale.

Y añadió poniendo un dedo sobre los labios:

—Esto no es más que un simple jalón... para el porvenir.

Saltó del vagón, ligera como un pájaro, y se perdió entre la multitud.

Los dos ancianos, furiosos en el fondo por la intimidad de la joven y de su compañero de viaje, experimentaron interna satisfacción al verla marchar y perderse á lo lejos.

Van Berg, como enclavado en el suelo, les oyó que decían en dialecto flamenco:

—La paloma ha volado y el pichón queda poco satisfecho...

El ingeniero se encogió de hombros, sacó su cartera y anotó en una tarjeta:

«Isabel Robert, rue Royale, 47.»

Al salir de la estación, vió á la joven en un carruaje particular, desde el cual le favoreció con una sonrisa indiscreta.

Aquella sonrisa, borró la impresión de la frase irónica de los dos Flamencos.

—El pichón se reunirá á la paloma—pensó van Berg.

Y, radiante de alegría, se lanzó en París, como un vencedor en una ciudad conquistada por él.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

III

Si Josephin van Berg no hubiera tenido aquel encuentro; si no hubiese respirado los embriagadores perfumes del fino pañuelo de batista, que la linda parisiense tenía entre sus afilados dedos y pasaba coquetamente por su frente, para enjugar gotas de sudor ausentes; si la joven viajera no hubiese tenido en su voz acariciadoras inflexiones, en los ojos relámpagos, amortiguados por sus magníficas pestañas, que jugaba á las mil maravillas, es probable que al día siguiente, á más tardar, van Berg hubiese tomado de nuevo el tren de Bélgica para ir, como marido magnánimo, á perdonar á su mujer y llevarla bajo el techo conyugal, profanado por ella, pero gloriosamente lavado por el esposo de aquella mancha con el castigo del galanteador.

Todas las reflexiones que Isabel acababa de hacer, él las había hecho antes que ella. Cier-

tamente que era duro sufrir semejante ultraje, difícil de olvidar; ¿pero no será eternamente imposible tratar con la ayuda de la fría razón las cuestiones de amor?

El corazón no razona; obedece á sensaciones. Pero van Berg amaba apasionadamente á su mujer.

¿Será un error ó una paradoja el sostener que la amaba más que antes de su falta?

Por nuestra parte no lo creemos.

Isabel había dicho:

—¡Si los hombres se acordasen de sus calaveradas!

Van Berg pensaba en las tuyas.

No conocía el número de ellas. ¿Acaso no había sido él la causa eficiente de la caída de Clotilde?

¡Clotilde! Este nombre le crispaban los nervios, recordándole toda una serie de goces. Al pronunciarlo se presentaba á su imaginación la hermosa estatua que lo llevaba.

Isabel había añadido:

—¡Con cuantas atenciones, con cuanta sumisión expiaría mi falta!

Clotilde no había dicho tanto.

Pero con una mirada, al abandonarle, al

franquear los dinteles de aquella casa de donde la expulsaba, expresó, con más elocuencia que con mil discursos, sus tristezas y su arrepentimiento, y aún más, su admiración.

Parecía decir á su marido:

—«¡Te has conducido como un héroe! ¡Te adoro!»

Aquella mirada, presente siempre á su espíritu, le acariciaba, produciéndole estremecimientos de placer, é impulsándole á una reconciliación que deseaba más ardientemente que la culpable.

Solo una cosa hubiera podido impedirle realizar este proyecto cediendo á sus deseos; el miedo á la opinión pública, esa preocupación que conduce á tantas torpezas.

Pero la opinión estaba en su favor.

La generosidad es propia de los fuertes.

¿Quien se había mostrado más valeroso y más fuerte?

El se había conducido, en su concepto, como uno de los grandes hombres de Plutarco.

¿No había arrojado al intruso por la ventana?

¿No le había agujereado después la piel?

Decididamente tenía el derecho de ir con la

frente alta por las calles de Lieja; no podía ser contado en el número de aquellos de quienes se puede reír impunemente, ó de aquellos á quienes se puede provocar.

Nada podía detenerle.

Pero la hermosa Isabel se colocaba entre él y sus buenos propósitos.

¡Qué sirena! Gracia, soberana elegancia, distinción suprema: todo se reunía en su persona.

La simpatía había creado entre ellos uno de esos vínculos frívolos y encantadores que él deseaba fortalecer, pero sin perjuicio de romperlo en cuanto le hastiara.

Ella le permitía escribirle. ¿No era ya esto de por sí un compromiso?

Pero aparte de todo, la confesión ingenua de su falta era motivo para temer que estuviese dispuesta á incurrir en otras,

Van Berg se apeó de un coche que había tomado en el Grand-Hotel, en donde debía reunirse con unos amigos que no se hicieron esperar.

La terraza del hotel era por las tardes un sitio de agradable reunión, frecuentado por los parisienses de pura sangre y por los extranjeros millonarios.

La primera pregunta de van Berg al primero de los amigos que le salió al pasó, fué esta:

—¿Conoces á Mr. Robert?

—¿Un belga?—dijo el amigo con aire distraído.

—No, un parisiense.

—¡Ah! ¿el ingeniero de la compañía de...?

—Justamente.

—¿Quién no le conoce?

—¿Qué clase de persona es?

—Un hombre muy distinguido y muy amable.

—¿Joven?

—De treinta y siete á treinta y ocho años.

¿Qué te ha hecho?

—Nada. ¿No ha experimentado desgracias?

—¿Conyugales?

—Sí.

—Eso se dice. Su mujer es tan hermosa...

—Es verdad.

—¿La conoces?

—La he visto una vez, en el ferrocarril, un solo instante.

—Un instante puede decidir de la vida de un hombre y del honor de una mujer—exclamó riendo el amigo.

A las once, van Berg volvió á su habitación, después de pasear por los boulevares, y se asomó al balcón.

Paseando, había llevado al amigo hacia la *rue Royale*, deteniéndose en la acera para mirar la casa señalada con el número 47.

Es esta una hermosa casa del tiempo de Luis XVI, con ventanas cuya altura es desusada hoy, que tanto se escatima el aire y el espacio en las viviendas.

Van Berg, sin decir el motivo, contemplaba estático las admirables proporciones del edificio; pero no era su aspecto exterior lo que le preocupaba y atraía, sino el fondo.

Hubiera deseado ver abrirse una de aquellas ventanas para dar paso á su adorada.

Pero perdió el tiempo. Las persianas continuaron herméticamente cerradas.

De regreso al hotel, solo en el balcón, volvía la cabeza hacia la *rue Royale*, como si evocara la imagen de Isabel.

Después entró, y cediendo á irresistible impulso, tomó un papel, ocultó un instante la cabeza entre las manos en actitud de meditar, y de pronto se puso á escribir con una pluma de ave que crugía bajo sus dedos.

«Señora:

»Esto es demasiado frio para una declaración amorosa,—pensó;—pero tampoco conviene espantar la caza.

»Señora:

»Habeis causado en mí una impresión tan estraña y profunda, que desde el instante en que dejé de veros, me parece que estoy solo, perdido en este París tan poblado, como si me hubiese perdido en los desiertos de la Arabia ó en las ardientes arenas del Sudan.»

Al llegar aquí interrumpió su trabajo.

—Es imposible—dijo—que esto no le impresionase. Continuemos.

«¡Isabel! Este nombre acude sin cesar á mis labios. ¡Cuánto daría por tener el poder de traerlos á mi presencia con solo pronunciarlos! Por desgracia, tengo que contentarme con vuestro recuerdo; pero este es tan completo, que podría dibujar vuestros rasgos como si os tuviese en mi presencia.»

—¡Y pensar—dijo en voz alta,—que con palabras tan vanas se cazan estos pájaros como con red!

«Os debo los más prudentes consejos, pero, acomodándome á la costumbre, no los seguiré.

30576

- »¿Por qué?
- »Porque os he visto y me sería imposible amar á otra mujer.
- »Reflexionad.»
- »Vuestro esposo no os perdonará. Lo que menos olvida un hombre son las heridas del amor propio. Vuestro ingeniero ha sido dos veces herido: primero, por vuestra infidelidad, muy excusable, sin duda, acordándose de sus negligencias; y después, por la estocada de su adversario, dos veces victorioso. Aunque él lo deplora, estoy seguro de que será inflexible. Me desesperaría si supiese que cedía á la clemencia y maldeciría su debilidad.
- »¡Si yo estuviera en su lugar!
- »¡Nada de perdón!
- »¡Bendigo á los legisladores que han inventado el divorcio, porque nos permite romper una cadena y formar otra nueva!
- »Os suplico que me permitáis veros, manifestaros mis sentimientos, mis deseos; deseos legítimos, puesto que podéis consideraros libre, y yo soy dueño también de mi libertad, á la cual os juro no renunciar sino para unirme á vos.
- »Comprendo, á pesar de todo, que vuestra

- situación exige ciertas precauciones, mientras los tribunales no decidan de vuestra suerte.
- »Acerca de esto, os dejo la libertad de resolver, sometiéndome de antemano á vuestras exigencias.
- »Soy vuestro esclavo, mandadme.
- »¡No sabéis cuánta dicha encuentro en escribiros y cuánto os agradezco el permiso que me habéis dado para que lo haga!
- »¡Ya veis cómo me apresuro á aprovecharme de él!
- »¿Permitís que os lo confiese? He ido como un muchacho á pasear bajo vuestras ventanas, que estaban cerradas, y no he logrado veros; pero me he desquitado pensando en vos, como siempre.
- »En la mesa he estado entre dos inglesas descontentadizas y viejas que todo lo censuran y condenan.
- »¿Cómo me admira la severidad de esas inglesas!
- »¡Cuánto nos censurarían por esta correspondencia!
- »Sin embargo, ¿hay nada más natural que ceder á la corriente de simpatía, que acerca á dos seres creados para amarse?

»Recibid mi más respetuoso saludo, querida y hermosa visión de mi alma, y creed en el inalterable respeto de vuestro apasionado admirador

»J. VAN BERG.»

—No estoy descontento de mi estilo—dijo el ingeniero al escribir el sobre de la carta, que fué inmediatamente á depositar en el buzón.

La satisfacción de sí mismo era en él habitual, por otra parte.

La respuesta no debía hacerse esperar.

IV

El saloncito que Isabel Robert ocupaba de ordinario en casa de su madre en la rue Royale, era una pieza amueblada según el gusto chino, que era el que estaba entonces de moda.

Con un poco de buena voluntad, hubiera podido cualquiera forjarse la idea de hallarse allí en la casa de un habitante del Celeste Imperio. Es cosa curiosa por demás que tratemos de bárbaros á los chinos y les compremos cuanto producen, mientras ellos lo pasan muy bien sin nosotros, no teniendo más que una aspiración: la de cerrarnos sus puertas y vernos lo menos posible; no nos quieren ver ni en pintura.

Sus dragones y los animales fantásticos de sus pagodas, sus sedas y sus porcelanas, bastan para hacerlos dichosos.

Son unos sabios.

Los muros del salón de Isabel Robert desaparecen bajo los tapices de seda amarilla, bro-

»Recibid mi más respetuoso saludo, querida y hermosa visión de mi alma, y creed en el inalterable respeto de vuestro apasionado admirador

»J. VAN BERG.»

—No estoy descontento de mi estilo—dijo el ingeniero al escribir el sobre de la carta, que fué inmediatamente á depositar en el buzón.

La satisfacción de sí mismo era en él habitual, por otra parte.

La respuesta no debía hacerse esperar.

IV

El saloncito que Isabel Robert ocupaba de ordinario en casa de su madre en la rue Royale, era una pieza amueblada según el gusto chino, que era el que estaba entonces de moda.

Con un poco de buena voluntad, hubiera podido cualquiera forjarse la idea de hallarse allí en la casa de un habitante del Celeste Imperio. Es cosa curiosa por demás que tratemos de bárbaros á los chinos y les compremos cuanto producen, mientras ellos lo pasan muy bien sin nosotros, no teniendo más que una aspiración: la de cerrarnos sus puertas y vernos lo menos posible; no nos quieren ver ni en pintura.

Sus dragones y los animales fantásticos de sus pagodas, sus sedas y sus porcelanas, bastan para hacerlos dichosos.

Son unos sabios.

Los muros del salón de Isabel Robert desaparecen bajo los tapices de seda amarilla, bro-

chada con los dibujos más caprichosos que pueden salir del cerebro de un artista de Pekín, y sobre estos tapices resaltan broncees extraños, dioses, ídolos y otras representaciones de la civilización mongólica.

Del centro del techo pende una linterna de papel, muy curiosa.

Con el bambú, la porcelana y el papel, un chino hace una casa, lo cual no prueba que son más bárbaros que nosotros.

La única diferencia está en que su lujo es barato, mientras que nosotros lo pagamos sumamente caro.

Lo que distingue y caracteriza á las naciones que se llaman ultracivilizadas, es que en ellas sólo los millonarios tienen el derecho de no morir de hambre.

Isabel Robert tenía la suerte de pertenecer á la categoría de los millonarios.

Su madre, viuda de un magistrado, poseía una gran fortuna.

Al día siguiente de su conversación con van Berg, aquella joven, privilegiada por su nacimiento, pensaba con alguna turbación en el encuentro que había tenido la víspera, y lamentaba quizás haber ido demasiado lejos.

Sin embargo, excusaba su ligereza por el deseo de ser útil y prestar un servicio á una amiga de la infancia.

Recordaba, aunque vagamente, á una muchacha blanca, mayor que ella, que la protegió á su entrada en el colegio del Sagrado Corazón, en donde las dos se educaron.

Era una joven belga llamada Clotilde Smitbacher.

Esta abandonó poco después el convento, pero Isabel no la olvidó nunca, aunque de sus relaciones no quedó más que este recuerdo. Únicamente el nombre de van Berg le trajo á la memoria las relaciones de éste con Clotilde, con la cual debía casarse.

De aquí la sorpresa producida por la historia de su compañero de viaje.

Eran las diez de la mañana.

Sentada en un gran sillón de bambú que podía considerarse como un intruso entre el mobiliario pseudo-chino del salón, tenía en la mano la carta del belga y la leía á intervalos, como recreándose en ciertas frases de la amorosa epístola, á la manera que un gastrónomo saborea un manjar de su agrado.

Estaba á la vez irritada y satisfecha.

Irritada, por verse tratada por aquel conquistador como una plaza de fácil rendición.

Satisfecha, porque una mujer, por honesta que sea, experimenta siempre un verdadero placer, viéndose objeto de la admiración, si quiera sea ilegítima, de un hombre.

¡Secretos de la naturaleza!

La joven quedaba sumida en una sensación de bienestar, como si una mano suave le acariciase la cabeza.

Respiraba voluptuosamente el aire perfumado y seguía con la mirada vaga los rayos solares que se filtraban á través de los transparentes, cuando la distrajeron de su meditación dos golpes dados en la puerta.

Antes de que ella respondiese, una doncella abrió la puerta para dar paso á una visita, anunciándola con estas palabras:

—La señora de Combes.

Isabel se levantó y dijo cogiendo las manos á la recién llegada:

—¡Ah! mi buena amiga; la Providencia te envía.

Era aquella una joven, viuda, de unos treinta años, muy elegante y de fisonomía expresiva.

—¿La Providencia?—exclamó sorprendida.

—Lo vas á ver. ¿Has vivido en Lieja?

—Tres años; tres largos años de matrimonio; ya sabes lo mal que me fué.

—¿Conoces allí á todo el mundo?

—Poco menos.

—¿Conocerás á un tal van Berg?

—¿Van Berg?—preguntó la joven, como tratando de recordar.

—Sí Josephin van Berg.

—Espera un poco. Hace cinco años que tuve el dolor de perder á mi marido. ¡Que le sea leve la tierra! Me apresuré á huir de cuanto podía recordármelo, y sobre todo de su país, en donde me aburría. Mis recuerdos son muy confusos. ¡Ah! Ya sé. La familia de los van Berg es numerosa. El que responde al nombre que tú has dicho está en buena posición; es de excelente familia y tiene una fortuna sólida. ¿Y por qué lo preguntas?

—Ya lo sabrás. Responedme. ¿Que concepto se tiene de él?

—Ni bueno ni malo.

—Pero...

—Es un buen mozo, algo ligero, un poco...

—¿Atrevido?

- No es esa precisamente la palabra.
- ¡Ya comprendo!
- ¿Le conoces?
- Ayer viajé en su compañía dos horas.
- ¿Dos horas? Es mucho. ¿Ibais solos?
- No.
- Respiro.
- ¿Por quién me tomas?
- ¿Te ha hecho la corte? Confíesalo.
- En seguida. No tengo secretos para tí. Lee.
- El estilo es bueno—dijo la amiga, recorriendo con la vista la carta de van Berg.—Se vé que conoce el oficio. ¡Ah! Su mujer ha procedido muy bien tomando represalias.
- ¿Conoces su historia?
- Conservó algunas relaciones allá y estoy al corriente de los pequeños escándalos de Flandes.
- ¿Apruebas la conducta de la señora de van Berg?
- Sin reserva.
- ¿No se llama Clotilde?...
- Smittbacher.
- Justo. La he conocido en el Sagrado Corazón. ¿Ha debido hacerse una soberbia belleza?

- Así es. Solo que es algo...
- ¿Sencilla?
- Más que eso. Es de esas mujeres en las cuales la materia absorbe el espíritu. En el fondo es una mujer de excesiva bondad, y tentadora como una encarnación de la Venus antigua. Si ha engañado á su marido ha sido solo por bondad... para con el otro.
- Tarde ó temprano la idea de las represalias tiene que nacer forzosamente en el alma de una mujer tantas veces engañada. ¿Sostendrás que los maridos descarriados merecen mujeres fieles? ¿Crees que no se puede perder la paciencia?
- ¿Defiendes su causa, ó la tuya?
- La de las dos. Me intereso por esa pobre muchacha por la semejanza de su situación con la mía. Cuando era niña me protegía en el colegio, y quiero serle útil reparando mi falta con una buena acción.
- ¿Cuál?
- Obligando á ese hombre á una reconciliación.
- ¿Cómo?
- Proporcionando á la mujer armas iguales á las de su marido. ¡Ah!—añadió suspirando—

¡Si pudiera ella prestarme igual servicio!
La joven viuda sonrió y guardó silencio.
Evidentemente había concebido una idea,
pero la guardaba para sí.

Al cabo de un instante se limitó á decir:

—¿Por qué medio?

—Por uno muy sencillo: aprovechando el ardiente temperamento del marido...

—¿Qué le vas á contestar?

—¡Ah! es justo darle una respuesta—dijo Isabel reflexionando.

Abrió su *secreter*, mueble pequeño de laca, que no desdecía del gusto del mobiliario del salón, y dijo:

—Escucha.

«Querido...

—Querido es demasiado—exclamó rompiendo el papel y arrojando al cesto los pedazos.
Procedamos con cautela.

«Caballero...

»Me ha impresionado vuestra carta. Estoy de ordinario en casa á las tres de la tarde, y voy al bosque de cinco á seis con mi madre. Os recibiré con gusto y podremos tratar del asunto serio de que me hablais.

»Recibid...

—¿Qué?

»El testimonio de mi consideración...»

—Fórmula necia que jamás he comprendido.

¿Y tú?

—Tampoco.

Y firmó «Isabel Robert.» ¿No ves en ello inconveniente?

—¡Ninguno!

—¿Me aseguras que este ingeniero es una persona de mundo? Si es así, todo va bien. Ya veremos después.

En seguida tocó un timbre, y á poco entró una doncella, linda, joven, rubia, fresca y de hermosa dentadura.

—¡Ah! ¡qué idea!—dijo en alta voz Isabel.

—¿Qué?—preguntó la viuda.

—Nada; más tarde te lo explicaré. ¡Pero tal vez haya encontrada el medio, querida!

Rosa—continuó dirigiéndose á la doncella,—llevad en seguida esta carta al correo.

—Está bien, señora.

—¿Me dirás lo que has pensado?

—Sin duda. Es todavía una idea confusa, un proyecto en embrión. Déjame reflexionar, y mañana te lo diré todo. Ven á las tres. Lo sa-

brás todo sin trabajo, á menos que el transfuga de Lieja no falte á la cita, lo cual sería extraño.

—Vendrá. Pero hablamos demasiado de los demás. Tratemos de tu asunto...

—Mi abogado no augura nada bueno.

Isabel suspiró profundamente al decir esto.

—¿Estás triste?

—Mucho.

—¿Amas, pues, á tu marido?

—Creo que sí. Se les odia cuando no se los tiene al lado; pero se lamenta su pérdida.

—Y él, ¿qué piensa?

—¡Inflexible!...

—¿Como van Berg?

—Como él.

—Todos los hombres se parecen. ¡Ah! Si las mujeres formáramos una liga contra ellos, ¡con qué facilidad sorprenderíamos *in fraganti* á esos severos é implacables jueces!

—Sí; pero las mujeres no nos entendemos.

La viuda cogió una de las manos de su amiga, y dijo:

—Vamos á ver, ¿quieres recobrar á tu tirano?

—Lo confieso, aunque me avergüence confesarlo.

—Quizás podrías conseguirlo fácilmente.

—¿Cómo?

—Como decías hace un instante: *entendiéndonos*.

—¿Es que?...—preguntó Isabel mirando á su amiga de un modo extraño.

—¿Qué?

—¿Te habría acaso?...?

—¡Toma!, ¡joven, rica, libre como el aire!....

—¡Y maravillosamente hermosa!...

—Gracias. Todos los hombres creen asegurado el éxito con nosotras. Tu marido piensa como los demás.

—¿Y?...?

—Aquí para entre nosotras; yo he resistido: esta es toda la historia.

—¡Ah, traidor! ¿Y me lo ocultabas?

—¿Acaso se dicen esas cosas?

—¿Ni siquiera á la mejor amiga?

—Ni á una hermana. ¡Valor! ¡Mientras tu asunto no se resuelva, no lo mires como perdido! ¡Hasta mañana!

—Hasta mañana.

Al llegar á la puerta se volvió la amiga.

—¿Sigue siendo tu abogado el señor Papiillot?

—Sí. Es amigo, y además gana todas las causas.

—¡Pero si la tuya es tan mala!...

—¡Ay!—suspiró Isabel.

Las dos mujeres se separaron.

Isabel se asomó á la ventana y vió á su amiga subir al coche, pero no oyó la orden que dió al cochero.

La viudita había dicho:

—Calle de Saint-Honoré, 260.

Eran las señas del domicilio del abogado Papillot.

V

El despacho de *Maitre* Papillot aparenta seriedad, pero suavizada por la moda: no se parece en nada á los sórdidos escritorios de los antiguos servidores de Temis.

Los abogados van con la época.

Algunos no solo andan, sino vuelan.

Papillot no es de estos últimos.

Acepta del progreso unos adelantos y prescinde de los restantes.

Por eso ha suprimido los bustos de los antiguos jurisconsultos Potier, Cujás ó Bertholi, los libros que no se abrían nunca, destinados únicamente á cubrir las apariencias, reemplazándolos por cuadros de artistas modernos y bustos de mujeres elegantes. Las sillas del despacho son de lo más moderno.

En cambio, el señor Papillot lleva mostachos á la antigua moda.

¿Os gustan los abogados con barba?

—Sí. Es amigo, y además gana todas las causas.

—¡Pero si la tuya es tan mala!...

—¡Ay!—suspiró Isabel.

Las dos mujeres se separaron.

Isabel se asomó á la ventana y vió á su amiga subir al coche, pero no oyó la orden que dió al cochero.

La viudita había dicho:

—Calle de Saint-Honoré, 260.

Eran las señas del domicilio del abogado Papillot.

V

El despacho de *Maitre* Papillot aparenta seriedad, pero suavizada por la moda: no se parece en nada á los sórdidos escritorios de los antiguos servidores de Temis.

Los abogados van con la época.

Algunos no solo andan, sino vuelan.

Papillot no es de estos últimos.

Acepta del progreso unos adelantos y prescinde de los restantes.

Por eso ha suprimido los bustos de los antiguos jurisconsultos Potier, Cujás ó Bertholi, los libros que no se abrían nunca, destinados únicamente á cubrir las apariencias, reemplazándolos por cuadros de artistas modernos y bustos de mujeres elegantes. Las sillas del despacho son de lo más moderno.

En cambio, el señor Papillot lleva mostachos á la antigua moda.

¿Os gustan los abogados con barba?

Se puede tener ese gusto; pero por lo que á mí hace, confieso que no pondría mi cabeza al amparo de un orador que usara bigotes como un militar, aunque me garantizara la salvación.

¡Será una manía, pero pienso así!

El señor Papillot es de elevada estatura y de fisonomía atractiva. Sus cabellos rubios son escasos, su nariz excesivamente espiritual, su boca maliciosa, sus cejas parecen dos epigramas y sus ojos revelan una buena persona.

Quizá las tres cuartas partes de su ingenio están en su figura.

Precisamente estaba enfrascado en la lectura del juicio de los Robert, cuando uno de sus escribientes levantó la cortina que separa su despacho del antro del secretario y le anunció la visita de una cliente.

—¿Joven?

—Sí.

—¿Bonita?

—¡Encantadora!

—Que pase.

Por regla general, ninguna mujer joven y hermosa tiene nunca que hacer antesala ni en los ministerios ni en los despachos de los abogados.

¿Por qué?

El señor Papillot arregló un poco su traje y adoptó en su sillón una actitud conveniente.

La amiga de Isabel entró.

—¡Oh!—exclamó el abogado.—¡Señora de Combes..!

—La misma.

—¿Tenéis algún asunto de que hablarme?

—Uno.

—¿Cuál?

—Voy á decíroslo.

—Estoy á vuestra disposición, no os apresuréis.

El señor Papillot se levantó apresuradamente y ofreció á su visitante el mejor de sus sillones.

—¿Continuaréis siendo rebelde á mis súplicas?—dijo apenas vió sentada á la señora de Combes.

—Os suplico que no hablemos ahora de eso.

—Gano un año con otro unos sesenta mil francos. Mi padre me ha dejado medio millón. Tengo cuarenta años y no los represento.

—¡Sí!

—No, no turbéis mi calma, por favor. Me

creo joven; vos sois viuda; tenéis treinta años y no los representáis.

—Sí.

—No. Sois muy modesta. Nuestras fortunas son casi iguales; nos conocemos hace mucho tiempo y nos estimamos. ¿Por qué no queréis casaros conmigo? ¡Os confieso que no lo entiendo!

—Porque estimo en mucho mi libertad.

—Sería capaz de suplicaros tanto, que acabaríais por renunciar á ella en mi obsequio. Soy testarudo...

—¿Como las mulas?

—No, decid como un bretón, para lisonjear mi amor propio.

—Sea. Ya veremos. Tenemos bastante tiempo por delante. Entretanto dadme un consejo.

—¡Diez, veinte, treinta, ciento, los que queráis!

—Uno solo.

—Es muy poco. ¿De qué se trata?

—Supongamos que una mujer ha cometido una falta, por la cual su esposo se halla muy indignado.

—La señora Robert, vuestra amiga, por ejemplo..

—Nada de personalidades.

—¡Oh! Hablo sin intención, porque tengo el expediente á la vista, y lo estoy estudiando. ¡Es un asunto detestable! ¡Qué diablo de idea tuvo de engañar á su marido, un hombre tan distinguido, por una nulidad como ese Barillet? ¡He ahí lo que no me explico! Las mujeres siempre lo mismo, y siempre me sorprenden con su conducta.

—Y á mí. Yo soy una mujer sencilla y me admiro á veces de mí misma. La verdad es que ese joven sin mérito alguno alcanza grandes éxitos con las mujeres. Así es que se le atribuyen encantos desconocidos... y la curiosidad... Pero dejémonos de divagaciones.

—¡Adelante!

—Supongo, pues, que una mujer...

—Ha cometido una falta.

—¡Ah! ¡estos abogados!...

—Os escucho...

—Su marido...

—Religiosamente.

—¿Qué decís?

—Digo que os escucho religiosamente.

—Si continuáis hablando no acabaremos nunca.

—Eso es lo que deseo. Soy tan dichoso desde que estáis aquí, que no tengo más que un deseo, el de no dejaros salir.

—¿Y mi tía que se impacienta? ¿Y mi casa? ¿Y mi almuerzo? Señor Papillot, no es al pretendiente á quien vengo á hablar, sino al abogado, al hombre de toga, para hacerle una consulta. De una vez para siempre; si me interrumpís, llevo mi clientela á uno de vuestros compañeros.

—Guardaos bien de eso; me atravesaría de parte á parte con mi pluma. Continudad, si gustáis.

—Decíamos, que una mujer había cometido una falta; que su marido la perseguía implacablemente; que el marido no observaba una conducta irreprochable, porque los hombres gustan de turbar la paz en la casa ajena, inventando mil astucias é ingeniándose para conseguir sus fines, sin admitir la reciprocidad, lo cual convendréis conmigo que es una soberana é irritante injusticia.

—Continuemos, aunque la tesis sea discutible.

—Así las cosas, ese inexorable esposo á quien su mujer sigue amando, fijaos en eso, sobre todo desde que le engañó...

—¡Profundo pensamiento!...

—Y justo.

—Perfectamente.

—Se compromete con una viuda joven, á la cual persigue mucho tiempo, sin que ésta lo quiera; ¡oh, no! pero por una casualidad que podemos llamar providencial, la mujer culpable sorprende á su esposo á los pies de la viuda joven en el momento en que él se deshace en ardientes súplicas, en locas promesas, en estúpidos juramentos de amor eterno. Me parece que hay en esto una infidelidad notoria, que es lo bastante para cambiar la faz del proceso, para condenar á los dos, si el esposo, reconociendo que las debilidades tienen su excusa, no consiente en caer á los pies de su adorable pecadora y en llevarla otra vez consigo, terminando toda querrela entre ambos.

—¡Eh!—dijo Papillot.

—He ahí una exclamación que me inquieta. Hablad, señor abogado.

—Digo que eso es algo; pero no lo bastante.

—¿Que sería necesario?

—Un delito más caracterizado.

—¿Cuál, pues?

—Una infidelidad completa.

—¡Ah! ¡Eso sí que es dificultoso!

—Un delito flagrante. Porque de qué un marido caiga á los pies de una joven hermosa en un momento de fiebre, no se colige que llegará más allá.

—Es lógico; pero la injuria es grave, y si hay testigos...

El señor Papillot sonrió.

—Juicio de Robert contra la señora Robert —dijo.

—¿Queréis salvar á vuestra amiga, no es eso?...

—Sí, sí; lo confieso, puesto que no gano nada negándolo.

—Es expuesto; pero tengo confianza en vos, yo que os amo.

—He ahí un acto meritorio. ¿De modo que no tendréis celos?

—¿De qué me serviría tenerlos?

—Vamos á ver, ¿qué es preciso hacer?

—¿Tenéis interés en ello?

—Mucho, aun cuando sólo fuera para demostrar á ese ingeniero soberbio, que él es más débil que esa pobre mujer á quien abandona. Por lo demás, si una mujer cae, la mayor

parte de las veces es porque el marido no sabe sostenerla. Ayudadme, pues.

El señor Papillot, después de reflexionar, habló y la joven le escuchó atentamente.

Terminada la consulta, el abogado empezó á defender su causa propia respecto de la viuda, causa que no parecía perdida del todo. Su cliente se había convertido en su juez, y por la agitación que la dominaba, casi podía esperarse un éxito completo.

Cuando la viuda se levantó, estaba colorada como una rosa.

—¿Cuánto os debo?—dijo con emoción.

—Nada.

—Entonces, son caros vuestros honorarios, puesto que os deberé gratitud.

—¡Tenéis tantos medios de solventar esa deuda!...

—Soy, pues, vuestra deudora.

—¡Sobre todo, prudencia!

—Confíad en mí.

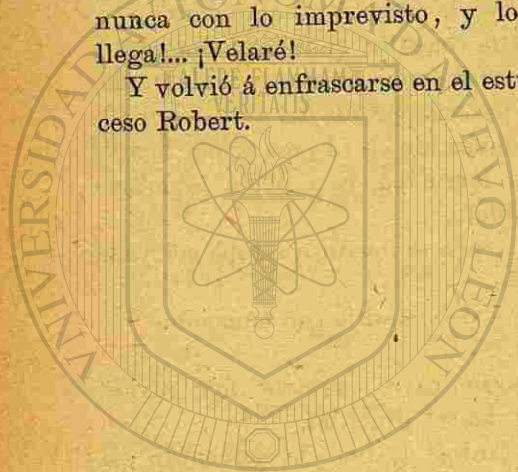
Antes de levantar el portier para dejar paso á la joven, el señor Papillot le cogió la mano, cubierta con el guante, y se la besó con refinada galantería

Cuando la viudita subía al coche, el aboga-

do la saludó con la mano desde la ventana.

—¡He ahí—dijo, volviendo á su despacho— cómo se pierden las mujeres!... ¡No cuentan nunca con lo imprevisto, y lo imprevisto llega!... ¡Velaré!

Y volvió á enfrascarse en el estudio del proceso Robert.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1925. MONTAÑES, MEXICO

VI

Seguramente Isabel era culpable; pero podía invocar tantas y tan poderosas circunstancias atenuantes, que se hubiera necesitado ser de acero para condenarla.

Su amiga Luisa de Combes, la viudita, habría podido proporcionar pormenores muy instructivos acerca de la ligereza de Casimiro Pablo Robert, ingeniero notable, que desde su salida de las aulas consagró sus ocios al único estudio que le interesaba: al de las mujeres.

Casimiro Pablo era un hombre feliz.

Todo le salía bien.

Bastaba que él interviniese en un asunto para que marchara viento en popa.

Se elogiaba, por tanto, su golpe de vista, su penetración y su sagacidad.

Los envidiosos decían que tenía suerte, tanta suerte, por lo menos, como talento y mérito, y era verdad.

Rico por su casa, se casó con una joven encantadora é inmensamente rica.

El poseía un físico agradable, gran genio y arrebatadora elocuencia.

No tenía más que presentarse para vencer.

A pesar de todo esto, le faltaba algo.

Hubiera querido ser marino. La vida del capitán Cook y de sus imitadores le parecía la única digna de un hombre de juicio.

Su sueño, su ideal, hubiera sido pasear su pabellón por todos los mares, no para fundar factorías, sino para completar sus conocimientos acerca de la mujer; escudriñar el Japón, sondear la China, profundizar en la cuestión de Taiti y arrebatarse á Méjico sus más íntimos secretos. No le habrían aterrado los indígenas de la Tierra del Fuego, y puede asegurarse que no hubiera retrocedido ante un escuadrón de negros del Congo.

Era un tipo especial.

Hacia mucho tiempo que París no tenía misterios para él: no existía en todas las líneas de la Compañía en que prestaba sus servicios, en millares de kilómetros, una cantinera ó una criada, á quien él no hubiera hecho objeto de sus galanteos.

Las mujeres sienten cierta debilidad por estos adoradores.

Pero precisamente, entre todas las que él había pretendido, la preferida era la que se le resistía.

Luisa Sanvelin, del Marais, había casado á los veinte años con el señor de Combes, parisiense belga por la línea materna, que tenía grandes capitales en Lieja. La jóven no fué feliz, su existencia iba haciéndose sombría, cuando una fiebre maligna le arrebató á su esposo.

Entonces volvió Luisa á París.

Rica é independiente, graciosa y espiritual, pronto se vió colmada de homenajes.

Uno de sus cortesanos más ardientes, fué el marido de su mejor amiga, Isabel Robert.

Era lógico y natural.

El incandescente ingeniero la encontraba casi siempre en su casa. La belleza rubia de Luisa formaba contraste con la hermosura morena de Isabel. El marido emprendió el asedio de la amiga, la abrumó con madrigales, la colmó de flores, la rodeó de cuidados.

Pero sin éxito.

Fiel á la amistad, la joven viuda fué rebelde al amor.

—Querido—decía al ingeniero,—perdéis el trabajo. ¡Ah! ¡Si no fueseis el marido de Isabel!...

Y acentuaba estas frases con suspiros que volvían loco á Casimiro.

Las mujeres más excelentes tienen estas malicias.

—Esto no es un marido—decía Isabel lamentándose,—es un comisionista.

Porque Pablo viajaba siempre, buscando compensación á los desdenes de la viuda en todas partes menos al lado de su mujer.

Por fin, agotada la paciencia, Isabel abrigó deseos de venganza muy naturales. De los deseos pasó á la ejecución, insensiblemente.

El mal no hubiera sido grave á no conocerlo el marido.

Sorpresa, herida del esposo en duelo, y también de sus dos amores, el amor propio y el otro amor, y como consecuencia de todo, expulsión de la mujer del domicilio conyugal, ó, mejor dicho, fuga de la paloma amedrentada.

Aquel domicilio conyugal era lo más artístico y lo más cómodo que se podía imaginar.

Era un hotelito situado en la calle Blanche entre un patio y un jardín, que hacía soñar.

Estaba separado únicamente del de la viudita de Combes por una sencilla tapia de seis á siete pies de altura, y podían comunicarse de uno á otro jardín con la mayor comodidad del mundo, con solo acercar una silla á la pared.

Como se ve, en esta clase de vecindades, las conversaciones añaden un nuevo encanto á la poesía de la flores, y esto no es de desperdiciar en pleno París.

Isabel echaba de menos á su marido, (á pesar de sus faltas), el hogar que había perdido y la vecindad de su amiga.

En cuanto al ingeniero, tascaba el freno, furioso por haber sido engañado, él que tanto merecía serlo; furioso también por no ver en su casa, al regreso de sus escapatorias, á la graciosa Isabel; y sobre todo, irritado por la herida que le causó, en duelo, el grotesco y ridículo Barillet.

La herida no fué grave; una simple rozadura entre cuero y carne; pero el florete de Barillet había herido mortalmente la vanidad del ingeniero.

Ser engañado y vencido por un Barillet, era el colmo de la humillación y de la vergüenza.

Deseosa de reconciliarlos, la viudita vertía

bálsamo en la herida de su amigo, en sus conversaciones á través de la pared medianera; pero el pesar estaba vivo; igual le sucedía á Isabel.

El salón japonés, indio, ó cochinchino, de su madre, no bastaba á llenar el vacío que dejara en su alma el tocador á lo Luis XVI, la alcoba y los salones de su paraíso de la calle Blanche.

¿Por qué estaba triste?

No es uno dueño de sus impresiones.

Lamentaba haberse empeñado, por hastío, en una aventura con aquel desconocido, cuya existencia ignoraba dos días antes.

Sin duda, la señora van Berg, la Clotilde de su niñez, le interesaba. Aparte de sus antiguas relaciones, era mujer como ella, y como ella había cometido infidelidades con su marido.

Esto era un nuevo lazo entre ellas.

Se decía que, después de todo, Clotilde van Berg había estado en su derecho; que un esposo que exige fidelidad, debe dar ejemplo; que es demasiado pedir á las mujeres, exigir las virtudes que sus maridos no practican; que Clotilde, como ella, no había hecho más que tomar justas represalias, que su única falta había sido dejarse sorprender; que si las mujeres se

uniesen para tender un lazo á los maridos, triunfarían; que estos tiranos se harían entonces menos altivos y severos con las pecadoras que en un momento de despecho, de abandono ó de hastío, se entregaban á actos, cuyo remordimiento las persigue siempre de cerca.

Pero estas reflexiones no la tranquilizaban.

Se aburría de todo.

Jugueteaba negligentemente con su abanico para matar el tiempo.

A sus pies se veía un libro que había tratado de leer.

Para sentir melancolía en aquel nido se necesitaban en verdad motivos graves como los que tenía la joven. El reloj dió las tres.

El sonido de la campana sacó á Isabel de su ensimismamiento.

Pensó entonces en la visita que iba á recibir, y como la coquetería no renuncia jamás sus derechos, la joven pasó á su tocador, vertió perfumes en su pañuelo, arregló su cabeza, y después de asegurarse de que sus ojos no habían perdido el brillo, sonrió ante el espejo, pensando en sus veinticuatro años, ese período encantador de la mujer.

—¡Y Luisa sin venir!—dijo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VII

La pintura que de su compatriota había hecho la amiga de Isabel, era exacta. Van Berg era el terror de los amigos y había adquirido triste fama de conquistador.

Al recibir la carta de su compañera de viaje empezó á soñar en felicidades sinnúmero: bajo aquellas frases, dictadas por la discreción, veía él esperanzas y promesas que no le dejaban duda acerca de su triunfo inmediato.

Para hacer menos largo el tiempo se puso á escribir á su abogado, mostrándose inflexible y rechazando toda tentativa de reconciliación con su esposa.

En su fuero interno se proponía modificar su actitud, pero cuando hubiera usado y abusado de su libertad á su gusto.

¡Cómo perder aquella aventura brillante que se le ofrecía!

Minutos después de la hora de la cita llega-

ba á la rue Royale, subía la escalera y llamaba.

Rosa le franqueó la entrada.

En la penumbra del vestíbulo, la criada, con sus cabellos rubios y su elegante traje negro, semejaba una aparición.

—¿Por quién preguntáis?—dijo, interrumpiendo el éxtasis en que la contemplaba van Berg.

—¿La señora Robert?

—¡Está en casa. ¡Si el señor quiere pasar!

Van Berg no quería otra cosa; pero de buena gana habría permanecido un rato en el vestíbulo frente á la hermosa doméstica.

Las casas de la rue Royale pertenecen á una época en que todo se hacía en grande.

Van Berg atravesó dos ó tres salones detrás de Rosa, que le parecía cada vez más linda; después la criada levantó, medio ocultándose con él, un cortinón de seda de dibujos fantásticos, preguntando en voz baja al visitante:

—¿El señor van Berg, no es eso?

—Sí.

—El señor van Berg—anunció Rosa con dulce inflexión de voz.

El ingeniero entró.

La diosa que habitaba en aquel diminuto templo de la frivolidad le saludó incorporándose un poco, y le señaló un asiento cerca de ella.

Diez minutos antes, la imaginación del ingeniero estaba exclusivamente ocupada por su compañera de viaje; pero en aquel momento le distraía de aquella su única preocupación, la imagen de la doncella.

—¡Calla! ¡Calla!—pensó Isabel, sorprendiendo una mirada furtiva de van Berg hacia la puerta por donde acababa de salir Rosa.—Tendremos ya... ¡Esto no es un hombre, es un explosivo!...

Esto picó su vanidad, y sabido es que la mujer en este caso es feroz; no es mujer, sino fiera.

panterel debía ser implacable, y lo fué.

Isab Berg tenía ingenio, ya lo hemos dicho, Vany empezó así:

—Señora, ved en mí al más dichoso de los hombres.

—¿Ya?—dijo Isabel irguiendo su busto sobre el respaldo del sillón y mostrando el nacimiento de su garganta, fresca como una rosa.

—¿Decís «ya»?

—Sin duda. Si sois feliz es que os contentáis con poco, querido amigo.

Al hablar así, Isabel adoptaba, como si las hubiera estudiado previamente, todas las actitudes que más podían encender la pasión de van Berg, dando á su rostro al mismo tiempo la expresión propia para interesar á su pretendiente.

Este, por su parte, revelaba en la satisfacción de su fisonomía una confianza absoluta en el éxito.

—¿Qué podría desear—dijo—más de lo que me habéis concedido tan bondadosamente? Hace dos días os había visto en mis sueños, pero no os había encontrado en la realidad.

Después he tenido la dicha de viajar con vos; he alcanzado permiso para escribiros; me habéis contestado y ahora os veo y os hablo. Confesad que sería insaciable si no estuviera satisfecho.

—¡Hum!—exclamó Isabel.

Pensaba, en efecto, que van Berg acababa de hacer en su compañía un largo viaje al país de la *Ternura* en muy poco tiempo.

Colocó su brazo sobre el de su sillón forrado de seda roja, haciendo experimentar á van

Berg como una especie de conmoción eléctrica.

—Tenéis razón—dijo.—Pero ¿adónde vamos á parar caminando tan de prisa?

Instintivamente y estudiando los detalles de la figura de su interlocutor, comparaba los cabellos, la frente, la nariz, y la boca del ingeniero con los cabellos, la frente, la nariz y la boca de su marido, y daba á aquéllos la ventaja.

—¿Que adónde vamos á parar?—exclamó van Berg con fogosidad.—No me atrevo á asegurarlo: tanto es mi temor de perderme en el camino.

—¡Entonces!...

—Puesto que uno y otro litigamos por nuestra libertad, cuando la hayamos recobrado nos será permitido explicarnos claramente acerca de esto. ¡Pero cuánto va á tardar eso, justo cielo!

Y acentuó esta frase con un suspiro capaz de empujar las velas de un yacht.

—A propósito, ¿en qué estado se halla vuestro asunto?—preguntó la joven con interés.

—Aunque me hubiera inclinado á la indulgencia antes de conoceros, lo cual no ha suce-

dido, ya comprenderéis que nuestro encuentro me habría hecho variar de actitud.

—¿Entonces sois intransigente?

—Más que nunca.

—¿No os dejaréis enternecer?

—De ningún modo. Acabo de enviar á mi abogado las instrucciones más rigurosas.

—¡Lo mismo que Robert! ¡Los hombres no tienen entrañas!

Van Berg acercó su sillón al de la joven.

—Tanto mejor—exclamó con entusiasmo,— puesto que este rigor se convierte para nosotros en manantial de inestimables venturas.

—¡Oh! Eso no está muy claro.

—Comprenderéis que cerca de vos solo puedo pensar que la verdadera felicidad, la única que puedo ambicionar, es la posesión de una mujer como vos; que la casualidad que os ha colocado en mi camino, ó mejor dicho, la Providencia, el árbitro misterioso de nuestros destinos, no lo ha hecho sin algún fin; que ella quiere unirnos y que sería una locura resistir á la invitación tácita que nos hace. Vos habéis perdido un esposo, yo una esposa. Pero notad una coincidencia, es decir, yo no hablo

más de lo que me atañe; notad que apenas fui desposeído de mi tesoro...

—¿Confesáis?...

—Sin duda. Pensar otra cosa sería una ingratitud, y yo no soy ingrato. Pero he encontrado otro cien veces más envidiable y perfecto.

—¡Oh! ¡Perfecto! No caigamos en las exageraciones, os lo ruego; la señora van Berg os ha engañado: será cierto cuando vos lo decís; pero yo tengo el mismo pecado sobre mi conciencia: no valgo, pues, más, y no sé qué ganaríais con el cambio.

—Sí, ganaría.

Van Berg dijo esta frase con un entusiasmo excesivo, y á la vez, haciendo una evolución natural, colocó su sillón casi tocando al de la mujer á quien esperaba hacer culpable por segunda vez.

—Comprendo. Encontraríais en estas relaciones el encanto de la novedad; pero este encanto se desvanece tan pronto!

—No.

—¡Qué error!

—Me parece que si yo hubiera tenido la suerte de merecer vuestra preferencia, nunca, enten-

dedlo bien, nunca se me habría ocurrido la idea de prescindir de este goce supremo, indecible. Me tendría por el más dichoso de los hombres, y consideraría como los mejores instantes de mi vida los que pasará á vuestros pies.

—Eso es decir por decir—replicó distraidamente Isabel, que miraba con ansiedad á la puerta.

—Lo pienso así, y nada me puede arrancar del alma esta creencia, que ha penetrado en ella con vuestra primera mirada.

Isabel tosió ligeramente.

Van Berg, como puede observarse, no perdía el tiempo.

Siguiendo aquel impulso, se exponía á caer muy pronto á los pies de la joven.

Era prudente detenerle, y ella lo hizo con exquisita dulzura.

—¡Cómo os entusiasmais!—le dijo con una sonrisa, que le hizo estremecerse.—Es aún muy pronto. Nuestro conocimiento es tan reciente, que nuestra amistad puede decirse que nace ahora. Además, espero de un momento á otro oír llamar á una de mis amigas, que vendrá hoy á visitarme, y nada hay más ridículo que ser sorprendido en una de esas explosiones de

pasión, legitimada tal vez por nuestra situación, pero que los demás interpretan de muy distinto modo. En estos casos se pierde la serenidad, se avergüenza uno, se balbucea, y hé ahí una reputación comprometida. ¡Es tan frágil la reputación!

—¡Ah! ¿esperáis á alguien?—preguntó van Berg desconcertado.

—A una de mis amigas, una encantadora viuda que debe conoceros.

—¿A mí?

—A vos. Se llama la señora de Combes.

—¡Aguardad!... En efecto, es una criatura hechicera—dijo van Berg sin reponerse de su turbación.

—También ha visto alguna vez á la señora van Berg.

—En efecto, tenéis razón.

—Luisa,—se llama Luisa;—me ha hablado muy bien de esa señora.

—Y muy mal de mí, ¿no es cierto?

—Na dé eso. Sólo me ha dicho que sois excesivamente fogoso.

—¡Ah!

—Ya lo sabía y ahora lo veo.

—¡Quién no lo sería á vuestro lado?

—¡Adulador!... Callad, ya llega.

—Qué fastidio—pensó van Berg.—Maldito contratiempo. ¡Tan bien como llevaba mi conquista!

—Ya veis—dijo Isabel retirando su sillón—qué insoportable es este París. Nunca se ve uno libre. ¡Siempre importunos! No me refiero á Luisa, que es una compañera de la infancia, amiga íntima; pero, en fin, ni aun á los íntimos se les cuenta todo. Por eso me gusta la vida del campo; por la soledad y la independencia. Y á vos, ¿os gusta?

—También; primero por eso, y después porque sin esfuerzo hallo en ella asuntos para mis cuadros.

—¡Ah! es verdad; ¿sois pintor?

—Me glorío de ello, aun cuando no tengo pretensiones de gran artista.

En esto anunció la doncella á la señora de Combes.

Isabel se levantó á recibirla, diciéndole al oído:

—¡Ya era tiempo!

Después añadió en voz alta, haciendo la presentación:

—La señora de Combes: el señor van Berg.

—Dos antiguos conocidos—dijo la amiga. Se habló de cosas sin interés, y luego, insensiblemente, volvió la conversación al punto en que había sido interrumpida.

—¿De qué se trataba?—preguntó la señora de Combes.

—Hablabamos de pintura—contestó Isabel.

—Los paisajes con la firma de van Berg son muy estimados en Lieja—dijo la amiga.

—¿Sabéis lo que deberiais hacer?—dijo la pecadora al belga.

—Espero que me lo enseñéis.

—En vuestro lugar, yo elegiría una campiña algo distante de París, me instalaría por una quincena y volvería cargada de cuadros. Y al hablar así, miró fijamente al Belga como si quisiera sugerirle su pensamiento.

—Es una idea—dijo él—pero ¿adónde ir?

—Conozco un país de los más pintorescos.

—¿De veras?

—Y donde un artista se inspiraría.

—¡Ah!

Y ese, como todos los países encantadores, es desconocido de los pintores.

—No me admira.

—Inexplorado, casi salvaje, y en el cual po-

déis vivir de incógnito el tiempo que os plazca.

Van Berg escuchaba con interés, bebiendo en las palabras de Isabel una ambrosía deliciosa.

—¿Necesitáis rodearos del misterio?— insinuó maliciosamente la amiga?

—El misterio siempre agrada—replicó Isabel.—Proporciona la libertad.

Van Berg vió entreabrirse el cielo para él.

—¿Y dónde se halla ese lugar encantador?—preguntó.

—Es Toury-les-Foins—dijo la joven,—en el Yonne.

—¿Cerca del palacio de tu madre?—preguntó la señora de Combes.

—Sí, cerca de la Jonchere, adonde iré á pasar algunos días.

—¿Cómo habéis dicho?—preguntó el enamorado.

—Toury-les-Foins. Un cantón ignorado. Ya veréis. Allí hay una excelente posada: *El Gallo Rojo*.

—Tomo nota de ello—dijo el belga, que sentía inflamarse su corazón bajo las miradas de Isabel,—y os obedeceré muy gustoso.

Y escribió en su cartera el nombre pronunciado por Isabel.

Las dos amigas se miraron.

—¿Cuándo te vas?—dijo la viuda.

—A fines de semana.

Van Berg respiró. Iba comprendiendo.



VIII

Quando el Belga abandonó el salón y las dos amigas se quedaron solas, se miraron como acostumbraban á mirarse los augures después de explotar la credulidad del pueblo con sus mentiras.

—¿Cuál es tu proyecto?—preguntó Luisa.

—Mi proyecto—contestó Isabel—es reducir á ese original. Estoy furiosa...

—No lo pareces.

—Pues lo estoy. ¿Creerás que ha tenido la audacia de hacerme una declaración á quemarropa?

—¿Tan pronto?

—Si no llegas tú, creo que se hubiera arrojado á mis pies.

—¡Bah!

—Y que se habría propasado á cualquier exceso.

—Lamento no haber esperado.

—¿Por qué nos toma ese hombre?

—Tiene su excusa, querida. Si ha leído las novelas de moda, debe pensar que no queda ni aun la sombra de una mujer honrada en París. Además, tú has procedido muy de ligero. Ha recibido tus confidencias, y á la primera..

—¡Majadería!

—Has dado con la frase... ha seguido naturalmente la segunda.

—Se equivoca; ya se convencerá de ello. Pero dejemos á ese hombre y hálbame de mi esposo.

—Acabo de dejarle. Está herido, pero levemente. Sólo se va al terreno por formalismo, por cubrir las apariencias, por conservar el prestigio.

—¿Y qué dice?

—Sigue exasperado contra tí. En el fondo siente tu falta, pero el orgullo no le permite manifestarlo. Hemos hablado durante media hora.

—¿En dónde?

—En el sitio acostumbrado.

—¿Por encima de las tapias?

—Sí; no me atrevería á aventurarme en estas entrevistas á no estar de por medio una

pared: entre nosotros hace falta un parapeto. El está muy irritado lleno de despecho, y yo tomo mis precauciones. Per lo demás, puedo decírtelo: no sé en lo que quieres convertir á tu adorador; pero yo sí sé en lo que quiero convertir á tu marido: en un cordero. Le traeré á tus pies sumiso, bondadoso, ó no seré quien soy.

—¡Querida Luisa!

—¡Ah! ¡Estos señores rígidos, que no perdonan nada, que después de lanzarnos al abismo con sus locuras nos tratan—cuando deberían acusarse á sí mismos—como jueces inexorables, veremos cómo se justifican cuando á su vez sean sorprendidos en flagrante delito! ¡Se creen fuertes! Lo son cuando nosotras queremos, con nuestra complicidad. Pero sin nosotras, sin nuestra ayuda, si les hiciéramos traición, si las mujeres nos ayudásemos, ¡ah! ¡qué proceso tan terrible, querida!...

—¿Y?...

—Yo preparo el de tu marido, con ayuda de Papillot, tu defensor.

—¿Qué piensa ese?

—Espera las armas; nosotras se las proporcionaremos.

—¿Lo crees?

—Estoy segura.

—Pues bien; yo espero dárselas también, y formidables, á esa pobre Clotilde; ya verás. ¡Execro á ese hombre! ¡Qué audacia!

—Vamos, sé indulgente; protege á la mujer; pero disculpa al marido. No siempre esta clase de hombres merece que se les odie. El matrimonio es un puerto donde no entran todos los barcos. No exageremos las cosas. Te dejo para trabajar en tu salvación.

Las dos amigas se besaron en la frente.

Un pintor de género habría podido hacer allí un buen estudio.

Una rubia y una morena. Y el salón japonés sirviendo de fondo.

¡Qué cuadro tan precioso!

IX

Puede decirse que van Berg dejó la rue Royale poseído de satisfacción indecible.

Todas las armonías del amor resonaban en el fondo de su alma. Jamás, en su vida de seductor afortunado—y eso que sus conquistas alcanzaban una cifra increíble—había encontrado alhaja comparable á Isabel.

Se admiraba de no acordarse apenas de la hermosa criada. Isabel había desvanecido aquella visión, como una rosa purpurina eclipsa á la humilde violeta.

Van Berg iba por las calles como si no sentara los pies en el suelo. Le parecía que su cabeza estaba al nivel de los entresuelos, y no veía á los que pasaban á su lado: solo veía la mirada animosa, el ademán provocativo, el pie encantador y los brazos torneados de la admirable morena, que él contaba ya en el número de sus víctimas.

—¿Lo crees?

—Estoy segura.

—Pues bien; yo espero dárselas también, y formidables, á esa pobre Clotilde; ya verás. ¡Execro á ese hombre! ¡Qué audacia!

—Vamos, sé indulgente; protege á la mujer; pero disculpa al marido. No siempre esta clase de hombres merece que se les odie. El matrimonio es un puerto donde no entran todos los barcos. No exageremos las cosas. Te dejo para trabajar en tu salvación.

Las dos amigas se besaron en la frente.

Un pintor de género habría podido hacer allí un buen estudio.

Una rubia y una morena. Y el salón japonés sirviendo de fondo.

¡Qué cuadro tan precioso!

IX

Puede decirse que van Berg dejó la rue Royale poseído de satisfacción indecible.

Todas las armonías del amor resonaban en el fondo de su alma. Jamás, en su vida de seductor afortunado—y eso que sus conquistas alcanzaban una cifra increíble—había encontrado alhaja comparable á Isabel.

Se admiraba de no acordarse apenas de la hermosa criada. Isabel había desvanecido aquella visión, como una rosa purpurina eclipsa á la humilde violeta.

Van Berg iba por las calles como si no sentara los pies en el suelo. Le parecía que su cabeza estaba al nivel de los entresuelos, y no veía á los que pasaban á su lado: solo veía la mirada animosa, el ademán provocativo, el pie encantador y los brazos torneados de la admirable morena, que él contaba ya en el número de sus víctimas.

Ella sola ocupaba su imaginación.

Toury sería el campo de su victoria.

Ella misma le había citado allí; una población ignorada, un desierto, poblado de salvajes.

¿Por qué elegir precisamente aquel sitio retirado, en el Yonne?

Sin duda porque aquel lugar le garantizaba el secreto, el silencio, el misterio.

Pero ¿qué importaba el sitio?

¡Oh! ¡Las parisienses! ¡Qué mujeres! ¡Cómo se las derrota con un poco de audacia!

Los apóstoles del naturalismo tienen razón. Con las mujeres basta atreverse para triunfar.

Después de todo, ¿qué pecado había en aprovecharse de las debilidades ajenas?

No iba á llevar el puritanismo hasta tronar contra la relajación de las costumbres, causa de sus éxitos. Esa era misión del moralista, no suya.

Lo importante y lo urgente, era obedecer las instrucciones de la hermosa Isabel y explotar la preciosa mina que había descubierto.

Al llegar á su casa, buscó todos los objetos precisos para la vida de campo; compró lienzos para sus cuadros, se surtió de caballetes,

pinceles y colores, y con aquel equipaje se metió en un coche y se encaminó á la estación de Lyon, en donde tomó billete para Laroche.

Cuatro horas después, caminaba en coche por una campiña pintoresca, y después de caminar diez leguas, llegaba al anochecer á una gran población que era el término de su viaje.

Bajó del coche algo primitivo en que hizo su viaje, en el patio de una posada de buen aspecto, á cuya puerta había un cartel que decía:

«Lariolle, *Al Gallo Rojo.*»

Pidió dos cuartos contiguos.

—¿Para vos solo?—preguntó llena de admiración la criada que salió á recibirle.

Van Berg sonrió maquiavélicamente.

—Espero á la señora—dijo.

—Muy bien.

En seguida se dedicó al arreglo de su persona, para aparecer con todas sus atractivos ante el posadero de los indígenas.

Después bajó á la cocina.

—Si vienen cartas con esta dirección, tened la bondad de recibir las.

Y entregó su tarjeta á Lariolle, que pudo leer en ella:

VAN BERG

INGENIERO

LIEGE.

Y añadió:

—Espero estar algunos días en el país.

A la mañana siguiente, llegó una carta al palacio de la Jouchere, con instrucciones para el guarda Bastien, cuyo resultado no tardaremos en conocer.

X

Van Berg á Isabel Robert.

Toury-les-Foins, 15 de junio.

«¡Dos días en la soledad! ¡Dos días! ¡Y sin recibir un solo recuerdo vuestro!

»Languidezco, y moriría de hastío si no tuviera para distraerme los tipos de los naturales de Toury, de mi posadero y de sus huéspedes.

»No os diré nada nuevo al aseguraros que me miran como á un advenedizo.

»A la verdad, debo parecerles un ser raro. Cuando salgo de la posada, bastante buena por el trato que en ella se recibe, las gentes salen á las puertas, las ventanas se abren, las caras rubias se dibujan en sus marcos y los ojos me siguen hasta que desaparezco entre los árboles.

»Llevo conmigo todo el equipaje de un pintor: bastón articulado que me sirve de silla,

VAN BERG

INGENIERO

LIEGE.

Y añadió:

—Espero estar algunos días en el país.

A la mañana siguiente, llegó una carta al palacio de la Jouchere, con instrucciones para el guarda Bastien, cuyo resultado no tardaremos en conocer.

X

Van Berg á Isabel Robert.

Toury-les-Foins, 15 de junio.

«¡Dos días en la soledad! ¡Dos días! ¡Y sin recibir un solo recuerdo vuestro!

»Languidezco, y moriría de hastío si no tuviera para distraerme los tipos de los naturales de Toury, de mi posadero y de sus huéspedes.

»No os diré nada nuevo al aseguraros que me miran como á un advenedizo.

»A la verdad, debo parecerles un ser raro. Cuando salgo de la posada, bastante buena por el trato que en ella se recibe, las gentes salen á las puertas, las ventanas se abren, las caras rubias se dibujan en sus marcos y los ojos me siguen hasta que desaparezco entre los árboles.

»Llevo conmigo todo el equipaje de un pintor: bastón articulado que me sirve de silla,

aparato muy ingenioso mientras no se rompe; caballete y caja de colores. Voy cargado como uno de esos caldereros que andan por las aldeas remendando sartenes y cacerolas.

»Quizá es esta la causa de la curiosidad que inspiro y que, por lo demás, me tiene sin cuidado.

»El país, abstracción hecha de sus habitantes, es delicioso; no habíais exagerado nada.

»Estrechos valles, cubiertos de verdor y regados por arroyos que corren entre álamos y sauces; colinas cubiertas de grandes árboles, establos capaces de regocijar á los admiradores de van Marke y de Troyón; cabañas escondidas entre el follaje, costumbres sencillas y rústicas: no falta nada.

»¿Cuándo venís á embellecer estos sitios, que sin vos me parecen áridos como los arenales de Libia?

»Os espero con todo el impaciente anhelo de un corazón que os adora.

»Me habeis vuelto loco, realmente loco.

»No pienso más que en vuestros grandes ojos negros, en vuestro esbelto talle, en vuestras manos encantadoras y en vuestros labios purpurinos.

»Cuando pienso en vos, todo cuanto me rodea me parece grosero, salvaje, inculto y feo; desde el posadero hasta el recaudador de contribuciones.

»Estoy alojado como un nabah.

»Tengo dos habitaciones, una para mí, otra para la señora van Berg, esperada de un momento á otro.

»Ya conoceis á la divinidad que se oculta bajo ese nombre.

»¡Dichoso van Berg!

»Apresuraos. Mi deseo me llevaría á vuestro lado si tuviera poder para ello.

»*El Gallo Rojo*, que es un horrible caserón blanqueado como una vieja, se embellecerá gracias á vuestra presencia, con todas las esplendores de un palacio de hadas.

»¿No sois el hada del amor?

»Os amo, os deseo con todo el ardor volcánico del Vesubio y del Etna reunidos.

»J. VAN BERG.»

Isabel Robert á van Berg.

«Vuestra carta me ha producido un placer

extremo. Estoy detenida aquí por un contra-tiempo que no puede prolongarse mucho. ¿No es verdad que Toury es un país encantador? Ya me daréis noticias de vuestras excursiones.

»Estad tranquilo; no os olvida ni un instante,

»ISABEL.»

Luisa á Isabel.

«Todo marcha á las mil maravillas. Dentro de poco podré proporcionar al señor Papillot las armas necesarias para reducir á tu adversario y dejarlo como un guante.

»Tu amiga,

»LUISA.»

XI

La bonita población de Toury-les-Fonis, está, efectivamente, situada en un país muy variado, cubierto de bosques y de vides y cortado por sinuosos valles que ofrecen los sitios más poéticos.

Pero en cambio, está alejada de todos los centros populosos, y los habitantes son de una sencillez primitiva y desconfiados como buenos campesinos.

Isabel Robert los conocía bien.

Su madre posee, como hemos dicho, grandes posesiones á algunas leguas de allí, entre ellas la de la Jouchere.

Toury es un pueblo esencialmente agrícola.

Fuera del notario, el cobrador de contribuciones, el juez de paz, los gendarmes, el cura y dos ó tres comerciantes que venden á sus vecinos los artículos de primera necesidad, no

hay uno solo que no se ocupe en los trabajos de la tierra.

No quedaron más sorprendidos los habitantes de las islas Tongas por el desembarco del capitán Cook, que lo quedaron los habitantes de Toury por la llegada de van Berg.

Extrañó á todo el mundo la intrusión de aquel extranjero en un país en donde, á excepción de algunos comisionistas, nunca iban gentes extrañas.

¿A quién podía ocurrírsele la idea de refugiarse en aquel agujero, tan desconocido para los parisienses como el canal de Yucatán ó el trópico de Cáncer?

Solo los artistas podían hallar allí atractivos.

En ninguna parte se encuentran arroyos con más sombra, más rozagante verdor, aguas más límpidas y cabañas más bonitas.

Pero los paisajistas suelen acostumbrarse á ciertos sitios, y sólo en ellos hallan motivo para su inspiración.

Fuera del bosque de Fontainebleau, en donde pintan eternamente lo mismo; de una media docena de poblaciones legendarias, adonde emigran como aves de paso en ciertas épocas

del año, no se les ocurre explorar otras regiones en las cuales descubrirían fácilmente amplia colección de asuntos para sus obras.

Como decía van Berg, su presencia despertó en el más alto grado la curiosidad de los indígenas.

Desde que llegó al *Gallo Rojo* cargado con sus utensilios, aquellas buenas gentes salían á la única calle de Toury para verle.

En los primeros días de su voluntario destierro, entusiasmado con la belleza de los alrededores, paseaba por ellos con verdadero entusiasmo, y volvía á la posada cargado de apuntes que no carecían de valor, porque van Berg era buen ingeniero y artista de talento.

Pero, poco comunicativo, no enseñaba á nadie sus obras, ni aun á sus compañeros de mesa.

Pronto fué el objeto de todas las conversaciones en el pueblo.

¿Quién era?

¿De dónde venía?

¿Qué hacía?

¿Por qué en una nación tan grande como Francia, prefería aquel rincón desconocido?

El alcalde, antiguo granjero, más rico que

ilustrado, no tardó en verse solicitado por la común curiosidad. ¿No debía, en su calidad de magistrado, velar por la seguridad pública?

Indeciso con los informes de los gendarmes, á quienes el extranjero inspiraba sospechas, recibió oportunamente la visita de su mejor amigo, el guarda de la Jonchere.

Bastien le insinuó que había muchos espías en los campos: que por todas partes se veían hombres levantando planos para los alemanes, y que pululaban esta clase de gentes por todo el territorio.

No podía prendérselos sin pruebas; pero debía vigilarse mucho.

El alcalde manifestó con un gesto de inteligencia que comprendía la indicación y que cumpliría con su deber.

El guarda de la Jonchere volvió á sus penas después de haber sembrado la buena nueva en suelo fértil.

Desde aquel día, van Berg fué objeto de una vigilancia constante.

El rumor corrió, como un reguero de pólvora, por la población: todos sabían que los alrededores de Toury estaban llenos de espías que tomaban toda clase de datos acerca del país.

Van Berg, preocupado con sus amorosos proyectos, no pensaba más que en los encantos de Isabel; pero no daba un paso sin ser seguido por un guarda ó por un gendarme, que aparentaba dar un paseo.

Cuando pintaba un arroyo, se admiraba viendo á un pescador que acudía á aquel mismo sitio, pero no sospechaba la verdad.

Se limitaba á dibujar las siluetas de aquellos personajes que le acompañaban en todas sus excursiones, como si aparecieran casualmente por los sitios en que él estaba.

Algunas veces entablaba conversación con ellos, y agravaba su situación sin sospecharlo.

—¡Hermoso país!—decía.

—Sí.

—¿Es rico?

«Te veo venir», decía para sus adentros el interlocutor, y contestaba con vaguedades.

—Es rico y no lo es, ¿entendéis? Eso depende de las cosechas. Las cosas andan mal.

—¿Se cosecha buen vino?

—No malo. Los años no se parecen.

—¿Mucho?

—Antes; pero hoy, las vides han enfermado.

—Pues tienen el aspecto soberbio.

—Ló parece, pero engañan. No se puede contar con la cosecha mientras no esté en las bodegas.

A veces eran ellos los que preguntaban á van Berg:

—¿Qué hacéis? ¿No os ocuparéis en trazar planos, supongo?

Pero van Berg, para vengarse de las respuestas ambiguas que á él le daban, decía:

—Sí, son planos...

—¿Llevaréis noticias del país?

—Así lo espero.

—¿No serán para el rey de Prusia?—insinuaba el campesino.

—Son para mí.

A medida que pasaba el tiempo, estas conversaciones eran más frecuentes.

El alcalde redoblaba su celo, y el guarda le llevaba noticias todas las mañanas.

Excusado es decir que en la rue Royale se sabía cuanto pasaba en Toury.

Al cabo de una semana, la eferescencia llegó al colmo en la población.

En la posada de *El Gallo Rojo*, en donde van Berg se conducía entonces como un *gentle-*

man rico y lleno de atenciones para todo el mundo, se empezó á mirarle con desconfianza

El contagio de la desconfianza se apoderó del posadero, del cobrador de contribuciones y del preceptor. á pesar de su clara inteligencia.

El jefe de la gendarmería fué á adquirir noticias acerca del extranjero misterioso, de tipo germánico, que empleaba el tiempo en tan singulares y extrañas tareas.

Cuando leyó en la tarjeta «van Berg, ingeniero», no le quedó duda acerca de la misión del extranjero.

Las cosas se agravaban.

El belga continuaba pasando los días en el campo, favorecido por el magnífico tiempo que hacía, volviendo tan sólo á las horas de comer y encerrándose luego en su habitación para escribir las cartas á su hermosa, que él mismo llevaba al correo.

—Son noticias para su gobierno—murmuraba el jefe de los gendarmes, de acuerdo con las autoridades reunidas.

He aquí el contenido del último de aquellos escritos, que tan vivamente picaban la curiosidad del magistrado local, que hubiera dado cualquier cosa por leerlo:

«Mi querida Isabel:

»He explorado todo el país hasta sus más ocultos rincones, y hace ocho días que muero de amor por vos, en medio de esta población salvaje. Empiezo á perder la paciencia. Si no venís, tomo el tren de París y corro á arrojar-me á vuestros pies. ¡Escuchadme, os lo suplico; cumplid vuestra promesa! Os llamo con todo el deseo de una pasión desesperada. Tardáis mucho; pero, según la expresión del poeta, cuando estéis aquí, conmovida por mi obediencia, me haréis justicia, querida mía, y me recompensaréis el tiempo, el amor y la dicha perdidos.

»J. VAN BERG.»

XII

Tenía razón Isabel Robert para echar de menos su hotel de la rue Blanche. Aquel hotel, que formaba parte de su dote, era uno de esos nidos encantadores que solo se construyen y se saben amueblar en París. Quizá no entraba más que como un accesorio en la cuantiosa dote de la joven; pero así y todo, era para ella una verdadera joya, cuya pérdida debía lamentar, juntamente con otra parte de su dote, que le costaba la separación, confesémoslo, aun á riesgo de que se forme una idea muy triste de la humanidad en general, y del señor Robert en particular, cuyos asuntos trastornaba aquella separación.

Isabel y su dote formaban uno de esos conjuntos armónicos, completos, irresistibles, que atraen á los pretendientes.

Quando el ingeniero y la joven se vieron por primera vez en el *foyer* de la Opera, sabían de

«Mi querida Isabel:

»He explorado todo el país hasta sus más ocultos rincones, y hace ocho días que muero de amor por vos, en medio de esta población salvaje. Empiezo á perder la paciencia. Si no venís, tomo el tren de París y corro á arrojar-me á vuestros pies. ¡Escuchadme, os lo suplico; cumplid vuestra promesa! Os llamo con todo el deseo de una pasión desesperada. Tardáis mucho; pero, según la expresión del poeta, cuando estéis aquí, conmovida por mi obediencia, me haréis justicia, querida mía, y me recompensaréis el tiempo, el amor y la dicha perdidos.

»J. VAN BERG.»

XII

Tenía razón Isabel Robert para echar de menos su hotel de la rue Blanche. Aquel hotel, que formaba parte de su dote, era uno de esos nidos encantadores que solo se construyen y se saben amueblar en París. Quizá no entraba más que como un accesorio en la cuantiosa dote de la joven; pero así y todo, era para ella una verdadera joya, cuya pérdida debía lamentar, juntamente con otra parte de su dote, que le costaba la separación, confesémoslo, aun á riesgo de que se forme una idea muy triste de la humanidad en general, y del señor Robert en particular, cuyos asuntos trastornaba aquella separación.

Isabel y su dote formaban uno de esos conjuntos armónicos, completos, irresistibles, que atraen á los pretendientes.

Quando el ingeniero y la joven se vieron por primera vez en el *foyer* de la Opera, sabían de

antemano lo que cada cual aportaba al matrimonio.

Inteligente, de elegancia poco común, dotada de gran delicadeza de espíritu, Isabel sintió halagada su vanidad viéndose pretendida por un hombre del mérito del ingeniero Robert, condecorado á los treinta años por algunos trabajos notables, y con brillante reputación.

El matrimonio se celebró con los mejores auspicios.

Los primeros años pasaron entre delicias, y el hotelito fué un verdadero nido de amor.

Por mucho que se quiera, cuesta trabajo borrar el recuerdo de los días felices. Siempre queda algo de él, como del perfume de una flor conservada mucho tiempo.

El ingeniero tuvo que suspender sus trabajos por algún tiempo, á consecuencia de su separación.

Al principio atenuaron su tristeza y su soledad el orgullo, el despecho, la ira, por aquello que no era más que una venganza ilegítima de la joven; pero después, el aguijón del recuerdo le hacía deplorar la pérdida de aquella felicidad.

¡Y por culpa suya!

Sí, por culpa suya. Así lo reconocía de buena fe cuando examinaba serenamente su conciencia.

Por lo demás, todo le hablaba de Isabel en el hotelito que él no había querido abandonar; por donde quiera que fuese veía su imagen reproducida cien veces por la pintura y por el mármol.

Sus retratos en traje de baile le mostraban aquellas formas esculpidas por divino artista, los brazos de inimitable perfección, el cuello ondulante, la ovalada cabeza, los labios y los ojos incomparables de su infiel compañera.

La alcoba nupcial, se asemejaba á un guarda joyas del cual hubieran robado los brazaletes, las sortijas y los collares.

Casimiro paseaba su melancolía por aquellas habitaciones, cuando estaba seguro de que los criados no le veían.

Sería un error sostener que la falta de Isabel la hacía para él, sino más querida, más deseada pero en el fondo habría hallado al recobrarla un placer semejante al del anticuario, que habiéndose dejado arrebatar por sorpresa el mejor ejemplar de su colección, lo recobrase por medio de la astucia.

Aquella obsesión que le dominaba, no podía curarse más que con un nuevo amor que sustituyese con ventaja al antiguo: reemplazando el hada morena por otra hada rubia.

Esta hada rubia no podía ser otra que su vecina, Luisa de Combes, la amiga de la esposa infiel, la viuda á quien veía diariamente vagar por entre los bosquecillos de su jardín, esperando á que la consolara en su soledad.

El ingeniero le había hecho siempre la corte; pero ella le había recordado constantemente el cumplimiento de su deber.

Sin embargo, nunca había renunciado á la esperanza.

Desde su separación fué más asiduo para con su vecina.

Aquella mañana se había despertado con ideas de conquista. En sus últimas conversaciones, Luisa parecía haberse dulcificado, transformación que solo un ciego hubiera dejado de advertir, en la emoción de su voz, en sus palabras de compasión por la suerte del ingeniero.

Caridad quiere decir amor, en el verdadero sentido de la palabra.

Aconsejado por el hastío, se decidió á abor-

dar la cuestión, obligando á su vecina á decirse.

La casualidad acudió en su ayuda.

A las nueve de la mañana fué á sentarse á la sombra de un árbol, sobre un montículo, desde el cual se dominaba la escalera del jardín vecino, cuando vió bajar á la viudita cubriéndose con una sombrilla de color escarlata.

Después de dar algunas vueltas por el jardín, Luisa fué á sentarse en una eminencia parécida á la en que se hallaba Robert, y al descubrir á su admirador dejó escapar una exclamación de sorpresa.

—¿Ya salís? querido vecino.

—Como lo veis.

—¿Estais curado?

—Radicalmente.

—¿Vais á continuar vuestros viajes?

—Sí, para distraerme. Me aburro sin compañía.

—¿Vais á renovar vuestro pasado?

—Con tanto más empeño, cuanto que nada me retiene en este hogar vacío. ¿No he vuelto al celibato?

—No acuseis á nadie más que á vos.

—Quisiera oiros demostrar esta paradoja.

¿Soy yo quien ha cometido la torpeza, la falta inexcusable?

—La habéis provocado. Al menos tenéis complicidad en ella.

—¿Os atreveríais á comparar las faltas insignificantes del marido con la caída infamante de la mujer?

—La pobre Isabel se ha dejado arrastrar á una torpeza, á un crimen, si queréis, y que no le perdonáis. Sin embargo, ella os había perdonado antes.

—¡Imposible! ¡Jamás!

—Eso se dice muy pronto. Pensad en la dicha de que os habéis privado.

—Hay otras.

—¿Tan completas? ¿Estáis seguro de lo que decís?

—Quiero decir que confío en las nuevas dichas que me esperan, dichas vengadoras si...

—¿Si qué?

—Si vos consentís...

—Acabad.

—En lo que os pido hace tanto tiempo.

—Hay que hacer justicia, reconociendo como la primera de entre vuestras raras virtudes, la de la perseverancia. Hace mucho tiem-

po, efectivamente, que... ¿cómo decirlo?... postulais. Cosa que, entre paréntesis, sería lo suficiente para hacer que Isabel pensase en las represalias. ¡Pobre mujer!

—¡No hablemos de eso, os lo suplico.

—¿Pues de qué hemos de hablar?

—De vos; de vos á quien amo, á quien adoro, porque...

—Deteneos... ¿Sabeis hasta dónde os conduciría vuestra adoración hacia mi?

—Decid.

—Hasta franquear esa pared de seis pies.

—Lo haría con entusiasmo si me autozarais para ello.

—No por cierto. Preferiría ser yo la que lo franquease en tal caso; caso que no llegará.

—¿Por qué?

—Por las gentes. Puede uno conducirse de modo que haya de avergonzarse ante los criados de los demás; pero no se debe nunca hacer nada que pueda avergonzarle ante los suyos.

—Es una idea muy racional.

—Además, creo que no carecéis de discreción...

—¡Oh!

—Ni de ingenio...

- ¡Oh!
- Ni de imaginación.
- ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! Me hacéis sonrojarme.
- Ya encontraríais un medio de despedir á esos parásitos, si fuera necesario.
- No lo dudéis. El día en que consintáis en hacerlo, les envío al otro lado de las fronteras con billetes de favor, como si fueran diputados.
- Seríais capaz, lo creo. Vamos á ver, hablando seriamente, ¿por qué no volvéis á reunirnos con Isabel?
- Porque no puedo... ni quiero. La sociedad...
- ¿La sociedad? ¿Queréis que os diga lo que pensaría la sociedad?
- ¿Qué?
- Que érais magnánimo. ¿No es el perdón de las injurias el colmo de lo sublime?
- Es que las injurias de esa clase...
- Son como las demás. En el fondo amáis á Isabel, y si habláseis con sinceridad, confesaríais que la echáis de menos.
- Sois muy sagaz.
- Estoy segura de que la mayor parte del tiempo lo pasáis vagando por sus habitaciones,

- y que cubris de besos cuanto os la recuerda.
- Estáis en un error.
- ¡Os habéis sonrojado! he acertado.
- La he querido, lo confieso; pero como ella ha olvidado...
- Una sencilla falta de memoria. ¿Y sabéis los felices resultados que puede tener para vos esa experiencia?
- No lo dudo.
- Escuchadme.
- ¡Os escucho! ¡Sois admirable!
- Ese... ¿cómo se llama?
- Barillet.
- ¡Nombre ridículo!
- El hombre es distinto del nombre. Si le viéais...
- No siento ese deseo. He oído hablar mucho de él. Es un hombre grotesco por todos estilos, que servirá de término de comparación á la pobre Isabel.
- Preferiría que no le hubiese conocido.
- ¡Qué diferencia, sin embargo! Antes soñaba ella cosas ideales, imposibles, divinas, con éxtasis delirantes, con placeres quiméricos. Ya sabéis que la imaginación vuela, sobre todo en la mujer aislada, y Dios sabe si vos la habíais

aislado. Se moría de hastío. Poneos en su lugar.

—Adelante.

—Eso es muy peligroso para una mujer de imaginación. Pero en lo sucesivo, ya sabe á qué atenerse. Vos sois tan superior...

—Me abrumáis...

—Sí, estáis muy por encima de ese Barillet.

—Os suplico...—dijo modestamente el ingeniero.

—Es justicia que se os debe hacer. No puede sostener la comparación con vos, que sois un Dios con respecto á él. ¿Cómo podía Isabel pensar en renovar una aventura que tan mal le ha salido?

—¿Os lo ha dicho ella?

—¿Quién queréis que me lo haya dicho? Lamenta amargamente lo que ha hecho. ¡Sus ojos, sus hermosos ojos negros, se funden en lágrimas! ¡Sus suspiros os apiadarían y enjugaríais con besos sus lágrimas!

—¡Pero ya comprendéis que el escándalo ha sido grande! Dado el primer paso en el proceso, iremos hasta el fin.

—¡Pensad en los atractivos que vais á perder!

—Los vuestros los hacen olvidar.

Robert se levantó impetuosamente.

—Dejemos el pasado—dijo.—Vuelvo á ser soltero. Nunca he apreciado tanto las delicias de la libertad. A vuestro lado soy ligero como una pluma.

—Ligero lo habéis sido siempre. Esa es la primera y la única causa de la perdición de esa desventurada.

—Sed sincera—dijo el ingeniero.—¿Sentís oscúpulos?

—Sí.

—Sea. Os admiro desde mucho antes. Era el marido de vuestra mejor amiga, y no quisisteis arrebatarla el esposo. Pero hoy, ella ha roto nuestros lazos,

—Aun no lo están.

—Lo estarán muy pronto.

—¿Estáis seguro?

—Mi abogado me lo asegura. ¿De qué puede acusárseme?

—¡Ah! ¡Si se supiera todo!

—Pero no se sabe, no se sabrá nunca.

Al decir esto, aproximó una escalera á la pared, subió hasta lo alto y se puso de codos sobre la pared.

—Soy libre como el aire—continuó,—y pongo á vuestros pies mi libertad. Pensadlo

bien. ¡Qué situación! Vos aquí y yo ¡que

—Por lo pronto—objetó la viuda—este hotel pertenece á vuestra esposa.

—Ella no se negará á alquilármelo como á cualquier otro.

—Sería un medio.

—¡Qué alegría!—exclamó él con calor.—
¡Amarse á espaldas del mundo entero, conservar nuestra independencía con todos los atractivos del amor! ¡Si supiéseis cómo os adoraría yo! ¡Sería un culto, un fanatismo el que tendría por vos!...

—¡A ratos perdidos!...

—¡Siempre!

—Lo habéis dicho muy pronto.

—Probad.

—La prueba es peligrosa—dijo ella bajando los ojos.

—Permitidme esperar.

—No os lo puedo prohibir.

—Decid que me lo consentís.

—Pero...

—Os lo suplico.

—¡Cuidado! ¡Vais á ser tan culpable como Isabell

—¡No es lo mismo!

—¡No me haréis admitir jamás esa diferencia entre hombre y mujer! Lo que se aprecia en estos casos es la herida del corazón.

—¡Cuántas palabras inútiles! Yo no conozco más que dos...

—¿Qué son?

—Vais á incomodaros.

—¡Quién sabe!

—¿Me permitís decírlas?

—Sí.

—Os amo.

—¿Puedo creerlo?—suspiró Luisa ngiendofi admirablemente una gran perplejidad.

—Os juro...

—¡Sois tan ligero!...

—¡Qué error! Dejadme demostrároslo.

—¿Cómo?

—Al otro lado del muro.

—Quizá... ya veremos. Ahora me veo obligada á dejaros. Me hacéis olvidar que tengo que hacer...

—¡Tened compasión de mí; me volvéis loco!

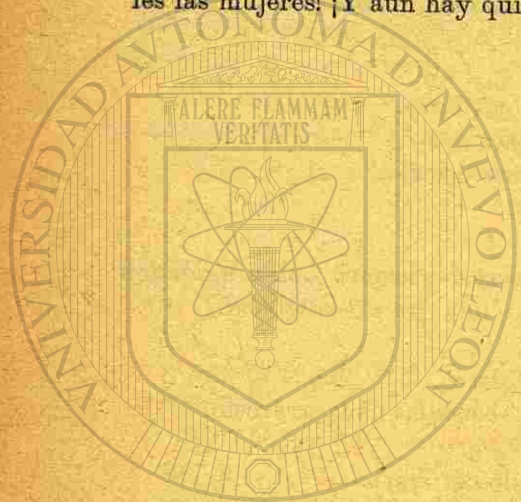
—¡Ah! ¡Sois terrible! Adiós.

—Adiós, no; hasta luego.

La viuda se alejó sin volver la cabeza.

El bajó la escalera y se volvió á su puesto de descanso, diciéndose:

—Un esfuerzo más, y es mía. ¡Son tan débiles las mujeres! ¡Y aun hay quien se casa!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXIII

Toda paciencia tiene sus límites, hasta la de los enamorados.

En esta época de fiebre, ó de neurosis, como dicen los médicos, se gusta de hacerlo todo á escape, lo mismo los asuntos del corazón que los demás.

La señora de Robert tenía bastante experiencia para no desconocer esto. Así es que no quiso comprometer el éxito de su intriga prolongándola mucho.

Al leer la última carta de van Berg, juzgó que su proyecto estaba ya maduro, como lo estaba el de su amiga Luisa de Combes, respecto de Casimiro Robert, su marido.

Envió, pues, á van Berg un despacho telegráfico, que produjo á éste los más vivos transportes de esperanza y de alegría:

«—Esta tarde en *Toury*.»

Era lacónico, pero muy claro.

Cuando aquel telegrama era trasmitido al Yonne, la graciosa viuda, después de dejar entregado á su vecino al entusiasmo producido por sus veladas promesas, corrió á casa de su amiga y encontró á esta hablando con la doncella.

Rosa estaba vestida con sencillez, pero con gusto.

—¿No olvidareis mis instrucciones?—le dijo su ama.

—No, señora.

—¿Sabeis lo que os he prometido?

—Sí, señora.

—¡Tened mucho cuidado!

—La señora puede estar tranquila.

—Cuento con vuestra firmeza.

—La señora puede contar conmigo.

—Ese Belga es muy atrevido, ya lo sabeis.

—No se inquiete la señora.

—¡Muy audaz!

La doncella mostró al sonreirse los dientes más lindos del mundo.

—Os conozco y estoy tranquila—replicó su ama,—porque ¿qué diría Bastien.—Le amais mucho, ¿verdad?

—¡Oh, sí! ¿No tiene la señora otra cosa que ordenarme?

—No.

—Entonces... ¿puedo partir ya?

—Si estais dispuesta....

Rosa saludó á las dos señoras y salió.

Llevaba en la mano un caprichoso saco de viaje que, evidentemente pertenecía á su ama.

Era imposible no confundirla con una mujer de la buena sociedad, que regresa al campo, en donde tiene sus posesiones, ó en donde acostumbra á pasar algunas temporadas.

Estaba realmente seductora y linda.

La señora de Combes miró á su amiga con asombro.

—¡No comprendo, querida!—la dijo.

—Si estuvieras en *Toury* esta noche, comprenderías.

—¡Ah!... ¿Ese van Berg espera verte allí?

—Sí.

—Y... ¿no te verá?

—Claro que no, puesto que permaneceré en París.

—Entonces esperas que, en su despecho por tu retraso, se arrojará á recoger la distracción que le expides y cortejará á tu doncella, ¿no es eso?

—¡Me parece que la muchacha vale la pena!

—¡Haces mal en exponer á esa pobre Rosa á las galanterías del loco de van Berg!

—¡No hay cuidado!

—¿Por qué no hay cuidado?

—Porque está locamente enamorada de un muchacho, con el cual se casará pronto.

—¿Quién es ese muchacho.

—Su primo, el hijo del guarda de la Jouchere. ¡Figúrate si estará vigilada y protegida! Ella lo sabe, y el guarda y el hijo están en el complot.

—¡Eres terrible en tus perfidias!

—¡Odio á los hombres!

—¿Tú?

—¡Yo así lo creo, al menos! Además esta perfidia no tiene otro objeto que reunir al liejés y á su mitad, probándole á él que de todas las mujeres cuya posesión se ambiciona, suele ser la legítima la menos engañadora y la mejor.

—¿Aun en el caso de que la mujer legítima haya faltado á sus deberes?

—Aun en ese caso es la mejor.

—Amén—dijo la viudita.

—¿Y tú qué has conseguido?

—Tocamos al fin.

—¿De veras?

—Sí, estoy segura de ello. Si no temiera molestarte, te rogaría que me acompañaras á casa de tu abogado.

—¿A casa de *maitre* Papillot?

—Sí, á fin de convenir con él en la escena final.

—Partamos—dijo Isabel, tarareando un aire de *Carmen*.

—Sí, vamos á concertar el desenlace del drama.

—¿Crees que dará resultado?

—Pondría las manos en el fuego. ¿Según eso, sigues queriendo al *monstruo* de tu marido?

—¡Vergüenza me da confesarlo!...

—¿Entonces, por qué?...

Isabel bajó los ojos.

—¡No lo sé!—dijo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XIV

Cuando á la hora del almuerzo, en el comedor del *Gallo Rojo*, un hermoso comedor con las paredes cubiertas de cuadros de tonos chillones, representando la caza del ciervo en tiempo de Luis XV, entregaron á van Berg el telegrama que le anunciaba su dicha, su rostro se iluminó, se retorció el bigote con ademanes de vencedor y doblando cuidadosamente el azulado papelito lo guardó, dándose la importancia del hombre que, después de larga espera y de haber empleado mucha paciencia y gran habilidad para llevar á buen fin importantes y delicadas negociaciones, puede exclamar satisfecho y seguro de su resultado:

—¡Al fin lo logré!

Naturalmente, tuvo muy buen cuidado de no revelar á sus vecinos de mesa la causa de su alegría.

El cobrador de contribuciones, intrigado,

cambió con el preceptor algunas palabras, en las cuales se notaba su asombro.

Decididamente, pensaban uno y otro, este extranjero no hace nada como los demás. Todo en él es misterioso.

Según esto, el alcalde triunfaba.

El monterilla tenía mejor olfato que sus administrados, y había olfateado al enemigo.

Hasta las sirvientas habían acabado por pensar que el galante personaje que las acariciaba la barbilla cuando las encontraba en los pasillos, á pesar de su buen aspecto, desempeñaba un papel poco claro.

Van Berg, absorto en sus pensamientos de dicha y embargado por su alegría, ni siquiera sospechaba las miradas de desconfianza de que era objeto.

El tiempo iba á parecerle muy largo.

El coche que conduce á los viajeros de Laroche, no llega hasta muy tarde, cuando ha cerrado ya la noche.

Entre tanto era preciso buscar el medio de que se le hiciera el tiempo lo más corto posible.

Se puso su traje de ordinario, cargó con los artefactos con que cargaba todos los días, y se

fué á vagar por el campo, buscando los sitios más poéticos.

Decir que seguía sus estudios del natural con la misma libertad de espíritu que siempre, sería un error de los más graves é injustificados.

Bosquejó negligentemente las ruinas del viejísimo molino, cerca del cual se había sentado, á la sombra de un sauce y se abandonó á sus ilusiones.

Llegaba á los umbrales de la dicha.

Echado, como Títero á la sombra de su árbol, repasaba en su imaginación las perfecciones de la encantadora Isabel.

Recordaba sus hermosos y negros cabellos, sus grandes y magníficos ojos, su ambarino cutis y sus labios de púrpura.

Hubiera querido que trascurrieran las horas con la rapidez del relámpago.

¡Qué largas se le hicieron!

Sin embargo, aunque nuestro liejés no lo notara, caían una tras otra en el abismo sin fondo del pasado, en su trascurso habitual.

Cuando creyó que ya había estado mucho tiempo en el campo, se volvió al *Gallo Rojo*, caminando por los senderos de las praderas

cercanas á Toury, escalando, con su impedimenta, las escaleras que forman, y cuando ya estuvo en la posada y en su cuarto, se entregó de lleno á preparar todo para recibir á su *prometida*.

Llegada la hora de comer, comió poco, y á la caída de la tarde, contando los minutos, se instaló sobre uno de los bancos del patio de la posada para oír los ruidos del camino.

Por fin el ruido de un coche de dos caballos, rodando sobre el puntiagudo piso de la única calle de Toury, y el de los cascabeles de los caballos, se fué acercando: la tralla del conductor hería los oídos de los curiosos que salían á su paso, y bien pronto el carruaje, un mal carricoche pintado de amarillo y negro, penetró en la posada.

El corazón del belga se agitó por la alegría. Se levantó de un salto, y sus ojos registraron con ansiedad el interior del carricoche.

Una mujer joven y linda se apeó de la especie de cupé abierto que formaba la delantera del vehículo.

No era la soñada morena y sí una rubia deslumbradora y capaz de halagar al más exagerado amor propio de un amante.

Iba vestida con un traje gris, de exquisito corte, y que ponía de relieve un busto sólido y lleno, hombros soberbios y un talle fino, que descansaba sobre caderas muy españolas.

El cuello, blanco como el alabastro, se destacaba de una gola de color crema, y un sombrero muy fino de verano, con lazos de terciopelo azul cubría sus rubios y abundantes cabellos.

Sus ojos, que parecían dominados por la languidez, resguardados del aire y del polvo por un velito de tul que la ocultaba á medias, se volvieron de pronto hacia van Berg, que devoraba con los suyos á la viajera; ésta se adelantó hacia él y le dijo con dulce voz:

—¿Señor van Berg?

Nuestro ingeniero se inclinó sin responder.

—Deseo hablaros.

—Estoy á vuestra disposición.

—¡Oh! no, aquí delante de gente no.

—¿Queréis subir á mi cuarto?

La desconocida vaciló.

—Bien—dijo por fin sonriéndose.

Y bajando la voz, añadió:

—Quiero hablaros de parte de mi ama, ¿entendéis?

Los criados llegaban en aquel momento y rodeaban á la viajera.

—¿Va á quedarse la señora en el hotel?

—Sí—dijo van Berg, después de haberla consultado con la vista.

La rubia siguió, sin hacerse rogar, al artista, que la mostraba el camino de su cuarto.

Los criados pensaron:

—Es la señora.

El cobrador de contribuciones y el preceptor murmuraban con cierta envidia:

—¡Pestes! ¡Es una mujer admirablemente formada! ¡Rubia como el oro y blanca como la leche! ¡Es una alemana; eso se conoce en cuanto se la ve!

Van Berg ordenaba á las maritornes:

—Dejad el saco de viaje en la habitación de al lado de la mía.

Y separándose para dejar pasar á la viajera:

—Pasad, señora—dijo con la mayor galantería.

XV

La linda muchacha pasó sin cumplido.

Se dejó caer con abandono sobre un sillón cubierto con terciopelo de Utrech amarillo, al cual el paso de los viajeros de comercio y el uso, habían infligido irreparables ultrajes.

—¡Uf!—dijo;—estoy cansadísima y magullada; ¡cuatro horas de ese coche infernal!

—¿Y vais á.....?—preguntó van Berg con cariñoso interés.

—Al castillo de la *Jonchere*, á casa de la señora.

—¿Pero no esta noche?..

—¡Oh!... No.

—Habeis sufrido ya bastante con esas cuatro horas de viaje.

—¡Tenéis razón! Necesito descansar, y espero dormir bien.

Y la joven lanzó un suspiro que pareció que iba á hacer estallar el cuerpo del vestido.

—La señora me recogerá mañana á su llegada, á menos que Bastián, el guarda del castillo, no venga á buscarme; pero de seguro se habrá olvidado de ello.

—¿Quién es ese Bastián?

—El hijo del guarda, mi primo.

—¡Ah!... ¿Sois del país?

—De aquí no, soy de más lejos. En *Toury* no conozco á nadie. Cuando me marché hace seis seis años, era yo una chiquilla.

—Si me lo hubieran ordenado á mí, como á ese.... ¿Cómo habéis dicho?...

—Bastián.

—No hubiera sido yo quien se hubiera olvidado de cumplirlo.

—¡Ah!... Es que vos sois muy galante.

—¿Habéis dicho que queríais hablarme?—dijo el liegés, llevándola á lo que le interesaba.

—Sí, según parece, esperabáis á la señora hoy aquí.

Van Berg se retorció el bigote, y adoptó una actitud de vencedor, pero se calló.

—¿Es amiga vuestra la señora?—replicó la rubia con burlona sonrisa y peor intención.

Van Berg se inclinó.

—Pues, bien; voy á deciros lo que ha ocu-

currido. La señora no ha podido salir de París. ¡Está de un humor insoportable! Me ha dado el encargo de suplicaros que la dispenseis. Había pedido ya el coche, cuando su madre tuvo la mala idea de sufrir un síncope.

—¿Un síncope?

—Sí y sigue enferma.

—¿De veras?

—Está en cama. Es una enfermedad del corazón, según dicen los médicos. ¡Gritos, gemidos!... No hace más que decirle á la señora: «no me dejes, me muero». ¿Comprendéis?

—Perfectamente.

—Ha sido, pues, preciso que con las maletas hechas y todo preparado, se quede la señora. Pero se ha quedado horriblemente contrariada.

—¡Pobre mujer!

—Yo creía que también me tocaba quedarme, cuando la señora me dijo: ¡Rosa... me llamo Rosa!

—¡Adorable nombre!

—Es preciso que me prestes un servicio.

—¡Un servicio á la señora!—respondí.—Estoy dispuesta á cuanto la señora se sirva mandarme. ¡La señora no tiene más que decirme lo

que tengo que hacer y me arrojaré al fuego por ella si así lo desea?

—Eso es una manera de hablar ¿no es cierto?

—Perdonad, caballero, es una manera de pensar, pues lo probaré, si llega el caso. La señora replicó: Sal para Toury; te detendrás en el *Gallo Rojo* y explicarás lo que ocurre al señor van Berg. Si Bastien no está á esperarte en el tren, te irá á buscar mañana. Pasarás el tiempo lo mejor que te sea posible en Toury, en el *Gallo Rojo*. Salí de París y, aquí estoy. Conocí al señor enseguida que le ví. Ya le había visto una vez en casa, en la rue Royale.

—¿Y os acordabáis?

—¡Ya lo creo! El señor tiene una de esas fisnomías que no se olvidan facilmente. Además, yo tengo buena memoria. Está cumplido el encargo de mi señora, que de seguro os disgusta.

Van Berg vaciló un momento, contempló de lleno á la joven, que á su vez le miraba con cierto atrevimiento con sus grandes y magníficos ojos azules y respondió.

—¡Nada de eso!

—¡Calle exclamo Rosa; eso si que es raro!

¡Yo creia que esta noticia os... descorazonaría!

—¿Por qué había de ocurrir eso?

—No lo sé; pero como la señora parecía tan contrariada, disgustada é inquieta.

—Pues bien, no estoy lo desconsolado que debiera estar, si no hubiérais venido vos; ¡pero no vayais á hablarla de esto, señorita Rosa!

—Vos mismo la direis lo que os convenga decirla. Por mi parte, podeis contar con mi discreción. Pero, añadió enrojeciéndose ligeramente: ¿por qué no os contraría?

—¿Teneis empeño en saberlo?

—¡Caramba!

—Vuestra ama es morena y yo adoro á las rubias.

—¡Ah!

—Esperaba la llega de una morena encantadora y es la más preciosa de las rubias quien se presenta. Aquí, para entre nosotros, voy ganando bastante en el cambio.

—Os burlais,—dijo Rosa con afectación.

—No, os lo juro. ¡Sois adorable! Desde el día en que abristeis la puerta en casa de vuestra ama y me fijé en vos, fué para mí como una revelación. Me desvanecí al veros y desde entonces no hago más que pensar en vos.

—Entonces el señor no debiera estar muy divertido, porque pensar en una persona á quien no se vé, no debe ser ocupación muy entretenida ni agradable.

—¡No conozco nada más agradable que eso!

Van Berg se aproximó de pronto á la linda joven, que sabía hacer uso de las miradas como una coqueta de teatro, cuando se abrió la puerta de comunicación entre ambos cuartos y una sirvienta exclamó con voz pastoril:

—La habitación de la señora esta dispuesta ya. ¿La señora querrá cenar?

—¡Sí, ya lo creo que quiero; como que tengo gran apetito!

—La señora será servida antes de cinco minutos.

—¡Tanto mejor! ¡Tengo realmente hambre, no ya apetito!

Al propio tiempo que pronunciaba estas palabras Rosa, se ponía en pie y decía al belga:

—¿Se come bien en esta barraca?

—¡No se come del todo mal!

—¡Tengo verdadera pasión por la buena cocina! La de casa es perfecta. La cocinera de la señora pasa por ser una de las mejores cocineras de París.

—¡Es glotona!—pensó van Berg.—¡Admirablemente; ese pecadillo hace esperar otros!

Y añadió en voz alta:

—Como hace ocho días ya que estoy aquí, conozco el pueblo y todos sus alrededores, y si me lo permitís, os acompañaré á visitar el pueblo después de que hayáis cenado.

—¡Con el mayor gusto, y os lo agradezco!

—De paso charlaremos—añadió van Berg con ternura.

—Como gustéis—dijo Rosa, dirigiéndole al mismo tiempo una seductora mirada.

—¡Oh!—se dijo el liejés.—¡No es esquivia la pequeña!

No parecía serlo, en efecto.

Pasó á su cuarto, sin siquiera molestarse en cerrar la puerta, ordenó y arregló un poco su traje, se pasó la brocha por la cara, el cuello, los brazos y las manos, arregló los magníficos cabellos, que caían sobre su frente en rizos naturales y bajó ligera, rozagante y alegre, seguida de su admirador, que se sentó á su lado en la sala de los cazadores de Luis XV, que habían abandonado ya los huéspedes y abonados, cuya comida terminó una media hora antes de la llegada del coche.

Al verlos conversar con tanta intimidad, ni la hostelera, ni los criados, ni los concurrentes habituales, podían suponer que apenas si se habían visto una sola vez hasta entonces.

Durante la comida, van Berg no cesó de prodigar á su compañera las más delicadas atenciones. La servía él por sí mismo, la ponía vino en el vaso y preveía sus menores deseos. Ella acogía estos cuidados con sonrisas alhagadoras, que eran para nuestro ingeniero pruebas irrecusables del mejor de los augurios.

La doncellita no había llegado aun al café, cuando ya nuestro belga estaba hecho un caramelo.

Es verdad que la doncella de Isabel era encantadora.

Hubiera rehabilitado á su casta en el *esprit* de los mundanas más difíciles.

Al levantarse de la mesa pasó el brazo por el de van Berg sin cumplimiento, con confianza y paseando por delante de los vecinos de Toury, que tomaban el fresco á las puertas de sus casas, recorrieron juntos el pueblo de un extremo á otro.

Nada más inocente, después de todo, que el motivo de aquel paseo en plena luna, porque

el astro de la noche estaba en toda su plenitud y acababa de mostrarse.

No se trataba más que de visitar á Toury un instante, y el belga, que por su estancia allí había adquirido derecho de ciudadanía, al hacer los honores del pueblo á la joven, empleó su tiempo útilmente y se creyó seguro de no haberlo perdido.

Rosa se mostró graciosa, complaciente, agradecida á los cuidados de su cicerone, conmovida por las protestas de cariño, de admiración y... preciso es decirlo, de amor que este la hacía.

Van Berg tenía una lengua tan dorada, como inflamable era su naturaleza.

Pero cuando se lanzó en declaraciones de un lirismo excesivo, la joven manifestó constantes deseos de descansar en su habitación del *Gallo Rojo*.

Bien pronto subió Rosa á la habitación que la estaba destinada en lo mejor de la casa y que comunicaba, como sabemos, con la de su adorador, mientras que éste se encerraba en la suya, meciéndose en esperanzas que la aparente facilidad de la doncellita hacía fundadas.

Pero con gran asombro suyo, oyó en segui-

da un ruido seco en la puerta que le separaba de la incendiaria rubia.

Era el cerrojo que la aseguraba el verse libre de su impresionable vecino.

Se acercó vivamente á la puerta.

— ¡Rosa! — dijo con voz suplicante.

— ¿Qué queréis?

— Hablaros.

— ¿No lo habeis dicho aun todo?

— No.

— ¿Qué es lo que os falta que decirme?

— Todo lo más interesante.

— ¿Bueno, pues mañana me lo direis.

— ¡No! ¡Esta noche!

— ¡Me estoy cayendo de sueño!

— ¡Os lo suplico!...

— Es inútil.

— ¿Estais incomodada conmigo?

— ¿Por qué he de estarlo? ¿Qué motivos hay para eso?

— ¡Entonces!...

— ¡Qué ganas teneis de charlar! ¡Hasta mañana!

— ¡Cruel!

— Me estoy cayendo de cansancio. Y además...

— ¿Qué?

— ¡Que es imposible!

— ¡Si vos quisiérais!...

La joven se acercó mucho á la puerta y el belga oyó estas palabras, murmuradas como una promesa.

— ¡Mañana! ¡Paciencia!

Distinguió el ruido de las ropas al caer sobre el sillón en que Rosa las echaba, oyó el crugido de la cama al recibirla y vió que la luz se apagó de pronto.

Por más que repitió con lastimero tono, dos ó tres veces:

— ¡Rosa! Rosa, no recibió contestación alguna.

¿Qué hacer? ¿Qué decisión tomar en vista de aquel silencio? ¡Imitar á su vecina y dormir! Esto era lo más prudente; pero él no podía resolverse á hacerlo. Todas estas lentitudes, estos retrasos, las molestias que es preciso tomarse para conquistas inciertas, le exasperaban.

Estas dificultades le hacían lamentar más la ausencia de la verdadera mujer encantadora y cariñosa que había poseído y que le servía como esclava sumisa y siempre dispuesta,

su Clotilde, su Rubens, que hubiera dado cualquier cosa por evocarla con el solo esfuerzo de su voluntad, para calmar el fuego de sus venas.

Su viudez se le hacía enormemente pesada. Sentía germinar en su cerebro, sorda irritación contra aquella Isabel que se hacía desear tanto, que parecía prometer y huía en el momento mismo en que él creía apoderarse de ella; contra Rosa, aquella pobre muchacha inocente, que dormía con toda tranquilidad, y hasta contra aquel cerrojo, que hubiera hecho saltar de un puñetazo, sino hubiera temido ser causa de un escándalo y de que intervinieran las gentes de la casa.

Abrió la ventana de su cuarto y respiró, para calmarse con el aire, refrescado por la brisa de la noche.

Algunos paseantes circulaban aun por la calle y carretas cargadas de heno pasaban, embalsamando la atmósfera.

A lo lejos sonaban cuernos de caza, haciendo llegar su sonido á los más lejanos extremos del campo.

Van Berg se abismaba en esta contemplación, cuando sonaron dos golpes secos en su puerta.

—¡Adelante!—dijo.

Pero se acordó entonces de que estaba en la posada y que era preciso ir á abrir la puerta por sí mismo.

Así lo hizo.

Tres aldeanos con su traje de los días de fiesta y acompañados de un gendarme con uniforme, se presentaron á su vista.



El belga retrocedió, muy intrigado por la visita de aquellas gentes.

¿Qué iban á hacer aquellas gentes á su cuarto, en la posada, á las diez de la noche, con un aparato que trataba de que apareciese imponente?

—Caballero—comenzó el personaje que iba al frente de los otros, y que era un hombre grueso que vestía pantalón gris claro, chaleco verde y un paletó rojo muy amplio—soy el alcalde de Toury, Román Pichelot.

—Caballero—dijo van Berg con finura—no me sorprende que seais alcalde. ¿Y estos otros señores, quiénes son?

—El señor es juez de paz, y este pequeño y delgado es su secretario. El gendarme representa á la fuerza pública. ®

—¿Y qué es lo que quiere *la fuerza pública*?
Román Pichelot no era hombre que se des-

concertara por una respuesta irónica, así es que sin perder la sangre fría, continuó con el aplomo propio de su autoridad municipal:

—Interrogaros.

—¡A estas horas!

—Caballero—observó el juez de paz, tratando de conciliarlo todo—si hemos elegido esta hora, tan intempestiva, es verdad, ha sido por evitar un escándalo.

—¡Un escándalo!—exclamó van Berg, cuyo asombro iba en aumento.

—En interés vuestro.

—¿Pues de que se trata?

—Calma, calma,—replicó el alcalde—vais á saberlo.

Los tres hombres y el gendarme se instalaron cómodamente en las pocas sillas que había en la habitación.

La sangre del belga comenzaba á hervir en sus venas.

—Caballeros—dijo con voz que ahogaba la cólera—este proceder...

El alcalde le interrumpió haciendo un gesto y diciendo:

—¡Calma!

—¡En virtud de qué derecho?...

—Sabemos bien lo que debemos de hacer y lo que vamos á hacer.

—Protesto solemnemente de este atropello:

—Está bien, nadie se opone á que protestéis.

—Pero sepamos, ¿qué es lo que os trae aquí?

—Voy á deciroslo. Nosotros somos las autoridades, los encargados de velar por la seguridad de los habitantes del cantón.

—¿Qué más?

—Venimos á preguntaros qué es lo que hacéis aquí.

—Pascarme.

—¡Ta, ta, ta, ta! Graciosa respuesta. Todo el mundo puede decir lo mismo. Vamos á ver. ¿De qué país sois?

—Soy belga.

—¡Oh, oh! No hay nada que lo pruebe. ¡Hay tantas gentes que dicen que son belgas y no lo son! ¿Vuestra profesión?

—Ingeniero. Pero después de todo, ¿qué os importa todo eso?

—Es posible que nos importe. Ya veremos.

—Yo no altero ni pongo en peligro vuestra seguridad y tranquilidad.

—Por el momento, no. Pero vuestras idas y venidas son sospechosas. ¡Se os vigila desde que

llegásteis á Toury! ¿Esa condecoración cuya roseta lucís, de dónde es?

—De la América del Sur.

—Lo mismo pudiérais haber dicho que de la China. ¡Si se os creyese! ¿Y esos cartones que lleváis siempre que salís al campo?

—Son dibujos de paisajes.

—¿Y todos los demás objetos que tenéis, son también para el dibujo de paisajes?

—Claro que lo son; habéis de saber que soy pintor.

—¿Lo véis?—dijo el alcalde con tono excesivamente burlón,—vos mismo os delatáis, porque vuestra tarjeta dice que sois ingeniero.

Los dedos de van Berg se crisparon por la cólera.

—¿Sois ingeniero ó pintor?—preguntó afablemente el juez de paz, un viejecito, que no debía fundar sus juicios en una gran lógica, pero que parecía el hombre más honrado del mundo.

—Soy lo uno y lo otro—contestó van Berg.

—¡Eso es imposible!—contestó el alcalde.

—¿Quisiera saber por qué es imposible el ser ingeniero y pintor á la vez, señor mío?

—¡Eso es lo mismo que si un tonelero pre-

tendiera ser abogado! ¡O se es abogado ó se es tonelero, pero no lo uno y lo otro!

—¡Vuestro razonamiento es el de un idiota!—gritó van Berg exasperado.

—Como gustéis; pero cada uno juzga las cosas á su manera, y lleva su idea en ello.

—¿Y cuál es vuestra idea?

—Es—afirmó el juez de paz en tono grave—que atentáis contra nuestra religión y...

—¿Pero es que las gentes de Toury están locas?—preguntó van Berg.

—Las gentes de Toury, ni están locas ni son unas bestias, caballero—se apresuró á decir el alcalde;—y que no están locas ni son animales, os lo probarán. Puesto que vos no queréis decirlo, ¿queréis que os diga lo que hacéis en el país?

—Tendré mucho gusto en escucharos, porque siento verdadera curiosidad por saber qué es lo que hago en el país, según vos.

—Pues lo que hacéis es espiarnos, caballero.

—¿De veras?

—Estáis pagado por el enemigo para calcular lo que se cosecha entre nosotros, caballero.

—¡Es curioso esto!

—¡Burlaos cuánto queráis, mientras nó re-

batáis en otra forma nuestros argumentos!...

—¿Y qué haréis de mí?—dijo van Berg con tono burlón; pero muy molesto en el fondo por aquella estúpida aventura.

—Lo primero que haremos será comunicárselo á las autoridades superiores—respondió el juez de paz.

—¿Y después?

—Es probable que se conformen con conducirnos á la frontera, entre dos gendarmes, de puesto en puesto, á fin de evitar complicaciones diplomáticas.

—¿De puesto en puesto? ¡Eso sería eterno!

—Entretanto—dijo el alcalde con más calor que el juez de paz,—yo tengo vivos deseos de daros pasaporte.

—Pero—objetó van Berg, al cual desarmaba la bestialidad de sus interrogadores—ved esos dibujos, esos bosquejos. Ellos os probarán que soy un pintor y nada más.

A esta invitación, el alcalde y sus acólitos miraron con desconfianza los estudios del artista; pero después de muy contemplados no se dejaron convencer.

—Todo esto—dijo el magistrado con zuecos—no es otra cosa que una argucia para despis-

tar á la justicia y tapparla los ojos. ¿No os parece lo mismo, señor juez de paz?

—Sin duda, sin duda—se apresuró á decir el buen hombre.

—Pero, en fin, ¿qué es lo que pretendéis?—exclamó van Berg, perdiendo la paciencia.

—¿Que qué es lo que pretendemos?—dijo el juez, intimidado por la sangre fría del sospechoso de espionaje.

—¿Tenéis documentos?—preguntó el alcalde.

—¿Qué documentos queréis?

—¡Pasaportes, algo que identifique vuestra persona.

—¿Acaso es necesario identificarla?

—Todo el mundo tiene el deber de llevar consigo esos documentos.

Van Berg no poseía más que las cartas y el despacho de Isabel. Pero era demasiado caballero para exhibirlos.

Permaneció, pues, callado.

Al cabo de unos instantes de reflexión, replicó:

—Por mi fe que no sé qué deciros ya.

—Mejor sería retenerle en el cepo á la disposición de la superioridad—insinuó el gen-

darme.—Porque... eso de no tener papeles...

—¡A mí!—exclamó el Belga retrocediendo.

—¿Por qué no? A vos—replicó el alcalde.

—¿Sabéis—exclamó van Berg irritado—que me estáis molestando ya con exceso con vuestros espías, vuestros planos y vuestros papeles? ¡Planos! ¿Para qué? ¿Acaso no hay planos de toda Francia, por todas partes, á disposición de todo el que los quiera, ruso ó turco, peruano ó brasileño? ¡En cualquier tienda encuentra uno por diez francos todo vuestro país, representado palmo á palmo! ¡Hace una hora que tengo la paciencia de escucharos, y no parece sino que estoy escuchando á locos!

—¡Caballero—dijo el alcalde con dignidad, —somos las autoridades locales!

—¡Ya me lo habeis repetido hasta la saciedad, buen hombre! ¡Me inspira lástima vuestra localidad! ¡Teneis las ideas más extrambóticas del mundo para velar por ella! ¡Soy ingeniero de profesión y pintor por gusto! ¿Lo entendéis ahora, señor mío?

—¡Música!—respondió el alcalde, á pesar de lo cual iba disminuyendo su aplomo.

—¡Soy belga, y si me molestais daré una queja á la embajada, que os hará entrar en

razón, por muy jueces y muy alcaldes que seais! ¡Voy adonde quiero y hago lo que me parece, cosa que nada os importa y que, nada, absolutamente nada, ¿lo entendéis?... tiene que ver con que seais *las autoridades locales!* ¡Ea!... ¡Buenas noches! Tened la bondad de retiraros.

Las autoridades locales se miraron con indecisión.

Van Berg parecía seguro de su derecho y los interlocutores parecían comprender vagamente que estaban á punto de cometer una tontería.

—¿Persistís en asegurar que sois belga?—dijo el juez de paz.

—¡Ya lo creo que insisto!

—Pues bien—dijo el alcalde.—No tardaremos en saber si es cierto.

—¿Cómo lo vais á saber?... ¡Porque será curioso el medio que habréis discurrido para ello!

—He tomado mis precauciones.

—Y ¿cuáles son esas precauciones?—exclamó van Berg, un tanto inquieto.

—He escrito al burgomaestre de Lieja.

—¿A *maître Fischbach!*...—murmuró van Berg, aterrado.

—¡Yo no sé cómo se llama ni cual es su profesión!

—¿Se puede saber lo que le habeis escrito?

—¡Hola, hola!... ¡Parece que ya no os mostrais tan altivo, ni tan despreciativo!... La noticia os sobrecoge.

—¡Acabad! ¿Queréis decirme lo que le habeis escrito, ó nó?

—No tengo por qué negaros esa satisfacción. Aquí tengo la copia de la carta. Voy á léerosla, puesto que parece que os interesa:

«Señor burgomaestre:

»Hay aquí, en Toury-les-Foins, de donde soy alcalde, un individuo que se llama, á juzgar por su tarjeta, Josephin van Berg.

»He aquí sus señas:

»Estatura regular, ojos garzos, bigote rubio, pelo idem y ralo, nariz regular, boca regular, pómulos salientes. Unos cuarenta años, aunque no los representa.

»Señas particulares: ninguna.

»Ese Josephin van Berg, creemos que es un prusiano que ha debido venir aquí por cuenta de su gobierno á levantar planos del país.

»La tarjeta que ha dado en el hotel de *El*

Gallo Rojo, en casa de Lariolle, dice: ingeniero, Lieja.

»Eso no debe ser cierto.

»Pero como conviene al tomar precauciones, tomarlas con acierto, os suplico que me digáis, si es, en efecto, uno de vuestros administrados.

»Viaja con una señora joven, que hace pasar por su mujer, y ha alquilado, en casa de Lariolle (en *El Gallo Rojo*), dos cuartos que se comunican.

»La cosa es sospechosa.

»Os suplico, pues, que me contestéis á la mayor brevedad, diciéndome lo que sepáis acerca del sujeto en cuestión.

»En seguida que haya recibido vuestra contestación, tomaré, en interés de mis administrados, todas las medidas que el buen sentido con que me honro me impone.

»Anticipándoos las gracias, señor mio y digno é importante colega, tengo el gusto de saludaros y de ofrecerme á vuestra disposición, atento y seguro servidor

»ROMÁN PICHELOT

»Alcalde de Toury-les-Foins, condecorado con la medalla del Mérito Agrícola.

»En Toury-les-Foins (Yonne) Francia.»

Van Berg había escuchado la lectura de aquel curioso documento con creciente irritación. Por fin estalló como una bomba.

—¿Y no habéis recibido contestación?

—Todavía no; la estoy esperando.

—¡Bien, pues id á esperarla en vuestra casa y dejadme en paz! Cuanda la hayáis recibido, podéis volver; pero entre tanto, idos, idos de aquí.

Se había apoderado de él el deseo de estrangular á Pichelot, al secretario flacucho y al gendarme.

El alcalde debió comprenderlo así, porque se volvió hacia el juez y le dijo:

—En efecto, podríamos esperar la contestación del burgomaestre. De seguro llegará mañana, y entonces determinaremos.

Los cuatro hombres se precipitaron en su retirada, seguidos por las imprecaciones del belga, que, cuando hubieron desaparecido, se arrojó, loco, desconcertado y nervioso, sobre una silla.

—¡Estúpidos, animales!—decía.—¡No hay nada más peligroso ni más impertinente que un imbécil!

Y repetía:

—¡A *maitre* Fischbach! ¡Al abogado de mi mujer! ¡Todo perdido!...

XVII

Van Berg se levantó al día siguiente, al salir el sol, que por cierto se mostraba radiante. El belga estaba con ese humor que suele llamarse *aplastante*, sin duda porque inspira deseos de aplastar al primero que se presente ó de hacer pedazos cuanto se halla á mano. No solo no había dormido, sino que ni siquiera había podido cerrar los ojos.

Toda la noche la había pasado absorto en dos pensamientos, triste el uno y alegre el otro.

El triste, en la humillación que sentía ante la idea de que el burgomaestre de Lieja, *sieur Fischbach*, abogado de lengua viperina, se habría frotado las manos lleno de satisfacción al recibir la carta del idiota, majadero, y bestia de alcalde de Toury, que le había dado por tomarle por un espía.

—¿En qué situación se iba á encontrar ante los jueces, él que se había mostrado tan ri-

Van Berg había escuchado la lectura de aquel curioso documento con creciente irritación. Por fin estalló como una bomba.

—¿Y no habéis recibido contestación?

—Todavía no; la estoy esperando.

—¡Bien, pues id á esperarla en vuestra casa y dejadme en paz! Cuanda la hayáis recibido, podéis volver; pero entre tanto, idos, idos de aquí.

Se había apoderado de él el deseo de estrangular á Pichelot, al secretario flacucho y al gendarme.

El alcalde debió comprenderlo así, porque se volvió hacia el juez y le dijo:

—En efecto, podríamos esperar la contestación del burgomaestre. De seguro llegará mañana, y entonces determinaremos.

Los cuatro hombres se precipitaron en su retirada, seguidos por las imprecaciones del belga, que, cuando hubieron desaparecido, se arrojó, loco, desconcertado y nervioso, sobre una silla.

—¡Estúpidos, animales!—decía.—¡No hay nada más peligroso ni más impertinente que un imbécil!

Y repetía:

—¡A *maitre* Fischbach! ¡Al abogado de mi mujer! ¡Todo perdido!..

XVII

Van Berg se levantó al día siguiente, al salir el sol, que por cierto se mostraba radiante. El belga estaba con ese humor que suele llamarse *aplastante*, sin duda porque inspira deseos de aplastar al primero que se presente ó de hacer pedazos cuanto se halla á mano. No solo no había dormido, sino que ni siquiera había podido cerrar los ojos.

Toda la noche la había pasado absorto en dos pensamientos, triste el uno y alegre el otro.

El triste, en la humillación que sentía ante la idea de que el burgomaestre de Lieja, *sieur Fischbach*, abogado de lengua viperina, se habría frotado las manos lleno de satisfacción al recibir la carta del idiota, majadero, y bestia de alcalde de Toury, que le había dado por tomarle por un espía.

—¿En qué situación se iba á encontrar ante los jueces, él que se había mostrado tan ri-

gido y tan intratable y que daba tan rigurosas instrucciones á su abogado?

Las consecuencias de aquella estúpida aventura eran claras.

Aquel Román Pichelot le causaba, sin saberlo, un verdadero desastre y le cubría de ridículo.

Maitre Fischbach no dejaría de hacer resaltar la actitud singular de aquel marido que quemaba las naves por una falta de su mujer, falta provocada por sus propias infidelidades, y que sin esperar la terminación del proceso, se ocultaba en un pueblecito lejano, para pasarlo allí á sus anchas, en compañía de una señora que tenía la audacia de decir que era su mujer.

¡Injuria de las más graves! ¡Reciprocidad de ultrajes, que colocaba á ambos esposos en igual situación y en iguales condiciones y debía obligar á los jueces á no pronunciarse en favor del uno ni del otro, y á disponer, por el contrario, que siguieran como estaban antes!

¡Todo el mundo se reiría y él pagaría los gastos!

¡Sería un escándalo que caería sobre él, con todas las circunstancias agravantes del ridículo!

El desgraciado oía la voz gangosa y mordaz del temido abogado.

¡Adivinaba sus sangrientas ironías!

¡Calificado de espía por ignorantes aldeanos!

¡Lo que se reirían de él en Lieja!

¿No sería lo mejor correr á Lieja y reunirse á su mujer, tan indulgente y tan buena, que le había perdonado ya tantas tonterías, antes de que la noticia de esta última llegase á sus oídos, si es que no había llegado ya?

Tendría al menos el mérito de la generosidad, único que en adelante pretendía.

Ciertamente que este era el partido más cuerdo que podía tomar; ¿pero y la blanca doncellita, cuyos suspiros y dulces quejas había estado oyendo toda la noche? ¡Esto le hacía cambiar de rumbo y le decidía á esperar aun sin determinarse á poner en practica tan prudentes propósitos.

¡Y aquella Isabel á quien esperaba!

A las ocho, después de haber meditado con calma todo esto, se decidió á ir á llamar á la puerta de su vecina.

—¿Dormis aún?—preguntó.

—¡Nada de eso!

—¿Acaso no queréis que se os vea?

—Esperad dos segundos y me veréis.

—Al cabo de algunos segundos, la joven abrió, con la mayor confianza, la puerta de comunicación entre ambas habitaciones y se mostró á los ojos del liejes, como la aurora y la juventud, fresca y brillante.

Le bastó verla para olvidar al alcalde, al gendarme y hasta á *maitre* Fischbach.

—¿Qué hermosísima estais, monina?

—¡Ya empezais con vuestras galanterías y cumplimientos?

—¿Qué quereis que diga, sino que estáis admirablemente hermosa y que?...

—Conteneos, por favor, ó me encierro en mi cuarto y no me volvéis á ver.

—¿Guardaos muy bien de hacerlo? ¿Oisteis ruido?

—¿Anoche?

—Sí.

—Vagamente. Me dormí enseguida. Que visita fué la que recibisteis, ¿eran hombres?

—Sí.

—¿Qué querían?

—No sé, ni creo que ellos mismos lo sabían.

—¿Y hoy, que vais á hacer?

—Lo que todos los días, errar por el campo.

—¿Solo?

—A menos que consintais en acompañarme.

—¿Por qué no? No me marcharé hasta la noche.

—¿Tan pronto?—murmuró el liejes.

—La señora me ha escrito que llega aquí.

—¿Cuándo?—preguntó el belga con transporte.

—Hoy mismo. Aquí tengo la carta. Esta noche estará aquí.

—Entonces podemos disponer del día.

—¿Cómo lo emplearemos?

—En recorrer los lugares más hermosos, en soñar al borde de los arroyos... Venid!

—Antes hay que almorzar.

—Teneis razón.... ¡No os olvidais de lo positivo.

—Nada más natural.

—¿Y después?....

—Ya veremos—contestó la jover dirigiéndole una mirada llena de promesas.

—Bien—dijo él.—¡Si nos sirvieran el almuerzo á los dos solos, en lugar de tener que esperar á esos atroces campesinos!... ¿Que os parece?

—Como gustéis.

El almuerzo fué un almuerzo de enamorados. Miradas lánguidas, sonrisas llenas de promesas.

Rosa no escatimó nada para elevar á van Berg al éter y dejarle entrever las perspectivas más encantadoras.

El belga pensaba en lo dichoso que iba á ser; querido por la doncella y adorado por el ama de ésta, era ser verdaderamente afortunado.

¡Todo marchaba bien!

En los alrededores de Toury pudo ensayar con la doncella los efectos de su elocuencia.

Ella le escuchó cuanto quiso decirla.

Cuando las expresiones eran un tanto vivas, le interrumpía con exclamaciones que más parecían para alentarle que para quejarse de ellas.

«¡Ah, señor!»

«¿Se podrá creer?»

«¡Os burláis!»

Pero cuando, internándose bajo los árboles, quería mostrarse un tanto atrevido, surgían obstáculos por todas partes, unos tras otros y sin interrupción.

Al borde del agua, con los pies tocando casi

á ésta y la vista fija en un corcho que flotaba entre los nenúfares, un hombre reclamaba silencio con desesperado gesto, diciendo muy bajito:

—¡No metáis ruido! ¡No metáis ruido, por favor!

Y Rosa, á quien gustaba muchísimo la pesca, se sentaba á dos pasos del pescador, seguía con ansiedad sus incidentes y entablaba una conversación seguida con él.

Cuando van Berg lograba arrancarla de las delicias de aquel tranquilo pasatiempo, la llevaba un poco más lejos, por en medio del campo, y en un sendero, entre dos campos de trigo, comenzaba á animarse en su conversación, cuando de pronto surgía el guarda del campo y saludaba á la pareja; forzoso era, pues, á los enamorados, buscar en otra parte asilo propicio á las declaraciones y á las confidencias.

A las tres de la tarde, van Berg estaba desconcertado.

Habían encontrado á dos gendarmes, tres guardas y media docena de aldeanos, siempre en los parajes en que él creía que iban á hallarse solos.

Y lo que era más irritante aun para él, era que Rosa parecía tan molestada como él por la presencia de los importunos, y se lo manifestaba prodigándole cariñosas frases.

Por último, gruñendo y enviando á los dioses infernales, á los gendarmes, á los pescadores y á los paseantes, regresó con la paciente y tranquila rubia al *Gallo Rojo*.

Lo primero que vió al llegar, fué al alcalde, que tan pronto como le divisó á lo lejos, se apresuró á quitarse el sombrero, agitando en la mano un gran sobre amarillo.

Si van Berg hubiese tenido á mano algún instrumento punzante; una espada, un sable, un puñal ó una pica, hubiera pasado de parte á parte al digno magistrado (una de las *autoridades locales*), tanta era su cólera y el furor que sintió al verle.

Al llegar al patio del *Gallo Rojo*, la hermosa doncellita hizo una reverencia á su acompañante, se desprendió de su brazo y lo entregó por completo al alcalde de Toury, como aquellos cristianos que se entregaban á las fieras en los circos romanos.

—Tengo mil perdones que pedir—comenzó el excelente hombre.

—¿Por qué?...—dijo van Berg, mirándole furioso.

—Por nuestra visita de anoche y por lo que en ella os molestamos injustamente.

—¿Habéis recibido contestación?

—Aquí la tengo. Me dan los mejores informes de vos.

—¡Ah! ¡qué fortuna!

—*Maitre Fischbach* termina su carta agradeciéndonos el aviso, como un favor señaladísimo hecho á la causa de la justicia. No comprendo...

—¡Ah! ¡El señor Fischbach dice eso!

—Y me encarga que os salude en su nombre.

—¡Ironía!—murmuró van Berg.

—No sé que le haya prestado servicio alguno; ¡habrá sido sin saberlo yo!

El buen hombre agobió con sus excusas al infortunado, á quien se asió como á una presa.

—Podéis permanecer en *Toury-les-foins* todo el tiempo que gustéis, caballero. Para nosotros sería un honor y Lariolle no se quejará.

Esta fué su conclusión.

Remán Pichelot retuvo á su víctima hasta el momento en que entró en el patio del *Gallo*

Rojo un coche de dos caballos que llegaba á la carrera.

Van Berg exhaló un grito de sorpresa.

Era Isabel Robert quien llegaba; pero no llegaba sola.

Un caballero, joven aún, condecorado, la acompañaba.

—¡Calla—dijo ella al ver al liejés—el señor van Berg!

—¿Os conocéis?—preguntó su compañero.

—Hemos viajado juntos.

—Señor van Berg —añadió Isabel presentando á su acompañante,—mi marido.

Era, en efecto, su marido.

Hé aquí lo que había pasado.

XVIII

Desde por la mañana temprano, el ingeniero Robert estaba de centinela debajo de un árbol, á pesar de ser una de esas mañanas en que el sol lanzando sus rayos como flechas de fuego funde el asfalto de las aceras bajo los pies de los transeúntes.

Esperaba.

¿Qué era lo que esperaba?

La aparición de su vecina, como van Berg había esperado la de la doncellita en Toury-les-Foins.

La viudita le hizo esperar un rato; pero con esperar fué ganando, pues pudo contemplar una de esas *toilettes* admirables, en las cuales pocas mujeres en el mundo pueden rivalizar con los parisienses de raza.

Luisa llegó luciendo un peinador de seda tan ligero como la batista y azul como el azul de cielo, con cintas que lo sujetaban mal y deja-

ban entrever las puntillas de una camisa, bajo la cual se adivinaban los tesoros de un pecho ligeramente agitado.

La joven empezó mintiendo.

—No esperaba veros—dijo.—¿Os pasáis la vida bajo ese árbol?

—Sí, por tener la satisfacción y sentir la alegría de veros.

—¡Gran satisfacción!

—La mejor y más agradable de todas para mí; las trocaría todas por esta.

—¿De veras?

—¡Os lo juro!

—¡Ah!—dijo la viuda suspirando.—¡Quisiera creerlos!

Emprendida en este tono la conversación, tomó el sesgo de una charla de las más cariñosas.

A los diez minutos, ambos vecinos estaban apoyados sobre el muro de separación, y Luisa dejaba depositar en su mano un beso, seguido de otros muchos, dados por el astuto y audaz amigo.

Cinco minutos después, y al cabo de muchas súplicas en vano para que la joven escalase el obstáculo, estaba el ingeniero á caballo sobre la pared.

—¿Sabéis que estáis un tanto grotesco?—le dijo entonces la viuda, soltando una carcajada que le desconcertó.

—¿Se puede ser jamás grotesco cuando se ama?

—¿Según eso, me amáis?

—¡Con furor!

—¿Y os atrevéis á confesarlo?

—¡Me atrevo, sí!—contestó el ingeniero lanzándose á una declaración entusiasta, frenética.

La repitió hasta la saciedad que la había adorado siempre, solo que cierto pudor le había impedido, en otras circunstancias, revelar la exaltación de sus sentimientos; pero había llegado el momento de no poderlo callar por más tiempo.

Luisa le interrumpió diciéndole:

—A pesar de lo que decís, tampoco me lo habéis ocultado en otras ocasiones, y me parece que más de una vez me hubierais dicho esto mismo si yo os hubiera escuchado.

Convino en ello, y declaró que estaba locamente enamorado de ella hacía mucho tiempo, como ya lo había dicho.

—¿Acáso es posible permanecer indiferente,

al lado de una mujer que nos hace elevar á las encantadas esferas de la suprema dicha? ¿Cómo permanecer insensible á la vista de atractivos que nos fascinan y nos atraen con irresistible fuerza? ¿Quién no cedería ante el brillo de dos grandes ojos soñadores y llenos de fuego? ¿Qué mariposa no se dejaría quemar las alas por sus luces, aunque ellos consumieran su vida?

No se le podía negar; el ingeniero era maestro en el arte de la seducción.

No omitió nada para hacerla creer en lo intenso, en lo inconmensurable de su amor.

—¿Según eso, necesitáis ser amado?

—Lo necesito como necesito el aire y la luz. ¿Puede vivirse sin amar?

—¡Eso son historias viejas que me contáis, pero que de seguro no sentís—replicó Luisa.

De un salto salvó el ingeniero la distancia que les separaba y cayó á los pies de su vecina.

—El amor es tan viejo como el mundo—la dijo,—pero es siempre joven. Escuchadme.

—¿Debo hacerlo?

—Ya veréis que feliz sois. Os rodearé de toda clase de respetos, de cariños. ¡Será un culto el que recibáis de mí!...

—¿Eterno?

—Por toda la vida.

—¿A cuántas mujeres habéis dicho lo mismo?

—¡Sois maliciosa!

—No, no lo soy tanto como creéis y como debiera serlo.

Y poniéndose seria, añadió:

—Dejemos este juego, cruel para alguien...

—¡Juego! Os juro que esto es en serio.

—Dudo que así sea por vuestra parte; pero por la mía puedo aseguraros que no lo es.

—¿Qué decís?

—Digo que sois un pichón, un pájaro volador, y que os he cogido en la red. He querido probaros una vez más cuán fácil es dejarse arrastrar, sobre todo cuando se está solo, aislado, abandonado. Ahora estáis solo y pensáis en distraeros. Ha habido quien ha estado sola con demasiada frecuencia, y perseguida, obsesionada, irritada por el aburrimiento y el hastío, ha sucumbido á la tentación. Sigue amando. Ella es la única que puede saber amaros como necesitáis serlo. Las faltas sois vos quien las ha provocado. No alejéis, pues, por la obs-

tinación del orgullo herido, la dicha que á ambos os tiende los brazos. Yo no podría proporcionaros esa dicha. ¡No puedo, ni quiero! Isabel no desea otra cosa que proporcionáros-la. Claro está que necesita que la perdonéis; ¿pero tenéis vos la conciencia limpia?... Sed franco!

—¡Ah, predicador femenino, cómo me habéis engañado!

—Es verdad. Pero ha sido por vuestaa dicha y la suya.

—¿Dónde está?

—Hela aquí.

Maitre Papillot, avanzaba al lado de la joven, toda confusa y colorada como la grana.

—¡Aquel que esté limpio de pecado, que le arroje la primera piedra!—dijo con tono mordaz.

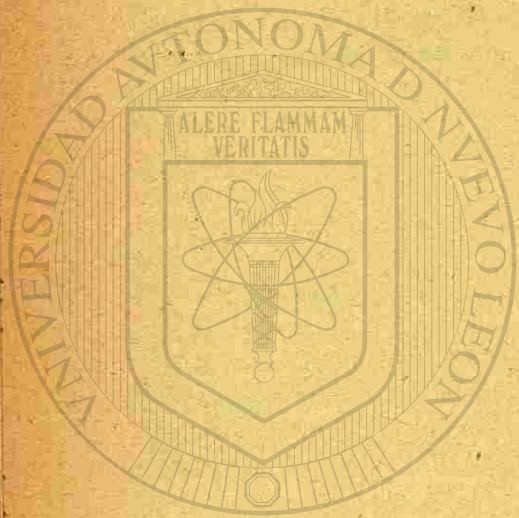
—Señor Robert—replicó la viudita,—permítid que os presente á *maitre Papillot*, un buen amigo, que, como yo, quería reconciliaros con la dicha. Cosa rara tratándose de un abogado, ¿verdad? Por eso yo, que gusto de los caracteres raros, me caso con él.

Y ambos acercaron hasta el brazo del enamorado confundido á la temblorosa Isabel, con

la cual estuvo bien pronto al otro lado de la pared medianera.

Había que pasar una nueva luna de miel.

Isabel pensó en el castillo de la Jonchere. Hacia él volaban dos horas después, como dos tortolillos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

XIX

En el aspecto de ambos esposos, van Berg comprendió.

Se habían reconciliado, luego la joven se burlaba de él.

—Señora—le dijo, aprovechando un momento en que estuvieron solos,—os habéis burlado de mí; pero lejos de detestáros, os lo agradezco, porque me obligáis á ser dichoso.

—Eso es lo que yo deseaba, caballero. Yo soy un ejemplo vivo de que se puede cometer una tontería y adorar á su marido. Yo adoro al mío, que tiene más de un punto de semejanza con vos. Una amiga nos ha reunido. Yo he querido prestaros el mismo servicio, y probáros, ante todo, que se puede haber caído una vez y no caer más, y que cuando se posee una mujer buena y cariñosa, es una tontería correr tras otras que no valen lo que ella y que además se burlan de vos, y por último, que las

mujeres no caerían si sus maridos, menos abstraídos en sus placeres, se ocupasen más de ellas y estuviesen más á su lado.

—Os agradezco mucho todo eso—dijo van Berg con galantería.—Musset ha tenido razón al decir que los curas jóvenes son los que mejor predicán. Seguiré vuestros consejos.

La señora Robert, sonrió maliciosamente.

—Acordaos de saludar en mi nombre á Clotilde—le dijo.

—¿La conocéis?

—Es una de mis amigas de colegio. Este os probará el interés que ambos me inspirais,—dijo tendiendo la mano al belga, que la estrechó entre las suyas.

—Os diré, además—añadió,—que el alcalde, antiguo colono de la *Jonchere*, el guarda del campo y Rosa, estaban de acuerdo.

—¡Ah! ¡pérfida, lo había adivinado!

—Imitadme. He reconquistado á mi marido, reconquistad á vuestra mujer. Eso tan solo depende de vos, porque me consta que á pesar de vuestros defectos, os quiere.

Y bajando la voz, añadió:

—Mas difícil era para mi marido el decidirse, puesto que su amor propio, como sabéis,

había sido herido doblemente, mientras que vos salisteis del lance sano y salvo.

El belga sonrió.

El coche estaba dispuesto.

Isabel añadió:

—Cuando vayais á París, llevaos á Clotilde. Tendré una gran satisfacción en verla.

Y añadió muy bajito:

—Ya sabéis que se parece á esa pícara y pérfida, de Ro....

Cuando se presentó de nuevo el señor Robert, ambos hombres cambiaron entre sí los cumplidos de reglamento.

Rosa lanzó á su enamorado una mirada expresiva y ligeramente burlona, y el coche desapareció entre una nube de polvo.

Van Berg, rehabilitado por las excusas del alcalde, del juez de paz y del gendarme, tuvo que quedarse en el hotel hasta la salida del primer tren, siendo objeto de las mayores atenciones por parte del hostelero, del cobrador de contribuciones y del preceptor.

En cuanto llegó á Lieja, su primer cuidado fué presentarse en casa de la madre de su mujer, en donde su Rubens le recibió con las mayores muestras de alegría.

¡Ah! ¡las dulzuras del nuevo arreglo son exquisitas!

Esas dos restauraciones no han traído nuevas revoluciones.

Los Robert y los otros son matrimonios modelos.

Maitre Papillot no está descontento del suyo. ¿quién se ha apesadumbrado por el arreglo? Maitre Fischbach, que es un abogado más batallador que doce normandos y más hurafío que un gato escaldado.

¡Una reconciliación le horripila, un arreglo definitivo le vuelve loco de rabia!

Morirá siendo así.

¡Amen!

EL TREN AUXILIAR

I

La guardia imperial fué en el ejército, bajo el segundo imperio, un cuerpo escogido, soberbio, y brillante.

La guardia, como se recordará, era mimada por la corte.

Pero es preciso hacerla la justicia de que dió prueba, en todas las ocasiones de una gran bravura, y que en el fuego se distinguía por sus esfuerzos, su empuje y su valor, como se distinguía en las revistas por su elegancia y por su maestría en las maniobras.

Como justo tributo rendido á la verdad, debemos añadir que la guardia no se mostraba enemiga de los placeres y que las aventuras galantes estaban en ella á la orden del día.

¡Ah! ¡las dulzuras del nuevo arreglo son exquisitas!

Esas dos restauraciones no han traído nuevas revoluciones.

Los Robert y los otros son matrimonios modelos.

Maitre Papillot no está descontento del suyo. ¿quién se ha apesadumbrado por el arreglo? Maitre Fischbach, que es un abogado más batallador que doce normandos y más hurafío que un gato escaldado.

¡Una reconciliación le horripila, un arreglo definitivo le vuelve loco de rabia!

Morirá siendo así.

¡Amen!

EL TREN AUXILIAR

I

La guardia imperial fué en el ejército, bajo el segundo imperio, un cuerpo escogido, soberbio, y brillante.

La guardia, como se recordará, era mimada por la corte.

Pero es preciso hacerla la justicia de que dió prueba, en todas las ocasiones de una gran bravura, y que en el fuego se distinguía por sus esfuerzos, su empuje y su valor, como se distinguía en las revistas por su elegancia y por su maestría en las maniobras.

Como justo tributo rendido á la verdad, debemos añadir que la guardia no se mostraba enemiga de los placeres y que las aventuras galantes estaban en ella á la orden del día.

Marte cortejaba á Venus. ¿No era este su deber, después de todo?

El general Desmares, teniente en 1859 del cuerpo de granaderos y hoy uno de los oficiales generales de más viso del ejército, podría atestiguar la verdad de todo esto.

Bastaría para ello recordar su pasado.

El teniente Desmares, hijo de un coronel, colocado en esa feliz posición que permite á un padre reforzar los ingresos de su hijo, con una suma de trescientos francos mensuales—en aquel entonces apenas, se oía hablar de millones, como ahora, que, después de todo se habla mucho de ellos y rara vez se ven—era de exhuberante alegría. La vida le sonreía.

Había entrado en ella por la puerta de la dicha.

El general Desmares, no querrá referirnos una de esas elegres aventuras de que suele uno acordarse en todos sus detalles, hasta en la vejez más avanzada.

Era el día siguiente de Magenta.

Acababan de tirarse los últimos cañonazos y el ejército emprendía la marcha para Milán, en donde el entusiasmo de los habitantes le preparaba una entrada triunfal.

El regimiento de granaderos de la guardia había cumplido de una manera brillante con su deber, y el batallón á que pertenecía el teniente Desmares, se había cubierto de gloria.

Pero no era de los que estaban mejor de uniforme. Por el contrario.

Los uniformes, ajados y muy usados, mostraban las huellas de noches pasadas al sereno y durmiendo sobre el santo suelo.

Era una fortuna para el teniente Desmares que su presencia supliese al lujo de su uniforme.

Y lo suplía admirablemente.

Desmares era un hombre alto, muy bien formado, de rostro risueño, amable, de ojos azules y bigote rubio y coquetón.

Pero lo que sobre todo resaltaba en él, era su inalterable buen humor, sus energías, que no había nada que las doblegara, y una complacencia á toda prueba para todo el mundo: para con los paisanos, para con sus subordinados y para con sus camaradas.

En suma, se le adoraba, y realmente era adorable, como todo lo que es bueno, leal y desinteresado.

Desmares era un Picard de los alrededores de Amiens.

No era rico, pero podía vivir con holgura, con su sueldo y los trescientos francos mensuales que le pasaba su padre.

Esta holgura, que sería una miseria en comparación de la opulencia de la alta banca, le permitía satisfacer sus modestos caprichos y tener siempre un luis ó dos á la disposición de sus amigos, en caso de necesidad.

El que más se aprovechaba de esta facilidad del teniente, era un corso, Orlando Marucci, un pobre diablo de jefe de batallón, sin fortuna, casado con una mujer, á la cual no hubiera engañado aunque le pusieran un cañón al pecho, y padre de tres muchachas—una verdadera calamidad—que tenía que sostener con sus cortos recursos.

Este Orlando, un buen hombre en toda la extensión de la palabra, quería como todos al teniente Desmares, que le correspondía con su amistad y afecto.

Existía entre ambos una verdadera unión, en la cual el teniente Desmares había adquirido, casi sin darse cuenta de ello, cierto número de frases italianas, muy incorrectas; pero que

le fueron de gran utilidad durante la campaña.

Quando sus camaradas no lograban entender una palabra, él no solo lograba entender á las gentes, sino que también se hacía entender.

El 5 de junio, el tercer batallón de granaderos de la Guardia, á las órdenes del comandante Orlando, destacado para preparar la entrada de las tropas en Milán, seguía el polvoriento camino que va de Castáno á la capital de Lombardía.

No sabían acerca de la situación del enemigo, sino que los austriacos debían estar en retirada sobre Brescia y Verona, y que la orden era presentarse en Milán.

El comandante Orlando llevaba en el bolsillo las instrucciones recibidas y no se ocupaba de más:

¡Preparar alojamiento para treinta mil hombres!

¡Alojamientos! Los milaneses, y sobre todo las milanesas, no deseaban más que alojar á cien mil hombres, si era preciso, con tal de que estos cien mil hombres no fuesen soldados de Giulay y de Francisco José.

La tarea del corso era, pues, de las tareas más fáciles.

En todos los pueblos y aldeas se le acogía como á salvador.

Los aldeanos hubieran tendido á su paso, con el mayor gusto, todo lo mejor que tenían en alfombras, tapices, flores y follaje.

¡Era un verdadero delirio!

Pero lo que sorprendía en todas partes al batallón, era la ausencia de hombres jóvenes y útiles entre la multitud que les aclamaba.

No veían otra cosa que ancianos, mujeres y niños.

Cuando preguntaban á alguien, contestábanles invariablemente:

—Está en el servicio.

—¿En qué cuerpo?

—En el *Tren Auxiliar*. ¡*Il Treno Auxiliare!*

—¿Qué cuerpo es ese?

—Voluntarios que van á reunirse á los piemonteses, con caballos y coches.

—¿Con qué objeto?

—No se sabe.

Era que el ejército piemontés había requisado, voluntariamente, cuantas caballerías, vehículos y gente había encontrado al paso.

Hasta las aldeas más pequeñas, en su entusiasmo por la unidad italiana, habían propor-

cionado cuanto poseían en caballerías, vehículos y toda clase de gentes capaces de conducirlos.

Toda esta gente se unció, pero en desorden, al carro de la independencia italiana.

Italianos y franceses se trataban como hermanos.

El teniente Desmares, con los zapatos rotos, el pantalón deshilachado por abajo, la chaquetilla con desgarraduras prendidas con alfileres, gracias á la industria de su asistente Piccord, hubiera servido de unión entre Francia y Lombardía si de ello hubiera habido necesidad.

Desmares conservaba un aspecto de vencedor.

En las etapas cortejaba á todas las mujeres y á todas las muchachas cuyos hermanos y maridos estaban incorporados al famoso tren auxiliar.

Pero hasta su llegada á las puertas de Milán, sus aventuras no salieron del terreno de la vulgaridad, no porque las italianas que encontró en su camino no estuviesen llenas de encantos y de seducción, sino porque la casualidad no le proporcionó ninguna sorpresa extraordinaria.

Por otra parte, las marchas incesantes, la necesidad de la vigilancia y los descansos rápidos, no le dejaban tiempo para las distracciones, y ya se sabe que se necesita tiempo para todo, hasta para las intrigas amorosas.

Después de Magenta, tan solo hubo una escaramuza. A partir de esta, nadie creyó en una guerra seria y durable, cuyo objeto escapaba entre nosotros á todas las inteligencias claras.

No existía el odio entre los franceses y los austriacos.

Se batían, pero sin esa violencia encarnizada de los pueblos que luchan por la libertad ó la vida.

Ninguno de ambos adversarios pensaba en agobiar ni destruir al otro. Aquella campaña tan rápida, no debía ser otra cosa que un duelo cortés entre los ejércitos que se hallaban frente á frente.

El teniente Desmares, lleno de alegría, como siempre, caminaba á eso de las ocho de la mañana, en compañía de su inseparable Orlando, á algunos pasos detrás de sus hombres.

Desde dos kilómetros antes de llegar á Milán, el batallón se vió rodeado y seguido de

multitud de curiosos que habían corrido á contemplar la vanguardia del ejército libertador.

Aquella multitud, compuesta en su mayoría de mujeres y de niños, como ocurre siempre que un regimiento pasa por una población con su música á la cabeza, no ofreció á la vista de los oficiales nada que fuera digno de llamarles la atención.

Pero poco á poco, la mirada de Desmares se fijó en una cabeza, de la cual le fué bien pronto imposible separar la vista.

Aquella cabeza producía en él la fascinación que producen en el teatro esos maravillosos diamantes que atraen la mirada y la retienen con irresistible poder.

La del teniente estaba fija en un cuerpo de regular estatura, admirablemente proporcionado, de busto lleno y sólido, fino talle y amplias caderas.

Pertenecía á una joven de unos diez y ocho ó diez y nueve años, que llevaba á otra más pequeña de la mano.

Aquella joven, por el calor del día, ya fué á aquella hora, no estaba vestida más que con una especie de corpiño flotante, con man-

gas cortas y tela bastante fina, de tonos casi amarillos que dejaban al descubierto los brazos más lindos que puede poseer una morena.

Sus cabellos, de un negro mate, estaban cubiertos por un sombrero de paja adornado con un ramo de flores campestres. Una falda corta de algodón de color rojo completaba aquel traje en unión de unas medias rayadas y unos zapatos, en los cuales un pie de Cendrillon se hubiera visto en calzas prietas para éstar. Pero lo que atraía sobre todo la mirada del teniente, eran los ojos, que brillaban como dos estrellas polares bajo pestañas admirablemente dibujadas.

Aquellos ojos ejercían sobre los suyos una especie de obsesión invencible.

El comandante Orlando lo notó bien pronto.

—¿Qué os pasa, amigo mío?—preguntó.

—¡Véis, mi comandante?

—¿Qué?

—Aquella lindísima muchacha.

—No falta quien se le parece.

Desmares dió un salto, como si el Corso hubiera proferido una blasfemia impía.

—¿Qué error, mi comandante? Pero, mirad, mirad.

—¡No soy miope! ¡Uf, qué calor!

Hacia calor en verdad.

Se hubiera podido cocer un huevo en la cuneta de la carretera, sobre la hierba, ya abrasada y amarilla, como el polvo que cegaba al batallón.

Pero el teniente, ni siquiera pensaba en eso.

No pensaba ni en el espectáculo de la ciudad, cuyos detalles distinguía ya, resplandiente, bajo la irradiación de un sol tórrido.

La cúpula de la catedral, los campanarios de las iglesias y los tejados de los palacios, brillaban á la luz, bajo el cielo de un azul indigo.

Ya las casas de los barrios eran más numerosas y la ola de curiosos iba engrosando con aterradora rapidez.

Aterradora, para el teniente, que temía perder á su visión, porque la multitud aclamaba á los granaderos y se oprimía á su alrededor con frenéticos trasportes.

El oficial observó, con un estremecimiento de satisfacción, que la bella milanese ponía tanto cuidado por mantenerse á su lado, como él en no separarse de ella.

Sus ojos se entendían en ese idioma preciso y claro que se comprende en todas las latitudes.

Pero esto no era bastante para el teniente, que trabó con ella conversación en un dialecto extraño de que él mismo se avergonzaba interiormente.

¡Hubiera dado dos años de vida por comprender y hablar con facilidad la melodiosa lengua de Petrarca y del Dante!

Por dicha para él, estaba allí el comandante Orlando.

El excelente hombre, fiel como un tórtolo á su hembra, servía con gusto á su preferido, cuyas maniobras observaba. Vino, pues, en su ayuda.

—¡Oh, niña hermosa,—la dijo mostrando al teniente,—he aquí un guerrero joven, cuya cabeza trastornáis, cosa que no tiene nada de particular, puesto que sois hermosa, verdaderamente hermosa.

—Soy tal y como mi madre me parió—contestó la milanese con una sonrisa que descubrió dos filas de dientes como perlas.

—¿Dónde vivís?

—Calle de Capuchinos.

—¿En qué barrio está esa calle?

—Del otro lado de la ciudad, en la puerta de Venecia.

—¿Vivis sola?

—Con mi hermana, que es ésta, y una vieja que se llama Bárbara.

—¿No hay hombres en la casa?

—Mi padre y mi novio están en el ejército.

—¿En dónde?

—En el tren auxiliar.

—Y cuando están en Milán, ¿á qué se dedican?

—Mi padre es alquilador de carruajes. Ha marchado con los carruajes y los caballos, llevándose consigo á Vincenzo.

—¡Ah! ¿Vuestro novio se llama Vincenzo?

—Sí.

—¿Es guapo?

La milanese se encogió de hombros imperceptiblemente.

—¿Le queréis mucho?

La joven se mordió los labios de una manera que colmó de alegría al teniente Desmares.

—Es muy bueno—respondió la joven, evadiendo la respuesta.

—¿Cómo os llamáis vos?

—Esperanza, Esperanza Nani.

—Es un nombre tan adorable como vos, exclamó Desmares.

La joven no enrojeció. Aceptó el cumplimiento sin parecer sorprendida. Debía haberlo oído más de una vez; miró sin embargo al teniente con agradecimiento.

—¿Estáis contenta por lo que está pasando?
—preguntó el comandante.

—Contenta y orgullosa.

—¿Queréis á los franceses?

La joven se levantó sobre la punta de los pies y un relámpago pasó por sus ojos.

—Nos libran del extranjero—dijo—y son nuestros amigos.

Pronunció la palabra «extranjero» con verdadera rabia.

Sus blancos dientes rechinaron de cólera.

—Era de su país!

—¡Oh!—continuó.—¡Arrojadlesde aquí, arrojadles, y os querremos!

—¡Se les arrojará, hermosa!

Y el comandante Orlando, que comenzaba á animarse á la vista de aquella juventud de tanto encanto, añadió:

—¡Los arrojaremos por el amor de vuestros hermosos ojos!

Desmares comprendía lo que hablaban.

Lo comprendía tanto mejor, cuanto que la

joven acompañaba cada palabra de una mirada de cariño dirigida á él.

Las pocas palabras que él deslizaba en la conversación: *amata, piacevale, bella figlia*, todo lo que sabía de frases dulces, agradables y halagadoras, llegaban á su destino y penetraban en el corazón de la milanese por el camino de sus oídos, con mucha más seguridad que las del comandante, que, es preciso reconocerlo, era feo, grueso, ventrudo, y respiraba ruidosamente.

—¡Es un bombo exquisito, querido!—dijo el Corso.

Y cómo después de todo, no meditaba conquistista alguna por su cuenta:

—No os impacientéis, añadió cómo para animar al teniente, la volveremos á ver. No parece exquivo que todas las mujeres de Lombardía nos perdonen, pero en aquellos momentos solemnes, ninguna era exquiva.

¡Los victoriosos han tenido siempre derecho, en todos los países del mundo, al favor de las domas, sobre todo cuan arriesgan su vida por una causa noble y por librarlas de la opresión extranjera.

¡Preguntad á una francesa, que sea sincera,

qué no hubiera sacrificado por la expulsión de los Teutones que profanaban el suelo patrio!

¡Circulaban palabres de libertad, de Italia una é indivisible, que destrozaban los corazones y trastornaban las cabezas!

El olor de la pólvora estaba en el aire, y los cañonazos de Magenta resonaban aún en todos los oídos.

En tales ocasiones, los más prudentes, arrastrados por el delirio de las emociones humanas, no saben lo que hacen ni cómo se conducen; no parece sino que les quedan pocas horas de vida y que se debe todo á la embriaguez del triunfo.

—¿Nos permitiréis que os visitemos?—preguntó el comandante á Esperanza.

—¡Si queréis!...—contestó ésta.

—Iré con el teniente á veros.

El rostro de la joven se iluminó.

—¿Habéis dicho que os llamáis?...—replicó el intérprete.

—Esperanza Nani.

—¿Cerca de la puerta de Venecia?...

—Calle de Capuchinos.

En aquel momento sonaron los clarines y batieron los tambores.

La tropa hacía alto para formar y entrar en la población en columna.

El batallón se encontraba enfrente del arco del Simplón, de la Plaza de Armas y del antiguo castillo de los Sforza y los Visconti.

El teniente comprendió que había llegado el momento de la separación.

Cogió las manos de Esperanza, que no trató de retirarlas, y las llevó á los labios.

El teniente experimentó una especie de conmoción eléctrica y oyó tan solo estas palabras, que la milanese murmuraba con voz conmovida.

—*A rivederci!* ¡Hasta la vista!

—Sí—respondió él—sí, *carissima*.

Apenas hacía una media hora que se conocían y ya les costaba trabajo separarse. Esperanza fué bruscamente separada de su nueva conquista por un movimiento de la multitud que la arrastró consigo.

Cuando el teniente se volvió para verla de nuevo, había desaparecido.

Su corazón se oprimió.

Había recibido el foganazo de que habla Stendhal, con más verdad de lo que á sangre fría piensan los filósofos.

A las diez, los granaderos, llenos de polvo y mal vestidos, pero altivos y soberbios, entraron en Milán y formaron en columna de batalla en la plaza de la Catedral, en medio de un entusiasmo indescriptible.

Como no es nuestro propósito describir aquella fiebre de alegría, aquel frenesí de agradecimiento y de amistad, que no debían tardar en entibiarse, renunciemos á ello.

El teniente Desmares, como todos sus compañeros de armas, fué cubierto de flores, y el comandante Orlando bombardeado con rosas y amapolas.

Habían despojado los jardines, segado los campos y devastado los parterres.

¡Tales recuerdos no mueren nunca!

Sin embargo, Desmares no pensaba más que en la cabeza de *madona*, que había perdido.

Durante las furiosas aclamaciones de un pueblo en delirio, aclamaciones que repercutían de una manera vaga en sus oídos, no hacía más que repetir aquel nombre á fin de grabarlo en su memoria: *Esperanza Nani*.

Y añadía con una persistencia que probaba la impresión profunda que la joven había pro-

ducido en su espíritu: Calle de Capuchinos, puerta de Venecia.

Creía verla aun á su lado, tendiendo su diminuta mano con abandono, dominando con su gracia á todas las muchachas que se oprimían por todas partes: en las ventanas, en los balcones, en las calles, en la plaza y hasta en los tejados de la Catedral, cuyas campanas eran echadas constantemente á vuelo.

Digámoslo de una vez por todas, aquella multitud era presa de la locura, pero de la locura de la alegría, de la demencia del triunfo.

Aquel entusiasmo no tuvo en el corazón de Esperanza el eco que debió tener.

Al dirigirse al otro extremo de la ciudad, contemplaba con tristeza la mano que el oficial había cubierto de besos.

Llegó con sentimiento, llevando de la mano á su hermanita, á su casa de la calle de Capuchinos, pensando en el hermoso teniente, al cual creía no volver á ver.



II

La casa de los Nani, está situada en un barrio próximo á las fortificaciones.

Es un edificio muy grande, con una enorme puerta cochera y un patio muy espacioso; en el cual las cocheras y las cuádras ocupan un lado y las habitaciones para la familia el frente, en el primer piso, encima de otras cocheras.

Las habitaciones de la familia tienen acceso por una escalera amplia y cómoda, que prolongándose, forma un balcón rústico y se extiende todo á lo largo del piso primero.

El sitio era lo suficientemente poético y pintoresco para servir de cuadro á la linda cabeza que había maravillado al teniente.

Los Nani son gente acomodada.

La casa respiraba abundancia. El patio está extremadamente limpio, debido á la ausencia de los caballos, en marcha para el famoso tren auxiliar.

Los carruajes de dos y de cuatro ruedas, están colocados en fila.

A lo largo de las paredes, cuyos ángulos adornan higueras, al pié de los cuales crecen gallardos adelfos, trepadoras plantas se estienen sobre verdes celosías y se enredan en los pilares que soportan el balcón; rosales y клематidas se enredan también en la grosera empalizada, confundiendo sus satinadas ó aterciopeladas flores, con los pámpanos de las gruesas parras de que está completamente cubierta toda la fachada.

El conjunto recuerda, con mucho más encanto, á esas viejas hosterías que, poco más ó menos iguales, se encuentran en todas las provincias de Francia.

El día debía parecerle muy largo á Esperanza.

¿Por qué?

—Muy apurada se hubiera visto para explicarlo.

Sin embargo, sabía por qué.

¿Pero cómo explicar que la vista de aquel extraño, con el cual había cambiado apenas veinte palabras y que tenía un acento grotesco—si es que hay algo que pueda parecer gro-

tesco, proviniendo del objeto amado,—la había causado una impresión tal, que le era imposible pensar en otra cosa que en su varonil apostura, en su aspecto de noble atrevido y bondadoso; en sus ojos, azules como los de los antiguos galos, tan á menudo presentados en aquella opulenta Italia, y que la contemplaban con tanta pasión?

¿Quién hubiera creído que un minuto, un encuentro, una mirada, había sido suficiente á turbar su sencilla y tranquila vida y sumergirla en extraño malestar?

De ordinario nunca estaba triste la hermosa Esperanza.

Era la alegría de la casa paternal, como era el encanto, la bondad y la juventud.

Todo el mundo la quería en el barrio. Su padre la adoraba, y no era él solo á adorarla, sino que también uno de sus primos, un cierto Vincenzo Caprini, que vivía con ellos, buen muchacho, honrado y sencillo, que estaba perdidamente enamorado de ella—cosa tan natural como la de calentarse en el invierno al sol—y que tenía con ella sencillamente una buena y tranquila amistad.

Las pequeñas Nani, no tenían madre.

Era Esperanza la que gobernaba la casa, ayudada por una criada de edad llamada Bárbara.

A las cuatro de la tarde, enervada y febril, salió sola, dejando á su hermana Enriqueta y á la sirvienta, ocupadas en preparar las guirnaldas de flores y el musgo para decorar la calle.

Se fué directamente á la iglesia de Santa María de la Pasión, consagrada al amor y al dolor, que marchan tan amenudo de concierto, compró dos cirios y los colocó á los piés de la madona.

Los estuvo contemplando como se consumían, con la mirada vaga y el corazón vacío en apariencia, no pensando en nada, ó al menos, tratando de alejar de su pensamiento la imagen que la absorbía y de la cual no podía librarse, feliz por las primeras impresiones de un amor que no había sentido jamás; desgraciada por el olvido en que se creía del brillante oficial, que le había murmurado al oído suaves y dulces palabras.

Al volver á su casa la esperaba una sorpresa. El teniente estaba sentado en el balcón, jugando con Enriqueta, que saltaba sobre sus ro-

dillas, en tanto que el comandante Orlando hablaba con la vieja Bárbara y parecía escuchar con gran atención é interés lo que ella le contaba.

Bárbara abrigaba un odio feroz contra los opresores de su país.

No estaba muy lejos de creer que Francisco José era una especie de vampiro que devoraba toda la substancia de la exuberante y opulenta Lombardía y reducía á Milán y á sus habitantes á la más espantosa miseria.

Esta miseria no había dejado la menor huella en el cuerpo de Bárbara, que presentaba á la vista de las gentes una corpulencia excesiva y digna de un monje de la abadía de Thélème.

Interrogándola con destreza, el corso acabó por arrancarla confesiones.

Si Bárbara odiaba á Bohemia, á Hungría y al Tirol en masa, había amado particularmente á algunos militares de guarnición en el cuadrilátero algunos años antes, y, entre otros, á cierto Fritz, que la dejó después de cinco ó seis lustros de cariñosas atenciones.

Le había prometido siempre casarse con ella el maldito, y sin escrúpulo faltó á su palabra

de la manera más odiosa. Marchó á su país sin decirle una palabra. La noche que precedió á su partida, la prodigaba aún el testimonio de su ternura, para desaparecer á la mañana siguiente como una sombra.

Después no volvió á tener noticias de él. ¡El pérfido no daba señales de vida, y, sin embargo, ella no le guardaba rencor ni le odiaba!

¡Era tan agradable el monstruo!

Le seguía y le seguiría amando: ¡hasta tal punto es difícil borrar las huellas del primer amor!

Bárbara era terrible en esto.

No será preciso decir que el comandante Orlando, que escuchaba estos cuentos medio dormido, desempeñaba en el patio de los Nani el papel de Mefistófeles en el jardín de Margarita, en tanto que el hermoso teniente se arrojaba á los pies de Esperanza y la trataba como si la hubiese conocido toda la vida.

La tenía cogidas las manos y la prodigaba todo género de caricias. Ella, por agradecimiento, no negaba á aquel sosten de la patria estas platónicas satisfacciones.

Además, la faltaban las fuerzas para hacerlo. Un poder desconocido la paralizaba.

Al volverle á ver, cuando ya no lo esperaba, se decía que había vuelto á encontrar su sueño perdido y que se cumplía su destino.

Justo es reconocer que el granadero se presentaba seductor, no porque vistiese uniforme nuevo, ni porque además de esto hubiese devuelto á sus charreteras el lustre que las habían arrebatado las lluvias sufridas, sino porque se había refrescado en las ondas de un baño reparador.

Se había procurado zapatos nuevos en una zapatería de la calle de Silvio Pellico; un sastre complaciente le había arreglado la chaqueta, y el asistente, á fuerza de cepillo, había hecho desaparecer el barro y el polvo que cubría todo su uniforme.

Tenía aspecto de conquistador, y más de una dama de la aristocracia había admirado su retorcido y rubio bigote, su cara sonriente y su aire marcial y despreocupado.

Mientras Bárbara y el comandante Orlando hablaban del pasado, Desmáres se ocupaba del presente con Esperanza y también del porvenir que le esperaba, y que era preciso afrontar, porque por la marcha que llevaba la guerra, no podía ser duradera.

Ni unos ni otros sabían donde estaba el enemigo; unos y otros se contentaban con tirar á distancia cuando se veían, poco más ó menos como los cazadores en las batidas de ciervos.

Difícil sería explicarse en qué dialecto hablaban el oficial y Esperanza, y cómo se entendían.

Sin embargo, ellos hablaban y no solo hablaban, sino que se entendían admirablemente.

El teniente empleaba frases que el corso le había enseñado.

Gracias á la buena voluntad conque le escuchaba, la joven no perdía ninguna de sus palabras.

Además, como no hablaban más que de amor, que en la melodiosa lengua italiana es una verdadera música, sus corazones latían al unísono, á pocas palabras que llegasen á sus oídos.

El teniente le decía:

—¡Sois hermosa como el día. Esperanza! ¡Jamás he visto una muchacha tan hermosa como vos!

—¡Los franceses son burlones! ¡Os burláis, y hacéis mal en burlaros! quisiera que me hablaráis con más formalidad.

—Os digo seriamente y con toda formalidad, que os amo apasionadamente. ¡Sois adorable, sois una hada encantadora. ¡Es imposible no amaros!... ¡Imposible! ¡Debéis tener una multitud de enamorados... muchos, *molto*!

—¿Enamorados?

—Sí.

—No tengo más que uno. Es un pariente mío, un pobre muchacho.

—¿Y se llama?

—Vincenzo.

—¿Dónde está?

—En el tren auxiliar, con mi padre.

—¿Habéis tenido noticias suyas?

—Ninguna.

—¿Os casaréis con él?

—¡Acaso!

—¿Le amáis?

Esperanza contestó como lo había hecho por la mañana al comandante Orlando, con un imperceptible movimiento de hombros, que no decía ni sí ni no.

—¿Y si yo os amara, Esperanza?

—¡Oh! ¡En cuanto hubierais salido de aquí me olvidaríais! Debéis amar en vuestro país á alguna joven, con quien os casaréis. Y ade-

más — añadió bajando los ojos — es pecado.

—Se confiesa uno y está perdonado! ¡Y vuelta á empezar! ¡Culpas de amor, culpas perdonadas!

Siguieron hablando largo tiempo.

El comandante Orlando, á quien unos vecinos libraron de Bárbara, fué á prestar ayuda á su favorito.

—Este muchachote—dijo á la joven—no hace más que pensar en vos desde que os vió esta mañana. ¡Se vuelve loco por vos, tan *in-namorato* está!

—¡Os burláis!

El comandante añadió con su énfasis de corso:

—Las flechas de vuestros ojos le han atravesado el corazón. ¡Son más peligrosos que las balas! ¡Está perdido!

—¡No os creo!

—Os juro—dijo el teniente—que os adoraría.

—¿Siempre?

—¡Siempre! *¡Sempre!*—exclamó haciendo vibrar la *r*, como si hubiese mandado una maniobra á un cuerpo de ejército completo.

La joven, moviendo lentamente y con tristeza la cabeza, repitió:

—¡No, eso es una broma! ¡No puedo creerlos!

—Entonces ya no me queda más que hacerme matar—dijo el oficial con una sonrisa que ella no pudo ver.

Esperanza fijó en él sus ojos.

—¿Por qué?—exclamó.—¡Santa Madre de Dios! ¡No, no quiero que os matéis!

—¡O amar á morir! *¡O amare ó morire!*

Esperanza suspiró, murmurando:

—¡Sois cruel!

Todo su ser se estremecía; toda ella respiraba ternura y abandono.

Felizmente se operó un cambio.

El comandante Orlando oyó un reloj de una iglesia que daba las siete.

—¡Sangre de Cristo!—exclamó.—¡Vámonos!

El comandante estaba invitado á comer con sus oficiales, y no quería faltar á aquel obsequio.

Tiró de la manga al teniente y le mostró su reloj.

—¡Vámonos!—dijo.—¡Vámonos!

—*¡Andiamo!*—tararé Desmares, que en su entusiasmo aprendía el italiano con una rapidez sin ejemplo.

E inclinándose al oído de la milanesa, que rozó con el bigote :

—¡Volveré, volveré!— dijo—¡á menos que me lo prohibáis!

—No.

—¿Cuándo?

La joven se puso colorada como la grana.

—Esta noche.

—¿Dónde?

—Aquí.

Sus almas se confundieron en su mirada.

Ella hubiera querido retenerle.

Ya en la calle, el corso decía á su amigo:

—¡Bien, Don Juan, vuestros asuntos marchan viento en popa! ¡Es una perla, querido, un diamante, una alhaja que no tiene precio!

Desmares iba pensativo, comprendía que, en efecto, Esperanza le pertenecía, que bajo la influencia de la embriaguez de que era presa toda la ciudad, la faltaban fuerzas para resistir; pero no era una profanación hacer de ella un juguete y quizás dejar en el corazón de la pobre niña una herida profunda y difícil de curar, por una satisfacción de su amor propio?

Llegó sin hablar una palabra al hospitalario

palacio del príncipe X, francés de corazón y muy conocido en París, en donde habitaba seis meses del año y que tenía una gran satisfacción en recibir á los oficiales, á los cuales consideraba como compatriotas.

En el momento en que los dos amigos franqueaban el umbral de la casa de los Nani, entraba un cartero y entregaba á Esperanza, que ni siquiera había hecho el menor movimiento, una carta de su novio Vincenzo.



III

«Mi hermosa prima:

»Os escribo desde una aldea, cuya existencia ignoraba hace seis meses, aunque no está más que á treinta leguas de la calle de Capuchinos.

»Es todo el camino que hemos andado, después de nueve interminables días que hace que nos alistamos voluntarios.

»El punto de reunión era un lugar llamado San Nazzaro. Cada uno debía llegar allí por distinta parte, á fin de burlar la vigilancia de los bandidos que nos oprimen.

»Hoy llegamos vuestro padre y yo los primeros, por la mucha costumbre que tenemos de viajar con nuestros seis caballos y dos vehículos, á la plaza de este pueblo en donde nos miran como advenedizos y se nos interroga con desconfianza.

»—¿Qué quereis?

»—Venimos á reunirnos.

- »—¿A reuniros con quién?
- »—Con nuestros camaradas.
- »—¿Qué camaradas?
- »—Gentes, como nosotros, voluntarios; la brigada de Milán, el tren auxiliar.
- »—¿Y qué más?
- »—¿Dónde está el ejército piemontés?
- »—Por ahí anda.
- »—¿Hacia dónde?
- »—No se sabe.
- »En fin, como la orden era de reunirnos en San Nazzaro, en él nos quedamos para desesperación de sus habitantes.
- »Llegaron nuestros compañeros.
- »El tercer día, ocupábamos ya la aldea y sus alrededores. Eramos más de quinientos hombres y mil ó mil doscientos caballos y mulas. ¡Una multitud enorme!
- »Pero sin jefe.
- »Se nombró á la ventura á un burgués de Monza, que aceptó el cargo.
- »Pero al deliberar acerca de la ruta que se había de seguir, corrió la noticia de que los austriacos no estaban más que á tres leguas de nosotros, en donde se les había visto, asegurando los aldeanos que á lo lejos y hacia la

parte norte, se oían cañonazos, entró el pánico en nosotros y nos dirigimos á toda prisa por el lado opuesto, á fin de no precipitarnos prontamente en manos del enemigo.

»Es preciso confesar que reinó el mayor desorden en la columna y que apenas avanzábamos,

»Se echó encima la noche. Establecimos nuestro campo. Los que tenían provisiones las compartieron con los que no las tenían.

»El jefe se condujo con gran acierto, yendo constantemente de un lado á otro, animando á los tímidos que se lamentaban y que querían volverse á sus casas por el camino más corto.

»Por fin amaneció.

»Nos esperaba una sorpresa.

»Frente á nosotros se oían muy claramente cañonazos.

»Fué preciso volver sobre nuestros pasos.

»Volvimos por donde habíamos ido.

»Figuráos, mi querida Esperanza, una larga fila de carruajes de todas especies y con todo género de caballerías, la mayor parte muy malas y sin condiciones para estas marchas!

»En general, nadie lleva nada en estos coches, á excepción de avena para el ganado, pa-

ja para dormir y víveres para los conductores, pero en cambio, interceptamos la calle, por la cual es imposible que circule nadie más que nosotros.

»Y aun nosotros con muchos tropiezos y con no menos dificultades.

»Vuestro padre y yo, cogidos en medio de la fila, nos vimos obligados á seguir á todos los demás, sin libertad para movernos como mejor nos parezca.

»Salimos de ahí llenos de ilusiones, de entusiasmo y de celo. Creímos desde luego que serviríamos para algo y que nos encargarían de trasportar armas, municiones y quizás heridos.

»Nada de eso.

»No es más que un paseo que se nos ha hecho dar, cuidándose de nuestra salud.

»No me quejaría de ello si contribuyese en algo á arrojar á los extranjeros de nuestro territorio; pero no veo por qué han de tenernos miedo, porque maese Nani y yo caminamos al paso, cubiertos de polvo, detrás de seis rocines atados á los furgones vacíos.

»Si por desgracia cayese sobre nosotros un destacamento de lanceros de Francisco José,

del tirano, de aquellos que maniobraban tan bien en la plaza de armas al son de las músicas, no ensartarían como á pichones y si enfilaban en el camino un par de cañones, nos harían polvo á hombres y ganado.

»Felizmente no hemos visto ni á uno solo.

»Sin embargo, no están lejos.

»¡Ayer nos llevamos un buen susto!

Después de un sinnúmero de marchas y contramarchas, habíamos vuelto sobre nuestros pasos y nos encontrábamos en los alrededores de Vespolato, sin saber hacia dónde dirigirnos, cuando después de haber huido toda la noche del enemigo, que nos decían estaba cerca y que nos hubiera hecho un flaco servicio, fuimos á parar, al amanecer, á un lugar lleno de tropas.

»El burgués de Monza, que no es un talento, había perdido la cabeza, no sabía lo que hacía y la columna vagaba á la aventura.

»Un regimiento de caballería francesa vino á pasar á nuestro lado.

»Al ver que ocupábamos el camino en muchos kilómetros, el coronel lanzó aterradores juramentos.

»Yo estaba cerca de él y le oí.

»Decía:

—»¿Qué hacen esos..... con los carros en el camiuo? ¡Volcarlos en las cunetas, y pasar!

»El patrón le hizo notar que éramos voluntarios, el tren auxiliar, y que teníamos orden de reunirnos al ejército piemontés hacia San Nazzaro.

—»¡San Pizzaro ó Lavyaro, me.....—exclamó el coronel,—nos haceis perder el tiempo con vuestros inútiles y horribles vehículos. ¡Idos al diablo!

»Costó mucho trabajo calmarle.

—»Buscáis á los piemonteses en San Barbaro—replicó, y no están.

»Por fin, viendo asustado á nuestro jefe, se echó á reir.

»Y lanzó á sus jinetes, soberbios coraceros, por medio de los sembrados que bordeaban el camino.

¡Fue un destrozo terrible! ¡Me dieron lástima los labradores y sus cosechas!

»Pero eso es la guerra!

»Según parece, los términos en que se expresó el coronel eran depresivos para los voluntarios del tren auxiliar; pero con tal de que los franceses nos libren de las hordas del bohemio, nos conformaremos. Es probable que se

vuelvan á su país, y entonces Italia será de los italianos, es decir, nuestra.

»¿Qué largo me parece el tiempo lejos de vos, mi querida Esperanza, y cuánto maldigo esta guerra que nos separa!

»Pero ella ha de acabar, y yo os pasearé lleno de orgullo, cogida de mi brazo. Cuando atravesemos por los mejores barrios de nuestra ciudad, dirán:—¿Quién es esa joven tan hermosa?

»Y no faltará alguno de nuestros parroquianos que conteste:—¡Es la bella Esperanza Nani, la *signora Caprini*! ¡La hija del alquilador de carruajes de la calle de Capuchinos! ¿Por qué prolongais tanto nuestra unión? ¿No está convenida entre vuestro padre y yo, con vuestro consentimiento? Tenéis veinte años, y yo conozco muchas jóvenes que á esa edad estarían ya casadas hace mucho tiempo, si se encontraran en vuestro lugar. La casa es buena; trabajando se gana; y si vos queréis, Esperanza, todo irá bien: ¡el amor y los negocios, los negocios y el amor!

»¡Cuál no sería mi alegría!..

»Consentiría en todo con tal de ser, más que vuestro prometido, vuestro marido, aunque no

fuera más que seis semanas antes; hasta consentiría en permanecer bajo la servidumbre de esos soldados blancos, cuya sola vista hace hervir mi sangre: ¡Viva Italia una, y Roma su capital!

»¿Pero dónde tengo la cabeza?

»Olvidaba contaros lo más curioso de nuestra existencia, desde que los azares de la vida han hecho de nosotros, militares, bien malos, no tengo inconveniente en reconocerlo.

»Hemos asistido á una gran batalla.

»El coronel de coraceros había desaparecido, con su tropa, entre una nube de polvo, cuando nosotros llegamos á las primeras casas de Vespolato.

»La única calle de esta aldea, estaba guardada como las poternas de un baluarte por soldaditos con pantalones encarnados.

»Un centinela nos detuvo.

»—No se puede pasar.

»Se hizo comprender, más que por nada, porque nos apuntaba con el fusil.

»—¿Quiénes sois?—nos preguntó un oficial.

»—Milaneses.

»—¿Qué hacéis?

»—Formamos el tren auxiliar.

»—¿Qué clase de cuerpo es ese—preguntó mirándonos con cierta impertinencia?

»—No lo sé—contestó nuestro jefe.

»—¿Qué no lo sabéis?

»—No.

»—¿Adónde váis?

»—A reunirnos con el ejército del rey.

»—¿Con todos esos vehículos?

»—Sí.

»—Lo que vais á hacer, es, estorbar al ejército del rey.

»Consultó un mapa que tenía en el bolsillo y replicó:

»—¡Evacuad pronto el camino, evacuad!

»—¿No hay más camino que este!

»—¡Razón de más para que lo evacuéis pronto! Salid de él como podáis. Además el sitio no es bueno para vosotros. Va á llover plomo y no tardando.

»Se empezaba á oír en las alturas una serie de cañonazos que hacia enderezar las orejas á nuestras caballerías. ¡Felizmente, no tenían fuerzas ni para espantarse! Los más avisados trataron de desenganchar las caballerías para evadirse por el campo y poner distancia de por medio; pero esto no les convenía á los franceses

»—¡Ea, fuera, fuera, dejad el terreno libre—replicó el oficial—¡pero presto, prestísimo!

»Nos enseñó un camino, que se perdía en una pradera pantanosa y nos dijo:

»—¡Por ahí, pronto!

»Nos pareció que el cañón sonaba más fuerte y con ruido más seco.

»—Esos son los nuestros que contestan al enemigo—dijo el oficial.—¡La cosa está que arde!

»¡El burgués de Monza que nos mandaba, había desfilado ya prudentemente por el camino indicado, que no parecía del todo malo!

»Los demás habían seguido su ejemplo y el tren se puso en marcha.

»Todo fué bien al principio.

»Pero al cabo de una legua de camino, nos encontramos sin poder seguir.

»Habíamos llegado al borde de un río bastante ancho y sin puente. Lo habían volado.

»El camino era cada vez más malo y estaba sembrado de hoyos llenos de agua.

»El tren auxiliar, necesitaba auxilio; se había metido en un atolladero.

No había medio de salir de él, pues no se podía ni avanzar ni retroceder.

»Por desgracia, la batalla se iba reconcentrando hacia nosotros.

»Ya no eran solo cañonazos los que se oían sino que también descargas de fusilería, cuyos fogonazos brillaban en el sitio de donde nos había echado el oficial.

»Las descargas parecían alejarse por momentos, para oírse luego con más fuerza.

»Por último pareció que la batalla se libraba en definitiva, muy cerca, en lo más alto de los bosques vecinos.

Algunos caballos sin jinete, pasaron al galope tendido por la pradera y saltaron al río, que atravesaron para seguir corriendo por la pradera de la otra orilla.

»Durante una hora, que me pareció horriblemente larga, estuvieron batiéndose á corta distancia de nosotros.

»Por lo que se deducía, ambas tropas se disputaban una eminencia en la cual había una iglesia de la aldea.

»Los cañones tronaban por encima de nuestras cabezas y las balas se enterraban en la tierra floja, felizmente sin herir á nadie.

»La situación del tren era crítica.

»Al medio día, todo aquel ruido cesó, poco á

poco, y se alejó del lugar en que nosotros estábamos, bien á nuestro pesar, más muertos que vivos. Entónces respiramos.

»Nuestros compañeros, que estaban echados en tierra detrás de los furgones, se levantaron entónces.

»No tengo reparo en confesarlo, en mi vida he tenido tanto miedo. Vuestro padre dirigía todos sus esfuerzos y toda su elocuencia á tranquilizarme. Según parece, yo estaba lívido.

»¿Qué hacer?

»Delante de nosotros teníamos el río, que no podíamos ni pensar en atravesar. Era preciso desandar lo andado para llegar al camino, y el que teníamos que seguir para lograrlo, era tan movedizo y tan lleno de baches y de hondonadas, que ni siquiera nos podíamos revolver.

»Por fin, y al cabo de muchos esfuerzos, pudimos salir de allí.

»El tren emprendió de nuevo su marcha incierta, hacia un objeto desconocido, pues ignoraba lo que hacía y adónde iba.

»Al anochecer nos encontramos de nuevo en el camino.

»Los franceses que habíamos visto por la mañana, no estaban allí ya.

Las gentes de Vespolato que regresaban á sus casas, nos dijeron que se habían batido allí desde las nueve de la mañana hasta las doce, con verdadero encarnizamiento. Los franceses han logrado por fin derrotar el enemigo, según parece.

»¡El aspecto de Vespolato es horrible!

»La mayor parte de las casas estan destruidas por las granadas ó acribilladas por las balas.

»Por todas partes se ven charcos de sangre y armas hechas pedazos.

»Esto es verdaderamente lamentable.

»Nosotros hemos acampado en las ruinas para pasar en ellas la noche.

»Os escribo desde una casa sin tejado, sin ventanas y sin puertas. ¡Decididamente no es nada buena la guerra!

»Ni la menor noticia tenemos del ejército á que debemos incorporarnos.

»Al despuntar el alba se pondrá de nuevo en marcha el tren auxiliar.

»Yo estoy triste, pero estoy bueno y vuestro padre tambien. Las emociones nos engordan.

»¿Cuándo os volveré á ver?

»Se dice que los franceses se dirigen á Mi-

lán. Son emprendedores y peligrosos, atrevidos y galantes.

»Tened cuidado con ellos, mi hermosa Esperanza.

»Pensad en que os amo y en que sois mi novia, casi mi mujer.

»¡Tan solo por salvar á nuestro país podría separarme de vos! pero no veo, si he de hablar con sinceridad, en qué contribuyo á su salvación.

»VINCENZO.»

IV

El excelente Vincenzo, tenía razón en temer. Sus amores corrian el mayor de los peligros, mientras el tren auxiliar erraba al azar por las llanuras de Lombardía, llevado como un naufrago de una ola á otra, de una villa á una aldea, de una colina á un valle, de un cuerpo de ejército que le miraba con curiosidad, á otro ejército imaginario y fantástico, que el burgués de Monza perseguía con obstinación patriótica—para no llegar jamás á él—inútil y ridícula, si es que el ridículo puede existir en la abnegación, el teniente de granaderos continuaba sin descanso el sitio de la encantadora Esperanza.

Tenía prisa.

Batalla con contemplaciones, batalla perdida.

Esperanza había dicho al despedirse de ella el brillante y hermoso oficial:

lán. Son emprendedores y peligrosos, atrevidos y galantes.

»Tened cuidado con ellos, mi hermosa Esperanza.

»Pensad en que os amo y en que sois mi novia, casi mi mujer.

»¡Tan solo por salvar á nuestro país podría separarme de vos! pero no veo, si he de hablar con sinceridad, en qué contribuyo á su salvación.

»VINCENZO.»

IV

El excelente Vincenzo, tenía razón en temer. Sus amores corrian el mayor de los peligros, mientras el tren auxiliar erraba al azar por las llanuras de Lombardía, llevado como un naufrago de una ola á otra, de una villa á una aldea, de una colina á un valle, de un cuerpo de ejército que le miraba con curiosidad, á otro ejército imaginario y fantástico, que el burgués de Monza perseguía con obstinación patriótica—para no llegar jamás á él—inútil y ridícula, si es que el ridículo puede existir en la abnegación, el teniente de granaderos continuaba sin descanso el sitio de la encantadora Esperanza.

Tenía prisa.

Batalla con contemplaciones, batalla perdida.

Esperanza había dicho al despedirse de ella el brillante y hermoso oficial:

—Esta noche.

El se hubiera guardado muy bien de faltar á la cita.

La joven le esperaba con el pensamiento en lo ideal, sentada en el balcón.

Enriquetita, muy cansada por sus idas y venidas por entre la multitud, dormía el dulce y profundo sueño de los niños. La vieja Bárbara trabajaba con las demás mujeres del barrio en los preparativos de la fiesta del día siguiente.

El ejército francés podía estar satisfecho. Se confeccionaban coronas de flores y de follaje banderas destinadas á empavesar las casas y se cubrían las fachadas con todo lo que Milán poseía para colgar.

Era un furor de alegría, una explosión de patriotismo exaltado y triunfante.

Circulaban las noticias más extravagantes. Se anunciaba la precipitada retirada de los austriacos, la evacuación del suelo de la patria y la liberación del territorio.

Estos rumores eran fundados en parte.

La noche era soberbia y de indescriptible dulzura. Ni una nube. Las estrellas brillaban como diamantes en el azul profundo del firmamento.

A las diez llegó el teniente. Inútil es advertir que iba solo. El bueno del comandante Orlando, su fiel amigo, había vaciado más de un frasco de Chianti y de otros vinos generosos. El corso permanecía fiel á su compañera en medio de las más violentas tentaciones. ¡Y solo Dios sabe las que Milán reservaba en aquellas horas de gloriosa demencia! Pero le faltaban las fuerzas para resistir á las seducciones del licor tan celebrado por los poetas.

El Falerno de Horacio le hubiera embriagado más pronto que los hermosos ojos de cortesanas romanas y los encantos de las esclavas griegas.

En una palabra, el comandante estaba *alegre*, y si el teniente, á pesar del amor que le trasportaba, no se había presentado antes en la calle de los Capuchinos, era que había tenido que prestar á su amigo el servicio de llevarle á su alojamiento.

Desde que Esperanza, temblorosa, notó la presencia del enamorado francés, quiso huir. Tenía miedo de sí misma y de su propia debilidad.

Entonces hubo una escena, que se repite amenudo desde la creación.

Nada hay nuevo bajo el firmamento, sobre todo cuando se trata de la eterna y siempre joven historia del amor.

Esperanza se estremecía de placer y de temor al lado del nuevo Don Juan.

Su corazón palpitaba; pero su pudor trataba de detenerla, y se parecía al pájaro que agita las alas por encima de un surco, y no se decide á posarse en él.

La resistencia de Esperanza irritaba al teniente.

Empleó para vencerla todas las fórmulas que la experiencia le había enseñado: súplicas y juramentos, juramentos y súplicas.

—Os amo, os adoro, os amaré toda mi vida.—siempre—la decía.

Este siempre, que desempeñaba un gran papel en el juego del oficial, no debía durar más que el tiempo que el tercer batallón permaneciese en Milán. ¡Y, según todas las apariencias, veinticuatro ó cuarenta y ocho horas después los granaderos estarían lejos de allí!

A decir verdad, Desmares encontraba á Esperanza tentadora, admirable, halagadora para el amor propio de un amante.

Parecía creada para inspirar amor, para in-

filtrar en el corazón esas fogosas locuras á que se abandonan los mortales desde la creación; ¿pero podía él, en su cometido de soldado, llevar consigo una mujer? Este era un proyecto insensato.

Esperanza se abandonaba lo bastante para embriagarlo, demasiado poco para extinguir el fuego que ardía en sus venas.

—¡Oh! ¡vivir contigo!—murmuraba ella—¡seguirte, no dejarte jamás, ser tu esclava, qué felicidad! ¿Quieres?

Lo que él quería era cogerla en sus brazos, besarla con frenesí.

Pero ella no se lo permitía.

—¡No, no; eso no está bien!

—¿Por qué?

—¡Me abandonarías después!

—¡Te amo con furor!

—Esta noche; pero mañana...

—¡Mañana, y siempre, como hoy!

—¡Mentira!

El brillo de los hermosos y húmedos ojos de la joven, le hacía estremecerse.

—¡Júrame que no me dejarás—le repetía ella,—que me llevarás contigo, que seré tu mujer!

Una palabra le hubiera bastado para vencerla; pero su lealtad se resistía á pronunciarla.

Por fin, incomodado consigo mismo, exasperado contra Esperanza, dejó la calle de Capuchinos, jurando no volver más á ella.

La pobre niña le había dicho con las lágrimas en los ojos:

—¿Volverás?

—¡Jamás!

La joven oyo el ruido de sus pasos al alejarse por la calle, le vió desaparecer, apoyada en el pilar de la puerta para no caer desfallecida, y se volvió á su cuarto, en donde se dejó caer de rodillas á los pies de la *madona* de barro, cerca de la cual se extinguía una lamparilla.

Vincenzo estaba salvado.

Pero no debía perder nada por esperar.

Estaba predestinado.

El teniente, de regreso al alojamiento y al lado de su amigo, renegaba de Esperanza y se juraba no volverla á ver.

Lamentaba amargamente el haber dejado los salones del príncipe para correr al lado de una muchacha, encantadora, sin disputa, pero asaltada de escrúpulos y soñando en amores sin fin y en uniones indisolubles.

En casa del príncipe, al menos, hermosas mujeres jóvenes, con los hombros desnudos, consteladas de diamantes, estaban dispuestas á recibir bien á aquellos caballeros generosos, que exponían su vida por ellas y por la patria italiana.

Había dejado lo cierto por lo dudoso y no volvería á presentársele la ocasión que tan tontamente había dejado escapar aquella noche.

Pero al día siguiente, desde el amanecer que estaba despierto, sus ideas seguían un rumbo distinto.

Veía á Esperanza cien veces más hermosa y mil veces más seductora.

La quería á cualquier precio, aunque tuviese que sacrificar su libertad y ceder á sus caprichos.

Después de todo, ¿dónde iba á encontrar una muchacha tan perfecta? En su vida, ni en París, ni en ninguna de las guarniciones en que había estado, había visto cosa que se le pareciese.

No llevaba brillantes, pero con su corpiño, su falda corta y su atavío de doncella de teatro, tenía mil veces más atractivos que las marquesas y las millonarias de los salones milaneses.

Se censuraba amargamente su dureza cuando Esperanza le suplicaba tan cariñosamente que volviera, y la había contestado:

—¡Jamás!

Sometió el caso á su amigo Orlando, que estaba aun bajo el influjo del Chianti.

El bueno del comandante le aconsejó que jurase todo lo que se le exigiese que jurase.

Y salieron cogidos del brazo por la calle de Orfebres, en que estaban alojados.

Desde por la mañana la efervescencia de Milán llegaba al colmo.

Por todas partes se veían arcos, banderas italianas y francesas unidas, confundiendo sus colores.

Por todas partes se oían cánticos y gritos de alegría.

La historia registra esta memorable jornada. Su recuerdo vive en todos los corazones italianos.

Desmares y el comandante Orlando, confundidos entre la multitud, asistieron como curiosos á la entrada triunfal de los aliados.

El teniente no buscaba entre la multitud, en que le costaba trabajo hacerse lugar, más que el rostro de Esperanza.

Por fin consiguió verlo en la calle de San Damiano, á donde había ido á respirar, lejos del lugar en que se oprimía la multitud.

La pobre niña salía de Santa María de la Pasión, á donde había ido á ofrecer un cirio á la madona para obtener de ella el olvido de aquel amor.

Al ver á los dos amigos, su rostro se iluminó como una pradera bajo un rayo de sol, y después palideció de pronto.

Estuvo á punto de desvanecerse, se llevó la mano al pecho y se vió obligada á apoyarse en la pared de una casa.

El teniente se lanzó con precipitación hacia ella y la recibió en sus brazos.

El corso, furioso de la debilidad de las mujeres, porque él no se aprovechaba de ella, hizo un signo de inteligencia á su amigo y desapareció.

Desmares, electrizado, murmuró al oído de Esperanza las más ardientes protestas.

La hizo todos los juramentos posibles y se comprometió á todo lo que ella quiso, pues había llegado á no saber siquiera lo que pensaba.

Acompañó á la joven, sosteniéndola, á la calle de Capuchinos.

Allí se apoderó de ella, como de una presa, y desaparecieron bajo las parras del balcón.

¡Si Vincenzo hubiese estado por allí oculto, se hubiese muerto de estupor y de celos; pero en aquel momento, Vincenzo se perdía hacia Gazzano, siguiendo su tren, sobre cimas escarpadas y cubiertas de bosques semejantes á los de Córcega.

Bárbara y Enriquetita, retenidas por la multitud, no hubieran podido desprenderse de ella ni por un millón de piastras. El cañón retumbaba en las murallas y Milán lanzaba clamores capaces de hacer levantar á los muertos de sus tranquilas y oscuras tumbas.

Esperanza y el teniente no oían nada. No vivían en este mundo; estaban en el paraíso de los dorados ensueños, en el cielo del amor.

V

Cuando á eso de la media noche entraba el teniente de nuevo en su alojamiento, que era la casa de un joyero de la calle de Orfebres, lanzado de casa de Esperanza por el regreso de su *guardiana* y de Enriquetita, estaba en toda la embriaguez de su conquista.

Las melodiosas palabras que acababa de oír, *¡mia gioia!*, *¡mia vita!* acariciaban aún sus oídos, como una brisa de mayo.

Despertó al corso, que dormía un sueño tanto más pesado cuanto que los cocineros de la ciudad le habían obsequiado con los pasteles más suculentos, para celebrar su visita.

—¡Ah, comandante!— exclamó.—¡Qué tesoro!... ¡Qué ángel del cielo!... ¡Qué mujer!

Orlando murmuró algunas imprecaciones contra los enamorados y conminó á su inferior á que le imitara, acostándose, porque era preciso cobrar fuerzas para el día siguiente.

Allí se apoderó de ella, como de una presa, y desaparecieron bajo las parras del balcón.

¡Si Vincenzo hubiese estado por allí oculto, se hubiese muerto de estupor y de celos; pero en aquel momento, Vincenzo se perdía hacia Gazzano, siguiendo su tren, sobre cimas escarpadas y cubiertas de bosques semejantes á los de Córcega.

Bárbara y Enriquetita, retenidas por la multitud, no hubieran podido desprenderse de ella ni por un millón de piastras. El cañón retumbaba en las murallas y Milán lanzaba clamores capaces de hacer levantar á los muertos de sus tranquilas y oscuras tumbas.

Esperanza y el teniente no oían nada. No vivían en este mundo; estaban en el paraíso de los dorados ensueños, en el cielo del amor.

V

Cuando á eso de la media noche entraba el teniente de nuevo en su alojamiento, que era la casa de un joyero de la calle de Orfebres, lanzado de casa de Esperanza por el regreso de su *guardiana* y de Enriquetita, estaba en toda la embriaguez de su conquista.

Las melodiosas palabras que acababa de oír, *¡mia gioia!, ¡mia vita!* acariciaban aún sus oídos, como una brisa de mayo.

Despertó al corso, que dormía un sueño tanto más pesado cuanto que los cocineros de la ciudad le habían obsequiado con los pasteles más suculentos, para celebrar su visita.

—¡Ah, comandante!— exclamó.—¡Qué tesoro!... ¡Qué ángel del cielo!... ¡Qué mujer!

Orlando murmuró algunas imprecaciones contra los enamorados y conminó á su inferior á que le imitara, acostándose, porque era preciso cobrar fuerzas para el día siguiente.

—¿Para qué hace falta tener fuerzas mañana, mi comandante?

—¿No lo sabéis?...

Desmares no sabía nada, á no ser que Esperanza era una maravilla, que era imposible imaginar nada comparable á su gracia, á su distinción suprema, á sus inimitables perfecciones.

—No se trata de eso, ni de semejantes cosas podemos ocuparnos ya—dijo el comandante interrumpiéndole;—la guerra comienza ahora.

—¿Que comienza ahora!...

—Los austriacos se parapetan hacia Brescia y Verona, en el famoso cuadrilátero, de donde es preciso desalojarlos.

—¿Se les desalojará, vive Dios!

—¿Una cosa es decirlo, y otra es hacerlo!...

¡Para vos no hay nada imposible!

—¿No, no lo hay!

—Me vais á hacer el honor de descender del cielo de vuestras ilusiones. El emperador Francisco José se pone á la cabeza de sus tropas. Llegan enormes refuerzos al enemigo. Hoy nos hemos divertido de lo lindo; pero es muy probable que mañana tengamos que hacernos matar...

—Defenderemos bien el pellejo!

—Y partimos.

—¡Ya!—dijo el oficial enterneciéndose.

—¿Sí, amigo mío, ya! He recibido órdenes. Nosotros formamos la vanguardia.

El teniente era hombre valeroso, como hemos dicho; pero su rostro expresó un desconsuelo tal y tan súbito, que el corso se conmovió.

—¿La amáis, según eso?... ¡Povero!...—dijo con acento de conmiseración.

—¿Sí!

—¡Pronto os habéis enamorado tanto! ¡Ayer no la conocíais aún!

—¡Pues hoy me parece que la he conocido toda mi vida, y que jamás he amado más que á ella!

—¿Estáis loco?...

—¡Sí, loco de pasión, loco de amor! ¡Me ha embrujado! ¡Creo que no la olvidaré jamás!... Además, la he prometido no abandonarla.

—Eso se promete siempre.

—¡Yo no puedo engañarla! ¡Me la llevaré á París cuando hayamos arrojado á los austriacos de Italia!... ¡No podría vivir sin ella! ¡Ah, si supierais... si la conocierais, comandante... si, como yo!..

—Eso quisiera. Pero dormid, querido, y haced el favor de dejarme dormir. Mañana habréis vuelto á la razón, y...

—¡Jamás!

—¡Juramento de enamorado!... Buenas noches.

A decir verdad, el teniente era sincero. Adoraba de veras á Esperanza y no podía ocultar el gozo y la satisfacción que sentía al adorarla.

Como no cerró los ojos en toda la noche, pudo soñar despierto en su ídolo, á su placer.

¿Qué tenía de particular que se casase con aquella joven y hermosísima milanese?

Su fortuna era insignificante, y su padre no ocupaba una posición elevada, ni mucho menos. ¿Pero no compensaba la belleza de su futura, con exceso, las deficiencias de su fortuna?

¿Qué millonario de gusto no hubiera pagado con la mitad de su capital aquella acabada obra de arte de la naturaleza, cien veces, mil veces, superior á las obras muertas de los artistas, que las gentes ricas se disputan con ridículas ostentaciones de dinero?

Tenía razón.

¡Esperanza era una criatura divina, embriagadora y soberbia!

Además pensaba que el coronel, su padre, le profesaba un cariño demasiado vivo y demasiado franco para oponerse á un casamiento en que cifraba toda su dicha.

Al día siguiente, á continuación de un día de delirio, Milán estaba tranquilo. La hora de la exaltación había pasado.

La ciudad se parecía á una de esas mundanas, que después de pasar la noche en las embriagueces del baile se levantan al día siguiente horriblemente cansadas.

Circulaban malas noticias.

El enemigo estaba dispuesto á hacer todo género de esfuerzos para recuperar las ventajas perdidas.

El ejército victorioso de los aliados iba á ponerse de nuevo en marcha, y nuevos y más encarnizados combates le esperaban.

El teniente Desmares escogió en la tienda del joyero en que estaba alojado, un collar para Enriqueta y una crucecita de oro para Esperanza, y se fué á la calle de Capuchinos con el corazón oprimido por la idea de abandonar á su querida de una hora.

La vieja Bárbara le dijo que había salido; pero que la encontraría en la iglesia de Nuestra Señora de la Pasión.

Allí estaba, en efecto.

El oficial la vió arrodillada en un rincón oscuro, con la cabeza apoyada en las manos y sollozando sin contenerse.

La iglesia estaba casi desierta.

La calle estaba llena de curiosos, que comentaban las noticias.

Se acercó á ella de puntillas; pero, á pesar de esta precaución, la joven notó su presencia.

En el momento en que iba á tocarla en el hombro, Esperanza volvió la cabeza y fijó en él sus negros y hermosos ojos.

Estaban empañados por las lágrimas.

—¿Por qué lloras?—la preguntó.

—¡Porque vas á batirte de nuevo y porque pueden matarte! ¡Y entonces!...

La joven vaciló en terminar la frase.

—¿Qué?

—Seré viuda y moriré yo también...

Su rostro mostraba tal expresión de ternura, que el oficial se conmovió profundamente.

No debía olvidar jamás aquella mirada y la dulzura inefable de aquella visión.

Aquella mujer, aquella alma y aquella hermosura, le pertenecían.

Colgó del cuello de Esperanza la crucecita de oro que acababa de comprar y que pendía de una cinta estrecha de terciopelo negro.

La joven la cogió y la besó.

Salieron juntos de la iglesia y él la dió el brazo.

—¿Cuándo partes?—le preguntó.

—No lo sé; pero será demasiado pronto para los deseos que tengo de no dejar de verte ni un minuto.

—Mi alma estará contigo—dijo la joven sollozando.

No volvió á hablar una palabra hasta su casa; pero el teniente la sentía estremecerse; sentía que aquel cuerpo, joven y fuerte, se agitaba como un arbolito sacudido por el viento.

Cuando llegó á la puerta del patio, encontró á su asistente que le esperaba con una orden del comandante Orlando.

El batallón estaba ya reunido en la plaza de la Catedral y formando para emprender la marcha.

Esperanza se arrojó en los brazos de su amante, vertiendo amargas lágrimas.

—¡Me darás noticias tuyas—murmuraba,—y yo esperaré hasta que vengas ó me lllames!

La joven recibió su último beso y huyó á su habitación, en donde cayó de rodillas al pie del lecho.

Una hora después, el tercer batallón de granaderos, salía de Milán por la puerta de Venecia.

Desmares miraba con ansia á la multitud, para ver si distinguía entre ella la admirable cabeza de la joven; pero no la vió: vió tan sólo á la vieja Bárbara, que tenía de la mano á Enriquetita, como Esperanza el día antes.

La pequeña sonrió y le envió un beso con la mano.

El teniente estaba abatido; experimentaba una especie de desgarramiento del corazón; le parecía que dejaba en Milán, en la calle de Capuchinos, y en la iglesia de Santa María de la Pasión, la mejor parte de su alma.

El comandante Orlando le miraba con disimulo y no trataba de sacarle de su ensimismamiento.

—¡Si yo hubiera sido joven y libre—pensaba,—la hubiera adorado como él! ¡Es hermosa hasta el extremo de causar vértigos!

Pero el comandante no estaba inquieto. Las distracciones iban á abundar y los soldados de Francisco José se encargarían de operar un cambio en los pensamientos del teniente.

Se sabia que no estaban lejos, pero no se sabia á punto fijo en dónde los encontrarían.

Lo que caracterizaba aquella guerra, muy semejante á un torneo entre paladines valientes, pero descuidados, era la parte enorme dejada á la casualidad por los encargados de dirigirla en jefe.

Las tropas de ambos ejércitos enemigos se batían con un valor y una decisión extraordinarios, pero se encontraban casi siempre frente á frente cuando menos lo esperaban.

A medida que Desmares se alejaba de Milán, se iba calmando, en efecto, como el comandante presumía; estaban muy cerca del enemigo para pensar en otra cosa.

Además, se acordó bien pronto de Francia y de la caballería y granaderos que le seguían á corta distancia, como una jauría sigue al ciervo, acosándole.

En cada punto culminante de la carretera de Plaisance, que había tomado la tropa del

comandante Orlando, se libraba un combate entre las avanzadas.

Esos combates se limitaban, la mayor parte de las veces, á un fuego muy vivo de fusilería y alguna que otra granada que causaba poco daño.

Pero estas escaramuzas, que presagiaban batallas más serias, como un preludio anuncia una sinfonía, no dejaban tiempo á los granaderos para pensar, ni en serenatas, ni en las melodías de la separación.

¡Pensar en los idilios del matrimonio ó en las delicias del amor, cuando las balas silban en vuestros oídos, cuando calculáis las probabilidades que tenéis de vivir y cuando no estáis seguros de que al día siguiente veais la luz del día!

Cuarenta y ocho horas después de su partida de Milán, el teniente, taciturno y pensativo al principio, había recobrado una parte de su buen humor.

—¡Qué exaltados son esos italianos!—pensaba al acordarse de la conmovedora frase de la joven: ¡seré viuda!

¡Viuda! Eso era ir demasiado de prisa.

Pero no se indignaba por esta confianza de Esperanza y sonreía dulcemente.

Esperanza seguía pensando en él con el mismo ardor, con la misma fé.

El corazón de la pobre niña era prisionero y estaba herido.

Es imposible fijar las velas que hizo arder en la capillita de Nuestra Señora de los Dolores, en Santa María de la Pasión, su misteriosa confidente.

Cada una de ellas tenía su intención: la una porque su adorado se viese libre de los peligros de la guerra; la otra para que la fuese fiel. Estas eran infinitamente más numerosas que las otras.

Cuando el tercer batallón estuvo á quince leguas de Milán, las distracciones previstas por el comandante Orlardo, abundaron.

Gentes menos valientes, los hubieran juzgado demasiado repetidos y sobre todo de muchas emociones.

A cada instante surgía un encuentro serio con el enemigo.

Después vino el combate de Malegnano, Marignan por los franceses, en donde el mariscal Baraguey d' Hilliers desalojó á las tropas de Giulay.

Luego la marcha hacia el famoso cuadrila-

tero, en donde el ejército austriaco se defendía tras de temibles fortalezas.

No cabe duda que el teniente Desmares pensaba en Esperanza, pero se ocupaba mucho menos de ella; la veía en su imaginación, como se ve un objeto por la mirilla de unos gemelos de teatro puestos de al revés.

Cuando quince días después se encontró el batallón en la batalla de Solferino, en donde trescientos mil hombres se batieron con gran bravura, en una línea de veinte kilómetros, Esperanza pasó al estado de nebulosa.

El comandante Orlando y su amigo, pensaban más en la torre de Solferino, que era preciso tomar bajo el fuego de una artillería mortífera, que en los hermosos ojos de las milanesas, por las cuales se batían.

El teniente tuvo la gloria de recibir en el hombro derecho un casco de un obús, que no hizo más que herirle ligeramente y que le valió quince días de inacción en una aldea evacuada por el enemigo, la cruz de la legión de honor y el grado de capitán.

Por suerte, el armisticio que siguió enseguida á esto, le permitió acabar su convalecencia, tranquilamente, en la casa de un burgués de

Desenzano, á orillas del lago de Garde, en donde disfrutaba de una vista deliciosa y de un reposo bien ganado, que no turbó más que la invasión de los mosquitos, que pululan con extraordinaria fecundidad en las orillas de aquel lago encantador.

A decir verdad, nada faltaba á su bienestar.

Delicadas atenciones del dueño de la casa en que se alojaba, que era un hombre muy bueno y honrado, su orgullo satisfecho, la conciencia del deber cumplido, la certeza de una cura que no dejaría rastro de la herida y la esperanza de volver á ver al regreso del ejército victorioso, á su padre, que estaría lleno de orgullo por su comportamiento, y á su prima Adela, una rubia de cutis deslumbrador, que le atestiguaba, desde el colegio, una amistad, tanto más halagadora, cuanto que aquella Adela, hija de un industrial en grande escala, retirado de los negocios, poseía una fortuna de las más considerables; la presencia del comandante, de su amigo Orlando, que se había portado valientemente y que estaba propuesto para el ascenso inmediato, todo contribuía á hacerle mirar la situación bajo los colores más agradables.

No había nada que no le pareciese encantador, hasta el recuerdo del amor pasajero, aventura y capricho á la vez, de la magnífica Esperanza. Este ensueño, pues era un ensueño, era una nota poética en aquella epopeya militar; pero se perdía en las lejanas brumas del pasado.

Tales, tan rápidos y tan grandiosos eran los acontecimientos que se habían acumulado desde entónces, que tenían la apariencia de ser muy lejanos y que alejaba por consiguiente aquel encuentro, medio olvidado ya. El teniente, muy repuesto de su herida, estaba sentado en la azotea de la casa en que se alojaba. Aquella azotea tenía en parte un cobertizo, sostenido por columnas de madera, en las cuales se entrelazaban caprichosamente, los pámpanos de magníficas parras, con otras plantas verdes, y rosales cubiertos de flores, que recordaban al convaleciente el patio de flores de la calle de Capuchinos.

Tenía ante sí las azuladas aguas del lago y la península de Sermione, que avanza dentro de las aguas como un muelle cubierto de verdor. A lo lejos veía los restos de la casa de Catulo, las imponentes ruinas del castillo de los Sea-

liger, aquellos varones poderosos de la edad media, y los barcos, que surcando el lago en todos sentidos, se dirigen de Desenzano á Riva.

¡Es un espectáculo incomparable!

El sol se escondía tras de las colinas, cubiertas de parras y de olivos y del vigoroso follaje de los limoneros, en medio de los cuales se veían brillar las columnas de ladrillos blancos, que les sirven de abrigo protector en el invierno.

El comandante Orlando, después de haber contemplado, en compañía de su amigo, aquel punto de vista tan encantador, acababa de dejarle, contento por la proximidad de su regreso á Francia.

El armisticio de Villafranca se había convertido en una verdadera paz.

Los soberanos se habían puesto de acuerdo, é Italia, que ganaba mucho con aquella paz, no se mostraba satisfecha más que á medias, porque juzgaba, y con razón, que desde el punto de vista de sus intereses y de sus aspiraciones, solo se había andado una parte del camino y que había aún mucho que andar para llegar al final.

Estaban ya restablecidas las comunicacio-

nes entre Milán y las poblaciones vecinas. El teniente, que estaba muy abstraído, pensando en todo esto, oyó de pronto un ruido de voces dentro de la casa.

El patrón había salido á dar un paseo, y no quedaba en la casa más que una sirvienta muy risueña y fresca, una de esas muchachas agradables y de buena presencia, por las cuales le gusta á uno ser servido.

—Entrad, *signorina*, decía la sirvienta.

—¿Es aquí donde está el teniente Desmares?

—Sí.

—¿Herido?

—Curado.

El teniente recibió una especie de conmoción eléctrica, que le causó penosa sensación, al oír aquella voz.

¡Acababa de reconocer la voz de Esperanza!

VI

Era ella, en efecto.

Entró precipitadamente y se arrojó en los brazos de su amante.

—¡Ingrato—exclamó,—sufres y no me lo dices! ¡No me llamas á tu lado para cuidarte, para pasar las noches á la cabecera de tu lecho!

—¡Se figura que ha llegado ya el momento—pensó Desmares.

Pero como hombre galante, no trató de desengañarla.

La colmó de caricias, sintiendo por ellas renacer su pasión al aspecto de la creciente belleza de la adorable muchacha, belleza que su agitación hacía más notable aún.

—¿A qué milagro se debe el que estés tú en Desenzano?—preguntó Desmares.

—¡Ahí tienes; al tren auxiliar!...

—¡Ah, sí!—exclamó el teniente sonriendo.

nes entre Milán y las poblaciones vecinas. El teniente, que estaba muy abstraído, pensando en todo esto, oyó de pronto un ruido de voces dentro de la casa.

El patrón había salido á dar un paseo, y no quedaba en la casa más que una sirvienta muy risueña y fresca, una de esas muchachas agradables y de buena presencia, por las cuales le gusta á uno ser servido.

—Entrad, *signorina*, decía la sirvienta.

—¿Es aquí donde está el teniente Desmares?

—Sí.

—¿Herido?

—Curado.

El teniente recibió una especie de conmoción eléctrica, que le causó penosa sensación, al oír aquella voz.

¡Acababa de reconocer la voz de Esperanza!

VI

Era ella, en efecto.

Entró precipitadamente y se arrojó en los brazos de su amante.

—¡Ingrato—exclamó,—sufres y no me lo dices! ¡No me llamas á tu lado para cuidarte, para pasar las noches á la cabecera de tu lecho!

—¡Se figura que ha llegado ya el momento—pensó Desmares.

Pero como hombre galante, no trató de desengañarla.

La colmó de caricias, sintiendo por ellas renacer su pasión al aspecto de la creciente belleza de la adorable muchacha, belleza que su agitación hacía más notable aún.

—¿A qué milagro se debe el que estés tú en Desenzano?—preguntó Desmares.

—¡Ahí tienes; al tren auxiliar!...

—¡Ah, sí!—exclamó el teniente sonriendo.

—El tren de tu novio, de tu enamorado... ¿Cómo dices que se llama?

—Vincenzo.

—¡El tren de Vincenzo!

—Y de mi padre!

—¿Pero cómo ha sido eso?

—Ese tren, del cual se ha estado mucho tiempo sin noticias, después de haber estado perdido por las montañas, ha acabado por reunirse al ejército después de la paz, de esa paz que no nos dá á Italia por completo!

—¡Ambiciosa!... Pero cuenta, cuenta.

—Mi padre y Vincenzo querían regresar en seguida á casa, pero les han retenido porque son precisas ciertas formalidades para licenciarlos.

—¡Oh! para lo que hacen, es una injusticia el molestarles...

—Claro; pero el caso es que no les dejan marchar. Vincenzo no podía resistir más.

—¡Pobre mozo! ¡Lo comprendo!

—Y además mi padre, que nos quiere mucho, deseaba vernos á Enriqueta y á mí. Por eso hemos venido.

—¿Dónde está el tren auxiliar?

—Acampado en Drugolo.

—¿En buen estado?

—Nada de eso. Los vehículos están estropeados, y los caballos no tienen más que la piel y los huesos.

—¡Pobres animalitos! ¡Y pensar que les sería tan fácil haber permanecido en las cuadras!

—Vincenzo está en Drugolo para cuidarlos, y mi padre, Enriqueta y yo, hemos venido á Desenzano, en donde tenemos un pariente rico. He visto granaderos en la calle, y me he informado pidiendo á un oficial noticias vuestras.

«—Pero si está aquí—me ha dicho.

»—Cómo que está aquí?

»—Herido.»

Lancé un grito, le dije que deseaba verte, y aquí me tienes.. Al menos veo que la herida no es grave. ¡Y no me lo decías, ingrato, ingrato!

—¿Para qué? ¿Para causarte inquietud y hacerte sufrir?

—Todo lo doy por bien empleado, puesto que estás bien. ¿Me amas? ¿No me has olvidado?...

—¿Cómo no amarte, monina?

—¿Tanto?

—¡Así lo creo!

—¿Serás siempre lo mismo? ¿Siempre?

—Sin duda, siempre.

—¿Me llevarás á París?

—¿Me seguirás á él?

—¡Te seguiré á todas partes!—exclamó Esperanza con pasión.

—¡No lamentarás luego dejar á tu patria, á tu hermosa patria, porque es hermosísima!... ¡Mira!—y la hizo contemplar la magnífica perspectiva que tenía frente á sí.

—¿Qué importa?

—¿Y Vincenzo?

—¡Ah, pobre muchacho!—dijo Esperanza con convicción.—¡Pobre muchacho!

—¿Y tu familia que te adora? ¡Tu padre! ¡Enriqueta! ¡La casa paterna! ¿Lo abandonarías todo?

La joven permaneció pensativa un rato, al cabo del cual replicó, fijando amorosamente sus ojos en los del teniente.

—¡Sí, si tu así lo quieres!

Aquella mirada le trastornó.

—¡Ciertamente que lo quiero así; te lo suplico, vida mia, mi Esperanza!

La joven se dejó caer en sus brazos medio desmayada.

—¡Oh! ¡Cuánto nos queremos; cómo te demostraré mi amor! ¡Siempre á tu lado! ¿verdad?

—Sí, solo que es preciso ser prudentes, preparar á tu padre, que no hallaría consuelo por tu ausencia y preparar tu partida.

—¡Todo lo que quieras con tal de que me ames..., no tanto como te amo, porque eso sería imposible; pero que me quieras como á tu mujer, como la única mujer á quien debas y puedas amar!

El la besó en los ojos, lleno de pasión; pero no se atrevió á contestarla.

Pensaba para sí:

—¡Merezco todos los tormentos del infierno, por engañar á este ángel de Dios!

La joven permaneció á su lado cerca de una hora.

No podía prolongar eternamente la visita.

Su padre y su hermana la esperaban, y era preciso que se reuniera á ellos.

—¿Quieres que les diga que somos novios?—le dijo Esperanza.

El oficial se estremeció.

—¿Pero cómo desengañarla? ¿Cómo soportar la vista de sus lágrimas?

—¿Y Vincenzo? Sufrirá cruelmente por su decepción. Esperemos.

—¡Esperemos!—repitió ella, presa del mayor desconsuelo.

—Y despues de una pausa, añadió:

—¿Permanecereis mucho tiempo aquí?

—No lo sé, estamos esperando órdenes.

—¿Qué camino emprendereis?

—Lo ignoro.

—¿Me escribirás?

—A menudo.

—Dime todo lo que quieras. Te comprenderé. ¡Y piensa en que soy tuya para siempre, para siempre!

Se separaron en el momento en que llegaba el comandante Orlando.

Esperanza les envió desde la puerta de la casa su último adiós en una sonrisa.

El teniente suspiró.

—¡Ha sido una visión!—dijo.

—Y no la volveréis á ver—añadió el comandante.

—¿Por qué?

—Porque partimos mañana; aquí tengo la orden.

Desmares palideció.

Tan cerca de ella perdía el valor y la pasión se apoderaba de él de nuevo.

Quiso correr tras de la joven milanesa.

El corso comprendió su deseo y puso la mano sobre el hombro de su amigo.

—¿A qué conduciría eso?—le dijo.—No lograríais otra cosa sino que su disgusto fuera mayor.

Al día siguiente, al despuntar el alba, los granaderos de la Guardia abandonaban á Desenzano.

Esperanza y sus parientes habitaban en un pueblo á alguna distancia del lago y no supieron aquella marcha.

El padre había vuelto á su puesto, á su tren auxiliar, que seguía por las montañas.

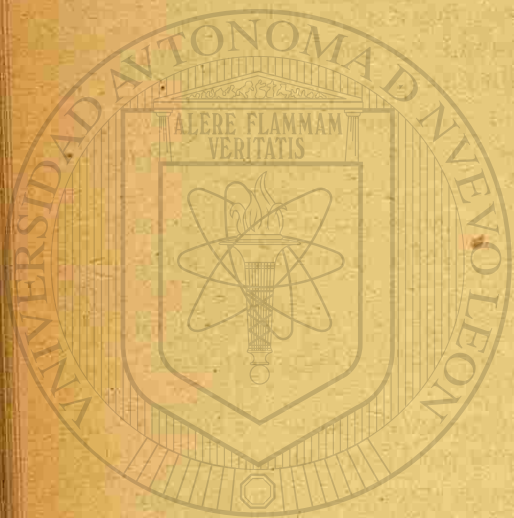
Cuando Esperanza, durante el día, pasó por la casa en que estaban los oficiales, la azotea estaba desierta.

Sintió frío en el corazón y un presentimiento la advirtió que había perdido á su amante.

—¡Ha partido!—pensó.—¡Me olvidará!

Y en un impulso de fervor, oprimiendo contra sus labios la crucecita que la había colocado en el cuello el oficial, murmuró:

—¡Dios mío, haced que se acuerde de mí!



VII

Mentiríamos si dijéramos que el regreso á Francia, de las tropas, á través de los maravillosos lugares que hay de Brescia á Milán, se efectuó sin trabajo.

Era á fines de julio; los calores eran intolerables, las etapas largas y el terreno montuoso y muy accidentado.

El tercer batallón, el único de que podemos ocuparnos, seguía un camino cortado á pico, en la falda de los Alpes, al nivel de los grandes lagos, formados por los torrentes que descenden con tanta rapidez de las montañas.

Una mañana, á ocho leguas de Milán, el comandante Orlando vió en un camino bajo que cruzaba por el que seguía el batallón, una larga é interminable fila de carruajes de todo género y de todas las formas, que caminaban penosamente, por el mal estado del ganado que los arrastraba, los unos detrás de los otros, y

que se dirigían hacia la calzada que estaban atravesando los granaderos.

El comandante se detuvo.

Los de los carruajes le imitaron.

Aquel espectáculo tan curioso, de tantos vehículos vacíos, le intrigaba.

Un hombre que iba en el carruaje que hacía cabeza y llevaba un uniforme medio de paisano, medio de militar, estaba á diez pasos de él.

—¡Hola, camarada!—dijo el comandante,—¿qué hacéis ahí?

—Volvemos á nuestras casas.

—¿Cómo os llamáis? ¿qué nombre lleva esa reunión de vehículos?

—El tren auxiliar.

El teniente Desmares se llevó la mano á la frente. No le disgustaba haberlo encontrado.

—¿De modo—dijo el comandante—que regresais á vuestras casas?

—Nos han licenciado.

Desmares pensó que se debía haber empezado por ahí, por licenciarles desde el primer momento y no haberles tenido por los campos y montañas, expuestos á muchos peligros y sin emplearlos en nada, pero no comunicó á nadie sus reflexiones. En cambio preguntó:

—¿Y de dónde sois?

—De Milán.

—¿Y vais allí derechos?

—¡Sin separarnos un ápice del camino!

El teniente, á pesar de su herida, no había querido dejar á su cuerpo, y caminaba cerca de su amigo, el corso en su caballo y el teniente en una mula.

—¡Si nos quisieran llevar hasta Milán, comandante,—insinuó.—¡Esta mula es bastante incómoda!

—¡Vamos á ver!

Parlamentaron.

El burgués de Monza no era un guerrero, pero en cambio era un hombre bondadoso y amable.

—¡Pardiez!—dijo alegremente—será la primera vez que sirvamos para algo.

Esto fué una fortuna para los granaderos.

El tercer batallón tomó por asalto los destartalados vehículos del tren auxiliar, y jamás etapa alguna se hizo con más alegría.

El comandante y sus íntimos tomaron asiento en un *break* arrastrado por dos rocines en mejor estado que los otros, y entablaron conversación con el automedonte, que era un mu-

chachote sencillo y con cara de honradez.

—¿Cómo os llamáis?

—Vincenzo.

Este nombre llamó la atención del teniente.

—¡Vincenzo!—exclamó.

—¿Por qué os extraña ese nombre?

—No, no me extraña. ¿Vivís en la calle de Capuchinos?

—Sí.

—¿En casa de un alquilador de carruajes?

—¿Cómo lo sabéis?

—Es muy sencillo. Al entrar en Milán, los primeros rostros que vimos fueron los de Esperanza y Enriqueta Nani. Trabamos conversación con ellas en el camino, y yo me permití, con el comandante, ofrecer á esas dos niñas recuerdos de dos buenos amigos de Francia. Son encantadoras.

—¡Esperanza, sobre todo!—dijo el comandante, no sin cierta amargura.—¡Es una maravilla!

—¿No es verdad que lo es?—exclamó Vincenzo con calor.

—¿Parecís convencido de ello?...

—¡Caballero oficial—replicó el conductor,—Esperanza es la perla de Milán!

—¡Y vos la amáis, lo sé!

—¡Con toda mi alma! ¡Mi mayor deseo es casarme con ella, si ella consiente! ¡Confío en que consentirá!

—¿Por qué no había de consentir?

—¡Qué sé yo! Las muchachas tienen á veces caprichos muy extraños.

—Sois pariente suyo, un buen muchacho, y acabáis de portaros como un héroe.

—¿Como un héroe? No,—dijo modestamente el cochero;—pero la verdad es que lo hemos pasado muy mal. ¡Cuántas veces he lamentado no estar en casa cerca de Esperanza! Sin contar que los franceses sois peligrosos —añadió sonriendo.

—¿Tendríais celos?

—¡Caramba! ¡Esperanza es muy hermosa! ¡He maldecido más de una vez por ella el tren auxiliar!

—¡Y yo lo bendigo!—dijo para sí el teniente.

Y dirigiéndose á Vincenzo le preguntó:

—Si os casáis con ella, ¿haréis que sea feliz?

—¡Ya lo creo! Por ella perdería yo cien vidas que tuviera, y eso que tengo mucho apego á la vida!

Se comprendía que bajo un exterior rudo, Vincenzo ocultaba un alma leal.

—Yo creo que podéis estar seguro de que se casará con vos—dijo el comandante.

Dos horas después, los oficiales y Vincenzo eran los mejores amigos del mundo y entraban en Milán por la puerta de Venecia.

El tercer batallón de granaderos verificaba por segunda vez su entrada en la capital de Lombardia, entrada que fué muy ruidosa y muy alegre.

El tren auxiliar estaba completo.

Y según la expresión del burgués de Mouza, era la primera vez que servía para algo.

IX

Aquel momento decidió acaso de la suerte de Esperanza y de la dicha del honrado Vincenzo.

Algunos días después, el ejército expedicionario de Francia franqueaba la frontera, imitando al tren auxiliar, para volar á sus casas.

Esperanza, ya de vuelta en Milán, era presa, en su casa de la calle de Capuchinos, de la más profunda tristeza. Por más que había consumido muchas velas en el altar de la madona, nada había venido á hacerla saber que vivía aún en el recuerdo del hombre á quien se había entregado por un amor infinito.

Una mañana se presentó Vincenzo á ella, agitando en una mano el periódico *La Fanfulla*, de Turín, en el cual acababa de leer esta extraña noticia, señalada con lapiz rojo:

«Los oficiales del tercer batallón de granaderos de la guardia, hacen saber á sus amigos de Turín, de Milán y de Desenzano que no les

volverán á ver jamás, por grandes que sean sus deseos de hacerlo.

»El batallón se heló al pasar el monte Genis. Los raros supervivientes de esta extraña catástrofe, están atacados de una enfermedad inconcebible. Han perdido la memoria de todo lo que ha pasado durante la guerra. No conservan ni el menor recuerdo de todo lo que se relaciona con aventuras, batallas, é historias galantes. Este curioso caso va á ser sometido á la Academia de Medicina de París. Se presume que la Academia no hallará explicación científica á esto.»

Aquel periódico había sido enviado á Vincenzo por uno de sus amigos, que le encargaba que lo leyera.

El lo agitaba en la mano, buscando una explicación á aquel enigma, y se reía á carcajadas.

Esperanza pasó la vista por el suelto y se

puso excesivamente pálida, pero hizo un gran esfuerzo para que Vincenzo no lo notase, y le devolvió el periódico encogiéndose de hombros.

—¿No es el batallón que condujisteis en el tren auxiliar?—le preguntó, fingiendo la mayor indiferencia.

—Sí, el de los oficiales amables y alegres que conocisteis, Esperanza.

La joven no respondió y se fué, muy pensativa á apoyarse en el balcón.

Era á ella á quien se dirigía aquel aviso, disimulado bajo forma tan grotesca.

¡Es decir, que estaba abandonada!

¡Su amante no se acordaba de nada; no se acordaba de su amor, de sus promesas, de sus juramentos!

¡Todo había concluido!

Le había esperado en vano.

Esperaba de él una prueba de cariño que no llegaría jamás.

Por la tarde fué á Santa María de la Pasión, á aquel templo consagrado al amor, y al dolor que le siguió casi siempre.

Vertía abundantes lágrimas, lágrimas de cólera, de tristeza, de odio.

Quiso arrancarse del cuello la crucecita de oro que no se había quitado ni un momento desde que el oficial se la regalara; pero al tratar de hacerlo la faltaron las fuerzas y la ocultó en su pecho, como ocultaba el secreto que debía guardar toda su vida.

Por la noche, después de la comida, tendió la mano á su novio.

—Me casaré con vos cuando querais—le dijo.

Se celebró la boda en aquella misma iglesia en que tanto había rezado porque la madona le conservase el corazón que esperaba poseer para siempre.

La mañana en que se celebraba la boda, recibió una cajita que había sido expedida en París.

Aquella cajita contenía dos brazaletes magníficos: uno para Enriqueta y el otro para la desposada.

En este último se leía la siguiente inscripción:

OMAGGIO DI RICORDO E DE AFFEZIONE.

Una lágrima, lágrima melancólica y de alegría, rodó de los ojos de Esperanza.

¡Se acordaba de ella!

Y yo estoy seguro, mi general, de que á pesar de haber trascurrido veintisiete años, no la habeis olvidado aún.

FIN DE LA NOVELA.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



1887

CATÁLOGO

DE



1887

EL COSMOS EDITORIAL

Morón, Pastor y Compañía



ESTADOS UNIDOS DE
VENEZUELA, 1885.



EXPOSICIÓN
LITERARIO-ARTÍSTICA
MADRID 1884-85

CASA FUNDADA EN 1883
PREMIADA

*en la Exposición Literario-artística de Madrid (1884-85),
con diploma de primera clase, y
con la medalla de Instrucción Pública y el Busto del Libertador,
por el Gobierno de los Estados Unidos de Venezuela.*

REPRESENTANTE: **D. MIGUEL BALA**

Oficinas y almacenes en edificio propio.
Madrid.—Cardenal Cisneros, 63 y 65.—Madrid.

NOVIEMBRE DE 1895

ADVERTENCIAS

- 1.ª Los pedidos á los Sres. Morón, Pastor y Compañía, Cardenal Cisneros, 63 y 65, Madrid, (España).
- 2.ª No se remite nada por cuenta de comisión ó depósito.
- 3.ª No se servirá ningún pedido, sin que se acompañe á él su importe, más el de los gastos de envío, á no ser que la persona que lo haga sea ya conocida de la casa, ó acompañe buenas referencias.
- 4.ª Los gastos de envío, que el comprador tendrá que acompañar al importe del pedido, (si no acompaña buenas referencias), importan, aproximadamente, si el envío ha de ir por correo, certificado, un quince por ciento del importe de los libros que se pidan á precio de catálogo, para los países de la Unión Postal Universal y Filipinas; un ocho por ciento para Cuba y Puerto Rico, y un cinco por ciento para la Península.
- 5.ª En las remesas por carga, serán también de cuenta del comprador los gastos de embalaje, portes, fletes, seguro marítimo y demás gastos que la remesa ocasione, así como los de quebranto de giro y factura consular.
- 6.ª Debe indicarse con claridad, en qué forma y por dónde han de verificarse las remesas, y siendo por carga, para América, debe indicarse también si es necesaria la *Factura Consular*.
- 7.ª No se remite nada sin certificar, á no ser por expresa petición del interesado; pero en este caso no se responde de que el envío llegue á su destino.
- 8.ª Los reembolsos pueden hacerse por medio de letras, sobre casas descontables de España, Francia ó Inglaterra; acompañando billetes de los Bancos de los citados países, ó billetes de curso legal en las Repúblicas americanas, los cuales se computarán por lo que produzcan al ser negociados en Madrid. En los pedidos de España se admiten sellos y libranzas del Giro Mutuo. En el caso de enviar billetes ó sellos, deberán certificarse las cartas. Si por circunstancias especiales no fuera posible el envío de fondos, bajo ninguna de las formas citadas, consúltese á la casa y ésta indicará á vuelta de correo otros medios.
- 9.ª Los descuentos dependerán de la importancia del pedido. En las encuadernaciones no se hace descuento alguno.

DE VENTA

EN TODAS LAS LIBRERÍAS DE ESPAÑA Y AMÉRICA

ACQUAVIVA CASTELLANA, (Condesa de).—**El secreto de Maroussia**: versión española: un tomo de 350 págs. 2,50 ptas. en rústica y 3 en tela. (1)

ARAMBILET.—**Agnes**: un tomo en 8.º mayor. 1 peseta en rústica y 1 50 en tela.

ARMÓNICUS.—**La Gioconda**: ensayo crítico analítico sobre *La Gioconda*, 0,50 pesetas en rústica.

BALZAC, Hoffmann, Edgard Poe, Scholl, etc., etc.—**Cuentos y novelas escogidos**: un tomo de 400 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

BARBEY D' AUREVILLY.—**Lo que no muere**: versión castellana: un tomo, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

BELOT (ADOLFO)

Loca de amor.—Versión castellana: un tomo, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

La enlebra: (continuación de *Loca de amor*).—Versión castellana: un tomo, 2,50 ptas. en rústica y 3 en tela.

Las corbatas blancas.—Versión castellana: un tomo, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

La explotación del secreto (continuación de *Las corbatas blancas*).—Versión castellana: un tomo, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

(1) Estas encuadernaciones son en tela inglesa, muy fina, y en colores variados.

La pecadora.—Versión castellana: un tomo, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

Una luna de miel en Monte Carlo.—Ilustrada con varias láminas.—Sumario: Jugadores.—Salón y mesas de la ruleta y del treinta y cuarenta, del Casino de Monte-Carlo.—Aventuras curiosas y divertidas de dos recién casados.—Su estancia en Monte-Carlo.—Guía del viajero y del jugador en aquella localidad.—Medios infalibles de perder el dinero.—Consejos que servirán acaso para ganar, ó al menos para defenderse: un tomo de 316 páginas, 3 pesetas en rústica y 3,50 en tela.

Melinita.—Versión castellana: un tomo, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

Quinientas mujeres para un hombre sólo.—Versión española: un tomo, 2,50 ptas. en rústica y 3 en tela.

Capullos de rosa: un tomo en 8.º mayor, con grabados, 3 ptas. en rústica y 3'50 en tela.

BOUVIER (Alexis)—**Las Borgoñas del día:** Versión española: dos tomos, 5 pesetas en rústica y 6 en tela.

CADOL (Eduardo).—**Camino de Mazas:** versión castellana: un tomo, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

El sucesor de Carlo Magno (Chère Madame).—Versión española: un tomo, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

CALONNE (Alfonso).—**Berenguela:** Un tomo en 8.º mayor, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

CAÑIZO.—**Justicia y providencia:** un tomo de 428 págs. en 8.º mayor, 2 50 pesetas en rústica y 3 en tela.

CARMEN SILVA (S. M. la Reina de Rumania)—**Flores y perlas:** versión castellana: un tomo, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

CLARETIE (JULIO)

(DE LA ACADEMIA FRANCESA)

Juan Mornas.—Versión castellana: un tomo, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

Noris.—Costumbres del día.—Versión castellana: un tomo. 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

La fugitiva.—Versión castellana de Miguel Bala: Un tomo en 8.º mayor, de 436 págs., 3 pesetas en rústica y 3,50 en tela.

La querida.—Agotada y en prensa.—Versión castellana: dos tomos, 5 pesetas en rústica y 6 en tela.

El Señor Ministro.—Versión castellana: dos tomos, de cerca de 700 páginas entre los dos tomos: 5 pesetas en rústica y 6 en tela.

Santiaguito.—Versión castellana: un tomo, 2 50 pesetas en rústica y 3 en tela.

Un diputado republicano (Michel Berthier).—Versión castellana de C. de Torres Muñoz: un tomo en 8.º mayor de 320 págs., 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

Una mujer de gancho. (Agotada y en prensa).—Versión castellana de P. San Román: un tomo en 8.º mayor, de 332 págs., 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

El último foso.—Versión castellana: dos tomos. 5 pesetas en rústica y 6 en tela.

Roberto Burat.—Versión castellana de Miguel Bala: un tomo. 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

El Príncipe Zilah.—Versión castellana: un tomo, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

Los amores de un In erno.—Versión castellana: dos tomos, 5 pesetas en rústica y 6 en tela.

La casa vacía.—Versión castellana: un tomo, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

¡Candidato!—Versión castellana de Miguel Bala: un tomo, 2 50 pesetas en rústica y 3 en tela.

El hermoso Solignac.—Versión castellana: dos tomos, 5 pesetas en rústica y 6 en tela.

CLARETIE Y THEURIET—**Varias novelas:** un tomo en 8.º mayor, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

CUBAS

El angel del presidio.—250 páginas, 1,50 pesetas en rústica y 2 en tela.

La mortaj de limosna.—210 páginas, 1,50 pesetas en rústica y 2 en tela.

El panal de miel.—Un tomo en 8.º mayor, de 544 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

El angel del presidio y La mortaja de li-mosna, en un solo volumen, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

CHAPERÓN (Felipe).—**Un redimido**: Un tomo, de de cerca de 400 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

DELPIT

Desaparecido.—Versión castellana: un tomo, 3 pe-setas en rústica y 3,50 en tela.

Como en la vida.—Versión castellana: un tomo, de 385 páginas, 3 pesetas en rústica y 3,50 en tela.

Las dos a un tiempo. (Una sociedad que acaba).—Versión castellana: un tomo, 3 pesetas en rústica y 3,50 en tela.

Cadena rota.—Versión castellana: un tomo, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

Las represalias de la vida.—Versión castellana de Miguel Bala: 415 páginas en 8.º mayor, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

¡Toda corazón!—Versión castellana: un tomo, de 400 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

DICKENS.—**Días penosos**: versión castellana del Licenciado Barbadillo: un tomo de 526 páginas, 2,50 pe-setas en rústica y 3 en tela.

DUMAS.—**Paulina**.—**Pascual Bruno**.—Versión castellana de D. E. de O.: un tomo en 8.º mayor, de 415 páginas, 3 pesetas en rústica y 3,50 en tela.

Amaury.—Versión castellana: un tomo, de más de 432 págs., 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

ECA DE QUEIROS.—**El primo Basilio**: dos to-mos, 5 pesetas en rústica y 6 en tela.

EDMOND (Charles).—**La leñadora**.—Versión cas-tellana de Miguel Bala: 433 páginas en 8.º mayor, 2,50 pe-setas en rústica y 3 en tela.

ENault.—**Gabriela de Celestange**.—Versión castellana: un tomo, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

ENNERY (Adolfo).—**El Principe de Moria**.—Versión española: 384 págs., 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

FEUILLET (Octavio).—**Honor de artista**.—Ver-sión castellana: un tomo en 8.º mayor, de cerca de 400 páginas, 3 pesetas en rústica y 3,50 en tela.

FEVAL (Paul).—**El jorobado**.—Versión castella-na: dos tomos 5 pesetas en rústica y 6 en tela.

FLAUBERT (Gustavo).—**Salammbó**.—Versió-n castellana: un tomo, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

FORTUNIO.—**La Virgen de Belem**.—Versión castellana: un tomo, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

GABORIAU (EMILIO)

El proceso Lerouge.—Versión castellana: un to-mo de 420 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

La vida infernal.—**Pascual y Margarita**.—Versión castellana de P. San Román: un tomo en 8.º mayor de 424 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

La vida infernal.—**Lia de Argeles** (continua-ción de *Pascual y Margarita*).—Versión castellana, un tomo de 470 págs., 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

La cuerda al cuello.—**El incendio de Val-pinson** (3.ª edición).—Versión castellana: un tomo de 400 págs., 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

La cuerda al cuello.—**El veredicto**.—Versión castellana: un tomo de 408 págs., 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

Los amores de una envenenadora.—Versión castellana: un tomo, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

Los esclavos de Paris.—**Los delatores** (2.ª edición).—Versión castellana: un tomo de 405 págs., 3 pe-setas en rústica y 3,50 en tela.

Los esclavos de Paris.—**Los secretos de la casa de Champdoce**.—Versión castellana: un tomo de 421 págs., 3 pesetas en rústica y 3,50 en tela.

El legajo núm. 113.—Versión castellana: dos to-mos en 8.º mayor, 5 ptas. en rústica y 6 en tela.

El crimen de Orcival.—Versión castellana: dos tomos, 5 ptas. rústica y 6 en tela.

La canalla dorada.—Versión castellana: dos tomos, 5 ptas. rústica y 6 en tela.

El capitán Coutanceau.—Versión española de Miguel Bala: un tomo en 8.º mayor, cerca de 400 páginas, 3 ptas. en rústica y 3,50 en tela.

Por honor del nombre (Mr. Lecoq).—Versión castellana de EL COSMOS: dos tomos muy voluminosos (1273 págs. entre los dos) 7 ptas. en rústica y 8 en tela.

La degriñolade (*La voliereta*).—Versión castellana: dos tomos en 8.º mayor, de cerca de 750 págs. entre los dos, 5 ptas. en rústica y 6 en tela.

Matrimonios de aventura (3.ª edición).—Versión castellana: un tomo 2,50 ptas. en rústica y 3 en tela.

Los testafierros (*Los hombres de paja*) 3.ª edición: un tomo 2,50 ptas. en rústica y 3 en tela.

El dinero de los otros. (3.ª edición) (continuación de *Los testafierros*): un tomo 2,50 ptas. en rústica y 3 en tela.

GAUTIER (Teófilo).—**Fortunio. La muerta enamorada.**—Versión castellana de un aprendiz de estilista, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

Novelas cortas: (El vellocino de oro.—El nido de ruiseñores.—Una noche de Cleopatra.—El perrito de la marquesa.—El Rey Candaule.—La cadena de oro): versión castellana de un aprendiz de estilista: un tomo en 8.º mayor de 332 págs., 2,50 ptas. en rústica y 3 en tela.

GELABERT.—**Tipos y costumbres de la isla de Cuba,** por los mejores autores de este género: obra ilustrada por Landaluce, con fototipias de Taveira; un tomo en folio, 20 ptas. en rústica y 23 en tela.

GYP (condesa de Martel).—**El suicidio de Gau-ge** (*Un raté*)—Versión castellana, un tomo de cerca de 350 págs., 2,50 ptas. en rústica y 3 en tela.

HOUSSAYE.—**La comedianta.**—Versión castellana por un redactor de EL COSMOS: un tomo en 8.º mayor de 400 págs., 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

LA CERDA.—**El gran problema:** un tomo de 400 págs. 2,50 ptas. en rústica y 3 en tela.

La tela de araña (HISTORIA DE UNA MUJER).—Por D. Juan de la Cerda: un tomo, 1 pta. en rústica y 1,50 en tela.

LETANG (Luis).—**Los Jacobos de Auvernia:** versión castellana: un tomo, 2,50 ptas. en rústica y 3 en tela.

(LOTI) PIERRE

Mi hermano Ives (agotada y en prensa).—Versión castellana de Antón San Pedro: un tomo en 8.º mayor de 376 págs.; 2,50 ptas. en rústica y 3 en tela.

Recuerdos de destierro.—Versión castellana: un tomo en 8.º mayor de 308 páginas, 3 ptas. en tela.

Aziyadé.—Versión castellana: un tomo en 8.º mayor de 295 págs., 2,50 ptas. en rústica y 3 en tela.

Flores de hastio.—Versión castellana: un tomo, 2,50 ptas. en rústica y 3 en tela.

El casamiento de Loti.—Versión castellana de Miguel Bala: un tomo, 2,50 ptas. en rústica y 3 en tela.

Madame Chrysanthème.—Versión castellana: un tomo, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

La historia de un Spahi.—Versión castellana: un tomo, 2,50 ptas. en rústica y 3 en tela.

Japoneries de otoño.—Versión castellana: un tomo, 2,50 ptas. en rústica y 3 en tela.

MAHALIN.

La bella horchatera: dos tomos, 5 ptas. en rústica y 6 en tela.

Cadena de crímenes (*Mano de hierro*).—Versión castellana de Alab y Rónmo: dos tomos en 8.º mayor, de 850 págs. entre los dos; 5 ptas. en rústica y 6 en tela.

La ahijada de Lagardère.—Versión castellana por Alab y Rónmo: dos tomos en 8.º mayor, de 625 páginas entre los dos; 5 ptas. en rústica y 6 en tela.

Los monstruos de París.—Versión castellana de Julián Morón y Antón: dos tomos, 5 ptas. rústica y 6 tela.

El capitán «sin fatiga».—Dos tomos de más de 700 págs. entre los dos; 5 ptas. en rústica y 6 en tela.

La Hostería Sangrienta.—Un tomo en 8.º mayor, de 454 págs.; 2,50 ptas. en rústica y 3 en tela.

MALOT.—*Zvta la saltimbanquis*: Versión castellana: un tomo, 2,50 ptas. en rústica y 3 en tela.

MEROUVEL (CHARLES)

Diana de Briolles.—Versión castellana: un tomo, 2,50 ptas. en rústica y 3 en tela.

La condesa Elena.—Versión castellana de EL COSMOS EDITORIAL: dos tomos en 8.º mayor, de 612 páginas entre los dos; 5 ptas. en rústica y 6 en tela.

El pecado de la Generala.—Versión castellana: un tomo, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

Una noche de bodas.—Versión castellana: un tomo, 2,50 ptas. en rústica y 3 en tela.

¡Abandonada!—Versión castellana de EL COSMOS EDITORIAL: dos tomos en 8.º mayor, de cerca de 850 páginas entre los dos, 5 ptas. en rústica y 6 en tela.

La señorita Juana.—Versión castellana de EL COSMOS EDITORIAL: un tomo en 8.º mayor, de cerca de 450 págs., 2,50 ptas. en rústica y 3 en tela.

La confesión de un noble. Versión castellana: un tomo, 2,50 ptas. en rústica y 3 en tela.

Odio y amor.—Versión castellana de EL COSMOS EDITORIAL: dos tomos muy voluminosos, en 8.º mayor, de 1.038 págs. entre los dos, 6 ptas. en rústica y 7 en tela.

El loco de Quimper (*Femme de Chambre*).—Versión castellana: un tomo de cerca de 350 págs., 2,50 ptas. en rústica y 3 en tela.

Todo menos el honor.—(*La maitresse de M. le ministre*).—Versión castellana: un tomo de cerca de 350 págs., 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

El marqués Gaetano.—Versión castellana: un tomo, 2,50 ptas. en rústica y 3 en tela.

La leyenda de Chevagnes (*Les Tremor*).—Versión castellana: dos tomos en 8.º mayor, de cerca de 800 págs. entre los dos, 5 ptas. en rústica y 6 en tela.

Flor de Córcega.—Versión castellana: un tomo de 370 págs.; 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

Los hijos del crimen (*La fille sans nom*).—Versión castellana: Tres tomos con cerca de 1.000 págs. entre los tres, 7,50 pesetas en rústica y 9 en tela.

Los últimos Kerendal.—Dos tomos, 5 pesetas en rústica y 6 en tela.

Amores que matan.—Versión castellana de Angel Bala; dos tomos en 8.º mayor, de cerca de 900 páginas entre los dos, 6 ptas. en rústica y 7 en tela.

La Virgen de Marignac (*Le Roi Milliard*).—Dos tomos, 5 ptas. en rústica y 6 en tela.

El Honor ó la vida.—Dos tomos de más de 660 páginas, entre los dos, 5 ptas. en rústica y 6 en tela.

Por una mirada.—Un tomo en 8.º mayor, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

El collar del Rajáh.—Un tomo en 8.º mayor, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

Matrimonios convencidos (*Dos á Dos*).—Un tomo en 8.º mayor, 2,50 ptas. en rústica y 3 en tela.

El doctor Mont Dore.—Un tomo en 8.º mayor, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

MUSSET.—**La confesión de un hijo del siglo:** (2.ª edición), versión castellana, un tomo de 320 págs., 2,50 ptas. en rústica y 3 en tela.

OHNET (Jorge).—**Ultimo amor:** Versión española; un tomo de 325 páginas, 3,50 en rústica y 4 en tela.

O'RELL (Max).—**John Bull y su isla:** Versión castellana; un tomo en 8.º mayor, de cerca de 300 págs., 2,50 ptas. en rústica y 3 en tela.

ORTEGA Y MUNILLA.—**Orgia de hambre:** Un tomo, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

OSSORIO Y BERNARD.—**Quadros de género.**—Un tomo, 2 ptas. en rústica y 2,50 en tela.

RABUSSON (Henry).—**Hallali!** Versión castellana. Un tomo, 2,50 ptas. en rústica y 3 en tela.

REDONDO.—**Aurora:** Un tomo, 2,50 ptas. en rústica y 3 en tela.

RIVIERE (Henry).—**El combate de la vida:** 1.^a parte, *La juventud de un desesperado* 2.^a parte, *El Coronel de Breslac*; 3.^a parte, *Las fatalidades*: versión castellana: tres tomos de más de 400 págs cada uno, 7,50 pesetas en rústica y 9 en tela los tres tomos.

SALES (PIERRE).—**¡Incendiario!** Versión castellana de Antolín San Pedro; un tomo en 8.^o mayor, de cerca de 400 págs., 2,50 ptas. en rústica y 3 en tela.

La venganza de un noble.—Versión castellana de Julián Morón y Antón; tres tomos, 6 ptas. en rústica y 7,50 en tela.

Lindo page.—Versión castellana de Alab y Rónmo; un tomo, 2,50 ptas. en rústica y 3 en tela.

La herencia del conde enado.—Dos tomos de cerca de 700 págs. 6 pesetas en rústica y 7 en tela.

El Ángel del Perdón (*Femme et Maitresse y Marthe et Marie*): Dos tomos, 6 ptas. en rústica y 7 en tela.

Virtud y Vicio.—Dos tomos en 8.^o mayor, de más de 700 págs. entre los dos, 5 ptas. en rústica y 6 en tela.

SAND (JORGE)

El castillo de Flamarande.—Un tomo, 2,50 ptas. en rústica y 3 en tela.

Los dos hermanos. (continuación de *El castillo de Flamarande*)—Un tomo, 2,50 ptas. rústica y 3 en tela.

Mi hermana Juana.—Versión castellana; un tomo, 2,50 ptas. en rústica y 3 en tela.

Valentina.—Versión castellana de D. Eugenio de Ochoa, de la Real Academia Española; un tomo en 8.^o mayor, de 564 págs., 3 ptas. en rústica y 3,50 en tela.

Cesarina Dietrich.—Versión castellana; un tomo, 2,50 ptas. en rústica y 3 en tela.

El Marqués de Vitemer.—Versión castellana de Joaquín Balmaseda; un tomo en 8.^o mayor, con un bonito cromo en la cubierta, 1 peseta en rústica y 1,50 en tela.

Indiana.—Versión castellana de D. Eugenio de Ochoa (de la Real Academia Española); un tomo en 8.^o mayor, de 368 págs., 2,50 en rústica y 3 en tela.

Juan de la Roca.—Versión castellana; un tomo, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

Mauprat.—Versión castellana; un tomo de 500 págs., 3 ptas. en rústica y 3,50 en tela.

SIMON (JULIO).—**Dios, Patria y Libertad:** Versión española en 4.^o, 5 ptas. en rústica y 6,25 en pasta.

A SIRVEN Y A SIEGEL.—**Granuja, ladrón y compañía:** Un tomo, 2,50 ptas. en rústica y 3 en tela.

¡Sin patria ni hogar!—Un tomo en 8.^o mayor de cerca de 400 págs., 2,50 ptas. en rústica y 3 en tela.

El conde de Kervanne (*Etiennette*).—Un tomo de cerca de 400 págs., 2,50 en rústica y 3 en tela.

SOLES EGUILAZ.—**En el quinto cielo:** Un tomo de más de 400 págs., 2,50 en rústica y 3 en tela.

THEURIET (Andrés).—**¡Mala sombra!** Versión castellana: un tomo en 8.^o mayor, de cerca de 350 páginas, 2,50 ptas. en rústica y 3 en tela.

El joven Maugars.—Vertida al castellano, de la 4.^a edición francesa: un tomo en 8.^o, de cerca de 400 páginas, 2,50 ptas. en rústica y 3 en tela.

TOLSTOI (Conde de).—**La guerra y la paz**: Versión castellana: tres volúmenes de cerca de 1 200 páginas entre los tres, 6 pesetas en rústica y 7,50 en tela.

TRUEBA—**El gabán y la chaqueta**: Dos tomos: 5 ptas. en rústica y 6 en tela.

ULBACH (Luis).—**El suplicio de un padre, ó la confesión de un sacerdote**: Versión castellana: 2,50 ptas. en rústica y 3 en tela.

VASCÁNO (A).—**Javier Malo**: un tomo de 464 páginas, 2,50 ptas. en rústica y 3 en tela.

WILKIE COLLINS—**Señorita ó señora?**: (Un drama de la vida privada); versión castellana: un tomo de 344 págs., 2,50 ptas. en rústica y 3 en tela.

El aparecido.—Versión castellana: un tomo de 324 págs., 2,50 ptas. en rústica y 3 en tela.

La pista del crimen.—Versión castellana: dos tomos, 5 ptas. en rústica y 6 en tela.

X...—**Al lado de la dicha**: Versión castellana de Enrique Nésgra; 2,50 ptas. en rústica y 3 en tela.

ZACONNE (PIERRE).—**Los dramas de la Bolsa**: Versión castellana: un tomo en 8.º mayor, de 435 páginas, 2,50 ptas. en rústica y 3 en tela.

ZOLA (EMILIO)

Germinal.—Versión castellana: dos tomos (3.ª edición), 6 ptas. en rústica y 7 en tela.

Su excelencia Eugenio Rougon (agotada y en prensa).—Versión castellana: dos tomos, 5 ptas. en rústica y 6 en tela.

El vientre de París.—Versión castellana: dos tomos, 5 ptas. en rústica y 6 en tela.

La confesión de Claudio.—Versión castellana: un tomo, 3 pesetas en rústica y 3,50 en tela.

La fortuna de los Rougon.—Versión castellana: dos tomos, 5 ptas. en rústica y 6 en tela.

La conquista de Plassans.—Versión castellana dos tomos, 5 ptas. en rústica y 6 en tela.

Cuentos á Ninón.—A Ninón—Simplicio.—El tarjetero de baile.—El ideal de amor.—El hada amorosa.—Sangrel—Los ladrones y el asno.—Hermana de los pobres.—Aventuras de Sidonio el grande y del pequeño Mederico; versión castellana de A. Mira; un tomo en 8.º mayor, de 350 págs., 3 ptas. en rústica y 3,50 en tela.

Nuevos cuentos á Ninón.—Un baño.—Las fresas.—El gran Michú.—El ayuno.—Los hombros de la Marquesa.—Mi vecino Santiago.—El paraíso de los gatos.—Lilia.—La leyenda del Capita azul del amor.—El herrero.—La crisis.—La aldeilla.—Recuerdos.—Las cuatro jornadas de Juan Gourdon; versión castellana: un tomo, 3 pesetas en rústica y 3,50 en tela.

Aneta Micoulin.—Versión castellana: un tomo (segunda edición), 3 ptas. en rústica y 3,50 en tela.

La caída del Padre Mouret (agotada y en prensa).—Versión castellana: dos tomos (2.ª edición), 5 ptas. en rústica y 6 en tela.

Los misterios de Marsella.—(Agotada y en prensa).—Versión castellana: dos tomos (2.ª edición), 5 pesetas en rústica y 6 en tela.

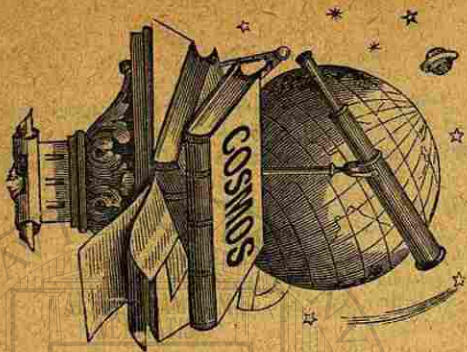
Magdalena Férat.—Versión castellana: un tomo de 444 págs., 3 ptas. en rústica y 3,50 en tela.

La tierra.—Versión castellana: 3.ª edición, en un solo volumen de más de 500 páginas, minuciosamente corregida, 4 ptas. en rústica y 4,50 en tela.

N
M5671m

30576

EL COSMOS EDITORIAL.—MORON, PASTOR Y COMPAÑIA
MADRID.—Cardenal Cisneros, 63 y 65.—MADRID
REPRESENTANTE: D. MIGUEL BALA





U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

